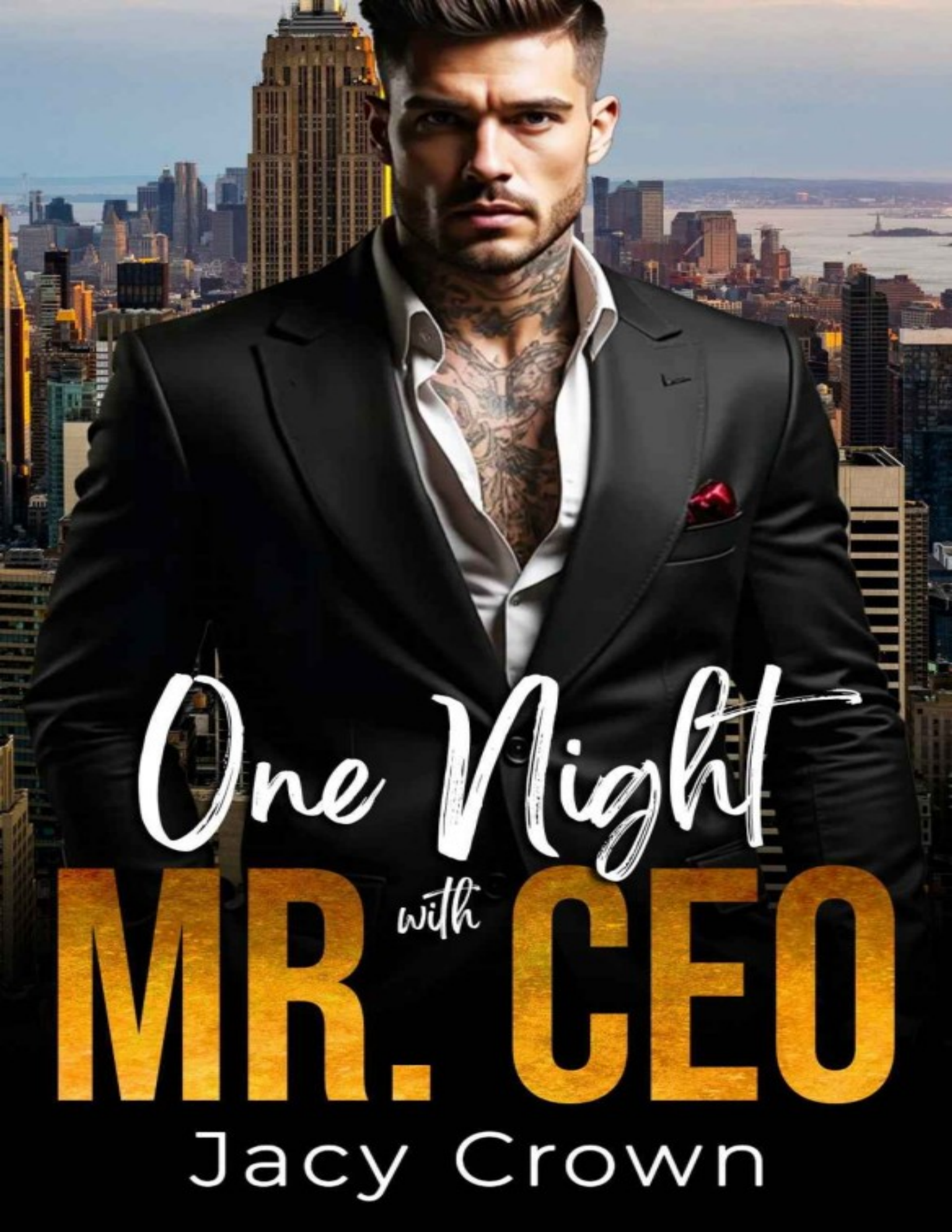

One Night
with
MR. CEO
Jacy Crown

One Night with Mr. CEO

Jacy Crown

Copyright © 2026 Jacy Crown
Todos los derechos reservados
Ninguna parte de este libro puede ser reproducida de ninguna forma sin el permiso por escrito de la editorial o del autor, excepto según lo permitido por las leyes de derechos de autor de los EE. UU.
Editorial
Ruben Herzhoff
Mozartstr. 6
47239 Duisburg

Tabla de Contenido

Título

Derechos de Autor

Capítulo Uno

Capítulo Dos

Capítulo Tres

Capítulo cuatro

Capítulo cinco

Capítulo Seis

Capítulo siete

Capítulo Ocho

Capítulo Nueve

Capítulo Diez

Capítulo Once

Capítulo Doce

Capítulo Trece

Capítulo Catorce

Capítulo Quince

Capítulo Dieciséis

Capítulo Diecisiete

Capítulo dieciocho

Capítulo Diecinueve

Capítulo Veinte

Capítulo Veintiuno

Capítulo Veintidós

Capítulo veintitrés

Capítulo veinticuatro

Capítulo Veinticinco

Epílogo

Capítulo Uno

Bella

En el momento en que la puerta se abrió, arrojé mi bolso al sofá y me dejé caer encima, cerrando los ojos a medias, con el cuerpo suplicando por un poco de sueño. *Dios mío.* Nunca más. Jamás volveré a aceptar cubrir a un compañero de trabajo; al menos, no una semana entera de corrido. Apenas podía sentir los pies por culpa de los tacones que llevaba puestos, y estoy segura de que, aunque me diera doce duchas, seguiría oliendo a panqueques y tocino. Siento que mis oídos todavía retumban con el sonido de la grasa friéndose en la sartén y que el aceite se me pega como una segunda piel.

El deseo de levantarme, arrastrarme hasta mi habitación, quitarme la ropa con olor a restaurante y meterme a la ducha era tentador, pero no tanto como el sueño. Mis párpados pesaban, y el sofá —nuestro sofá destartalado que fue la donación de Ivy para nuestro departamento "minimalista y disparejo"— nunca se había sentido tan cómodo.

—¡Ay, Dios! ¡Gracias al cielo que por fin estás en casa! —chilló Makayla al entrar en la sala, viéndome boca abajo en el sofá rojo—. Ve a bañarte; hueles a jarabe de arce y grasa de tocino.

—Enciérrate en tu cuarto para que tu nariz no reciba mi aroma —balbuceé contra el cojín.

Sentí a Makayla cerniéndose sobre mí. —Casi no te he visto en toda la semana, Belly. ¿Dónde has estado?

Suspirando, abrí un ojo para mirar a mi mejor amiga y hermana adoptiva. Estaba vestida para una noche de fiesta: un vestido negro ajustado que acentuaba sus curvas y resaltaba su escote. Su cabello rubio caía en rizos por su espalda, y el maquillaje ahumado que se había puesto hacía que sus ojos verdes resaltaran. Se veía "sexy" según la definición de un hombre y "provocativa" en el diccionario de su abuela.

—A diferencia de ti, mi queridísima hermana, yo tuve un trabajo presencial que me exigía atender clientes y poner una sonrisa falsa.

Solo una de nosotras tuvo la audacia de volverse viral en las redes sociales, así que solo una puede trabajar desde su celular.

No era una indirecta al "trabajo" de Makayla. Era una *influencer*, y una muy buena y decente. Me encantaban los vlogs que publicaba en YouTube e incluso los videos de TikTok que hacía. Era divertida y ocurrente, y tenía ese tipo de actitud de la que mucha gente se enamoraba fácilmente. Ella era todo un personaje, ¿y yo? Bueno, yo era todo lo contrario.

Tímida. Introvertida. Alguien que pasa desapercibida. Si existieran más sinónimos para esas palabras, esa era yo.

Makayla agarró el cojín que yo usaba para apoyar la cara, obligándome a levantarme. —Belly, vamos. ¡Prometiste que vendrías conmigo de fiesta esta noche!

Gemí. Dios. Lo había olvidado por completo. —Ashtine y Cleo estarán allí. Solo activa tu ubicación y buscaré dónde tiraron tu cuerpo si no te veo en el suelo cuando me despierte mañana.

Makayla puso los ojos en blanco. —Eres tan dramática... y morbosa. Culpo a todos esos podcasts de crímenes reales que escuchas. Pero vamos, Belly. Me prometiste que vendrías. He estado esperando esta celebración toda la semana.

—¿Celebración? —dije, repitiendo la palabra que más me llamó la atención—. Hace cinco noches, estabas abrazada a una botella de vodka en el suelo de la cocina, maldiciendo a todos los hombres porque lo único que hacían era romperte el corazón. Si estuviéramos en la época medieval, podrías haber desatado una maldición sobre toda la humanidad.

—Austin es un idiota. Ese ha sido mi mantra los últimos días, y se me quedó grabado. Ahora soy libre, ya no salgo con un completo desperdicio de mi tiempo y estoy a la caza de uno nuevo.

—¿Para desperdiciar tu tiempo?

—¡Para que presente una solicitud y yo pueda comprobar si puede ser el amor de mi vida! —replicó Makayla—. Así que, por favor, ve a darte un baño; ya elegí el conjunto que vas a usar. Está en tu cama. Y no aceptaré un no por respuesta.

Sabía que Makayla no me daría opción, incluso si le contaba cómo había sido mi semana. Para ella, salir de fiesta era la forma de

desestresarse. Divertirse bailando y bebiendo eran los inductores de serotonina que yo necesitaba para terminar mi semana. Funciona para gente como ella. ¿Para gente como yo? Preferiría meterme bajo las sábanas y desconectarme durante las próximas treinta y seis horas o hasta que Makayla llame al 911 para ver si sigo viva (ya ha pasado dos veces).

Después de mi muy necesaria ducha —con Makayla diciéndome que tenía un nuevo paquete de relaciones públicas que yo podía usar para oler a fresas y luz de velas— me quedé mirando el vestido morado que estaba sobre mi cama. No se parecía en nada a mi estilo y gritaba Makayla en cada costura. —¡MAKAYLA!

Apareció en mi habitación con los brazos cruzados. —¿Qué?

—No me voy a poner eso —siseé, señalando el vestido como si fuera a quemarme viva.

Ella puso los ojos en blanco y luego lo levantó de la cama. —Lo harás. Te pagaré 100 dólares si lo haces.

Entorné los ojos hacia ella. —Y pagaré tus suscripciones de Netflix y Prime durante tres meses.

Apreté los dientes con fastidio, consciente de lo tentadora que era la oferta, especialmente para una persona como yo que dependía de ellas. Al crecer, Makayla siempre estaba tramando algo y de alguna manera siempre se las arreglaba para convencerme de que lo hiciera con ella. Ella era la única razón por la que siempre me metía en problemas con sus padres, Ivy y Jason.

Diez minutos después de luchar para ponerme aquel vestido morado del infierno, tironeé del dobladillo mientras Makayla y Ashtine —que había llegado hacía cinco minutos— se afanaban con mi cabello y maquillaje como si fuera a mi primer baile de graduación. Cleo llegó cuando Makayla estaba sacando zapatos del armario, intentando encontrar unos que combinaran con lo que llevaba puesto. Silbó despacio al verme.

—Rayos, Bella, y yo que pensaba que podría hacer equipo contigo para cuidar a estas dos.

—Por favor, mantengan los comentarios al mínimo porque nuestra Belly tiene riesgo de fuga y no sabe cómo manejar los halagos —intervino Makayla, mostrándome un par de tacones

negros de tiras que ya me hacían imaginarme cuidándome un esguince de tobillo.

—Riesgo de fuga, mis narices —murmuré mientras Ashtine me ayudaba a ponerme los tacones y Cleo me ofrecía una mano para que pudiera ponerme de pie derecha—. Lo hacen sonar como si fuera una fugitiva.

Cleo se rió entre dientes. —Eres peor. Tienes una definición de diversión completamente diferente.

Aparté la cara de ellas. —Como sea. Simplemente disfruto de una versión diferente de la vida.

Las tres me hicieron una mueca pero no comentaron nada, entendiendo a qué me refería. Aunque a menudo me arrastraban a clubes, fiestas y reuniones, tampoco les importaba acompañarme en la soledad que yo disfrutaba. No les importaba si planeaba que tuviéramos un maratón de películas de terror como *El Conjuro* en el orden prescrito por las redes sociales. Es un toma y daca, supongo, como debería ser cualquier tipo de relación.

—Listo —dijo finalmente Makayla, mirándome con orgullo mientras me daba los retoques finales de rímel—. Te lo juro por Dios, los hombres caerán de rodillas en cuanto entres.

Me burlé. —Solo voy porque me estás obligando, Maks. Y no quiero que Cleo sufra sola teniendo que traerlas a casa, sabiendo lo imprudentes que tú y Ash se pueden poner con los tragos.

Pero Makayla chistó, ignorando mis palabras. —Oh, no. Mientras yo celebro mi independencia esta noche, la otra prioridad es finalmente encontrarte un hombre, querida. Porque, Belly linda, *mírate.* Estás preciosa. Honestamente, si te hubieras visto así todos los días cuando todavía íbamos a la escuela, habrías tenido a toda la población masculina a tus pies.

—Pero menos mal que te contuviste, porque la oferta de citas ya era bastante escasa para Maks y para mí —añadió Ashtine, sonriendo.

Me di la vuelta para mirar el espejo de mi habitación y contemplé el reflejo que me devolvía la mirada. Tenía que admitirlo —especialmente a Makayla—, habían hecho un gran trabajo para que

me viera decente. Apenas me reconocía, y no pude evitar preguntarme si era bueno que no pudiera hacerlo.

Las tres deben haber notado mi expresión porque se movieron rápido. Cleo me tomó del brazo, sacándome de la seguridad de mi dormitorio, y Ashtine y Makayla la siguieron. Un minuto después me estaban obligando a subir al coche de Ashtine, y al siguiente ya íbamos camino al club, con la voz de Taylor Swift retumbando en mis oídos mientras las tres cantaban a todo pulmón junto a ella, apenas armonizando.

La vibración del bajo pulsó a través de mi cuerpo en cuanto entramos. Decenas de cuerpos estaban en la pista de baile, las risas se perdían en la música estruendosa, alguien en la sala gritaba pidiendo otra ronda de tragos y, ya fuera en la pista o en los asientos, los cuerpos estaban entrelazados, con los labios presionados unos contra otros, olvidando que estaban ante el ojo público.

Esta era la definición de diversión de Makayla.

Ella chilló, extendiendo su mano hacia la mía y arrastrándome a la pista de baile mientras Cleo y Ashtine se dirigían directamente a una mesa vacía para las cuatro. Suspiré, acompañando a Makayla a bailar a pesar de que ambas sabíamos que yo no sabía bailar ni para salvar mi vida. Makayla me hacía señas para que bailara, animándome como si fuera mi propia porrista personal, y lo hice. *Lo intenté.*

Pero cuando traté de mover mi cuerpo al ritmo de la música, simplemente no... encajaba. O no estaba en sintonía. Cuando intentaba mover mi brazo derecho, el movimiento no era fluido; más bien, era como si se hubiera oxidado en la esquina de un granero.

Makayla se reía de mí, con sus manos moviéndose como ella quería y las caderas balanceándose al ritmo de la música. —¡Suéltate, Belly! ¡Solo muévete con la música!

Dios, o la música me odiaba o Dios se había asegurado de que mi cuerpo fuera rígido para hacerme fuerte y se había olvidado de aflojar algunos tornillos para que pudiera moverme con gracia. —¡Lo intento!

Los brazos de Makayla se apoyaron en mis hombros mientras me acercaba a ella. —¡Muévete al ritmo, Belly! ¡Vamos! ¡Vive un poco!

Mi idea de vivir un poco era estar envuelta en una manta como un capullo y ver repeticiones de *The Big Bang Theory* en mi cuarto. —Me estás torturando, Maki.

Mi voz fue suave al decir esas palabras, pero Makayla aun así me escuchó, y vi cómo su mirada se suavizaba justo cuando Ashtine y Cleo se nos unieron. Las cuatro bailamos juntas un rato hasta que cada una de ellas de repente tuvo una pareja diferente. *Por fin, una oportunidad para escaparme.*

Me moví hacia el borde de la multitud hasta llegar a la barra donde estaba el barman. Me senté en un taburete, pensando en qué debería pedir. Tal vez una margarita estaría bien. Podría beberla despacio mientras vigilaba a mis amigas y me aseguraba de que ninguna se metiera en problemas que nos hicieran terminar en la cárcel.

Pero antes de que pudiera llamar al barman para pedirle mi orden, ya estaba justo frente a mí con un trago en la mano. Arqueé una ceja, mirando la bebida. —¿Había alguien sentado aquí antes que yo?

Él negó con la cabeza y me sonrió. Era guapo, de esa manera en la que la mayoría de los barmans son atractivos. Y por un momento, me asaltó una idea. ¿Sería este el comienzo de una aventura amorosa entre un barman y yo? Al menos él sabría lo que significa trabajar en servicio al cliente, así que tendríamos algo de qué hablar.

Cielos, ¿por qué me estaba imaginando una relación con un barman? ¿Tan desesperada estaba por amor?

El señor barman seguía sonriendo, con sus dientes perfectamente blancos —*dignos de un suspiro*—, pero echó por tierra el drama romántico que yo estaba gestando en mi cabeza. —No es cortesía de la casa, dulzura. Usted ya ha llamado la atención de alguien, aunque entiendo perfectamente por qué.

Inclinó la cabeza hacia un lado, señalando a quien lo enviaba, y yo seguí la dirección de su gesto. Mis ojos se posaron en una figura al final de la barra. Se me cortó la respiración al verlo. Oh, Dios. Este

no era el tipo de hombre con el que Makayla me había entrenado para interactuar.

Las variadas luces de neón del club destellaban a su alrededor, bañándolo en los intensos resplandores de verde, rosa y morado, pero a pesar de los colores frenéticos, su apariencia destacaba. Su cabello se veía largo y descuidado, y sus ojos azules seguían siendo impactantes a pesar de las luces. Llevaba una camisa blanca, con los dos botones superiores desabrochados, dejando ver un poco de su piel bronceada. Un tatuaje asomaba en su mano derecha por debajo de las mangas largas de su camisa.

Levantó la copa que estaba tomando, sorprendiéndome mientras lo miraba. *Mierda.*

Mis ojos se abrieron de inmediato al darme cuenta de que me había descubierto, y quise derretirme hasta volverme un charco o que la tierra me tragara entera. Los hombres nunca me prestaban atención. Siempre era a Makayla, y no me importaba. Yo podía estar absorta en mis libros y vivir mi vida tranquilamente sin tener que lidiar con el caos que los chicos traían consigo.

Quería apartar la mirada —Dios, debería estar apartando la mirada—, pero estaba completamente fascinada por él, como si solo verlo fuera suficiente para clavar mi atención exclusivamente en su persona. Lo notó —oh, por supuesto que lo notaría— y una sonrisa de suficiencia se dibujó perezosamente en sus labios. Vi cómo su torso se movía un poco mientras soltaba una pequeña risa.

Luego se puso de pie, con movimientos lentos y deliberados, y caminó hacia mí. Era como si hubiera cámaras en la habitación con nosotros mientras avanzaba, como si esto fuera algún episodio de *The Bachelor* o algo así.

A pesar del hedor a alcohol, sudor y *gente,* casi podía saborear su propia fragancia cuando estuvo cerca. Sándalo y cedro, almizclado y limpio, *masculino.* Dios, mi estómago se apretó mientras mis sentidos se agudizaban, todo mi ser se puso en alerta máxima cuando se detuvo frente a mí. De cerca, sus ojos azules parecían el océano: profundos y tentadores.

Y cuando habló —oh, Dios mío— reverberó hasta en mi alma.

—*Hola.*

Capítulo Dos

David

La vi cuando entró atropelladamente al club con sus ruidosos amigos. Su vestimenta combinaba con la de ellos, pero su energía no. Era la única que miraba alrededor de la sala con pánico, especialmente cuando la arrastraron a la pista de baile. Sus movimientos no poseían la misma fluidez y energía despreocupada que los demás en el lugar. *Resaltaba como un lunar en la cara.*

A mi lado, Gavin me dio un codazo en el hombro. —Concéntrate, Huds. Podrás buscar a otra chica para sumar a tu lista de conquistas una vez que cerremos este trato.

Puse los ojos en blanco ante su elección de palabras. —Haces que suene como si fuera un mujeriego.

Leo se rio entre dientes. —¿Acaso no lo eres? Dios, eres una desgracia para nuestra comunidad.

—Se llama desafiar el statu quo —respondí con desdén, soltando un bufido.

—Vamos, Huds. Concéntrate. Tú eres el que siempre decía que primero hay que enfocarse en los negocios antes que en cualquier otra cosa. Una vez que todo esté terminado...

—Podemos hacer lo que queramos —terminé la frase por Gavin y luego miré a mi alrededor. Debíamos reunirnos con el vicepresidente de una compañía de telecomunicaciones. Solo era dos años mayor que nosotros y, según nuestra investigación —el acoso cibernético de Leo—, Elliot Martinez frecuentaba los clubes como si todavía fuera parte de su fraternidad.

—Allí, a las seis —dijo Leo, y Gavin y yo nos giramos, localizando rápidamente a Elliot. Me puse de pie, alisando el saco de mi traje y respirando profundamente.

Leo, Gavin y yo dejamos la universidad para fundar nuestra propia empresa cuando teníamos diecinueve años. Bueno, Gavin y yo lo hicimos. Leo se graduó milagrosamente. Pero ya llevábamos dos años con el negocio cuando terminó, y para ese entonces, ya teníamos un par de inversionistas y nos habíamos asociado con algunas empresas para nuestra aplicación financiera también.

Al principio fue idea mía. PayPal no era la única empresa con la idea de la banca en línea. Pero el mercado asiático no estaba muy convencido con la idea de las aplicaciones financieras al principio, ya que siempre teníamos que acompañar a Leo cada vez que sus padres tenían que enviarle dinero por Western Union.

Todo el asunto era tedioso y, honestamente, no me parecía ideal. Así que pensé que si personas como Leo estudiaban en los Estados Unidos mientras sus padres permanecían en Hong Kong, ¿cómo podrían miles de trabajadores en el extranjero enviar dinero a sus familias de esa manera cuando todo podría hacerse de forma segura... y conveniente?

Me tomó un tiempo dejar que mi idea madurara. Cuando estuvo lista para despegar, se la presenté a Leo y Gavin. Estuvieron de acuerdo. Necesitábamos dinero para el arranque. Retiré cada centavo de mi fondo universitario para apoyar nuestra idea. Para mí era ahora o nunca.

Para mi familia, yo era un idiota. Para mí, iba a poner mi nombre en la cima sin tener que estar conectado al de mi padre, sin tener que estar atado al dinero que políticos y contratistas corruptos lavaban de gente decente y trabajadora.

Nací en cuna de oro, pero eso no significaba que me gustara comer con ella.

Decir que estaba furioso sería poco. Mi padre me despreció, me desheredó y amenazó con sacarme de su testamento. Lo reté a que lo hiciera. Diablos, le habría suplicado que lo hiciera. No quería ni un centavo de su dinero robado.

En cuanto a mi madre, o bien le habían practicado algún tipo de lobotomía mientras yo crecía, o simplemente era tonta. Ella creía que algún día yo cambiaría de opinión. Me llamaba de vez en cuando, me preguntaba cómo estaba y cuándo iría a casa de visita. *Visita.* Ni siquiera era bienvenido en casa.

Durante un tiempo, viví en el mismo departamento barato con Gavin y Leo. Los tres sobrevivíamos a base de fideos instantáneos, comidas baratas y, en los días realmente malos, solo un sándwich para los tres para todo el día mientras Leo hacía su mejor esfuerzo para programar la aplicación para nosotros mientras equilibraba sus

estudios. No fue fácil. Pero tomamos cada día paso a paso, y aquí estábamos ahora.

El objetivo era Elliot Martinez, con un patrimonio neto de cinco millones a su nombre —bueno, al de su padre—. Elliot seguía el modelo del nepotismo. Su risa resonaba en el club, y se paseaba por la sala como si hubiera sido construida en su honor, rodeado de sus ebrios hermanos de fraternidad incluso después de la graduación, como si él fuera su salvavidas. Bah, tal vez lo era.

Los ojos de Elliot estaban vidriosos por la diversión, el alcohol y tal vez también estaba algo drogado. Los hombres como él no tenían que pasar hambre, no tenían que estirar un sándwich durante tres comidas y nunca los atormentaba el «qué pasaría si» nunca le hubiera dado la espalda al privilegio en el que nació. Elliot viviría del dinero de su padre —*el dinero del pueblo*— por el resto de su vida de niño privilegiado.

Odiaba a la gente como él. Pero era el tipo de persona a la que las empresas pequeñas como la nuestra acechaban porque era fácil de convencer. Diablos, podría guiar su mano para que firmara un contrato y no lo recordaría al día siguiente, pero fingiría que había hecho la mejor inversión para su empresa. Afortunadamente para él, no éramos estafadores.

Por mucho que intentara alejarme de gente como él, *lo necesitaba.* Lo necesitábamos.

Por un breve momento, desvié mi atención hacia la pelirroja que seguía en la pista de baile, con las comisuras de mis labios curvándose en una sonrisa que solo yo conocía. Pero luego inhalé bruscamente, enderezando la espalda mientras marchaba hacia donde estaban Elliot y sus secuaces.

Sus ojos brillaron con reconocimiento en cuanto me vio. —¡Hudson! ¡Cuánto tiempo, amigo!

Me hizo un gesto para que me acercara a su mesa, y giré los hombros, nivelando la mirada, poniéndome la familiar máscara profesional que usaba cada vez que me enfrentaba a socios potenciales. Cuando estuve cerca de él, le ofrecí la mano para saludarlo. —Elliot. Es un placer verlo.

La sonrisa de Elliot se ensanchó ante mis palabras, como si me estuviera concediendo un honor por estar en su presencia. Se recostó en el respaldo del sofá, haciéndome un gesto con la mano, una invitación para que me sentara con ellos. Su séquito hizo espacio, como si me estuvieran dando el privilegio de reunirme con su rey.

—¿A qué se debe la ocasión, Huds? ¿Una celebración? ¿Ahogando las penas y los arrepentimientos en alcohol?

Sabía lo que significaba la última frase. La gente que vive en el lujo y el nepotismo tiene contactos, y los chismes y las historias tienen alas. Gente como Elliot sabía lo que yo había hecho. Incluso si yo no lo pregonaba, mi padre seguramente sí lo hacía. Probablemente añadía afirmaciones de que algún día volvería arrastrándome hacia ellos.

Respirando profundamente, resté importancia a la última parte de su comentario. He aprendido que la única manera de salir adelante en la vida es elegir bien tus batallas. Si las cosas más insignificantes te molestan, simplemente te desvías hacia el fracaso.

—Ah, no. No tengo tiempo para darle vueltas a lo negativo, a menos que sean cifras en la pantalla. ¿Pero las oportunidades? Esas las persigo de frente.

Elliot me dio una palmada en la espalda. —¡Ese es mi muchacho! ¡Siempre el realista!

Pero su tono era burlón, como si no me estuviera animando sino burlándose de mí por lo estúpido que estaba siendo. —Entonces cuénteme, hombre, normalmente no viene por mi zona. ¿Qué es esta vez? ¿Una propuesta? ¿Necesita una inversión para su mierda de aplicación? ¿Sigue con eso, o se aventuró por un camino diferente?

Fruncí los labios pero mantuve mi sonrisa. —Hmm, no creo que este sea el tipo de lugar en el que debamos discutir negocios. ¿Qué le parece si programamos una reunión?

Las cejas de Elliot se elevaron. —¿Una reunión? Hmm. No estoy seguro de tener tiempo en mi agenda, Huds. Quizás quiera que su secretaria consulte con la mía... tiene una secretaria ahora, ¿verdad? Quiero decir, pequeñas empresas como la suya...

Apreté los dientes pero mantuve la compostura. —Una reunión contigo y con tu padre, Elliot. Me puse en contacto con tu secretaria y me dijo que tenía que consultarlo contigo, así que pensé en hacerlo yo mismo. ¿Qué dices? Una gran empresa como la tuya ayudando a una pequeña como la nuestra. ¿No sería una historia fantástica?

—O, ya sabes, podría encontrar la manera de llegar al mismísimo Sr. Ralph Martinez. Pero pensé que, como somos amigos y todo eso, tal vez podría consultarle a usted primero...

Dejé que las palabras quedaran en el aire, sabiendo que acababa de activar el código de trampa. El ángulo de los ojos de Elliot se contrajo. Incluso borracho, se ponía ansioso cada vez que se mencionaba el nombre de su padre; un disparador clásico para los hijos del nepotismo. Siempre querían asegurarse de complacer a sus padres, y la idea de llevar una pequeña empresa en ascenso a su puerta sería una oferta tentadora para que su papá le sumara otro punto al marcador para heredar la compañía.

Elliot aplaudió. —No se preocupe, chico. Yo me encargo. Incluso me aseguraré de que Faye le haga un hueco en *ambas* nuestras agendas. Haré que ella lo contacte una vez que esté todo listo.

Mi sonrisa se amplió y le ofrecí la mano para estrecharla. —Bueno, entonces, espero que este sea el comienzo de una hermosa sociedad entre nosotros.

—No te adelantes, Huds —advirtió Elliot, con tono juguetón, asegurándose de seguir teniendo el control frente a sus secuaces, y yo se lo permití. La clave de la manipulación es hacer que la víctima piense que todo fue idea suya—. Aún no hemos firmado ningún papel, pero trataré de convencer al viejo. No te preocupes.

—Haz lo que debas —dije, asintiendo solemnemente, incluso inclinando un poco la cabeza para añadir dramatismo a la actuación antes de retirarme mientras la risa estruendosa de Elliot resonaba en su grupo, como si fuera un rey gordo que necesitara ser atendido a cada minuto.

Podría haber vuelto con Leo y Gavin, pero mis ojos me traicionaron, recorriendo la sala en busca de cierta pelirroja que me había llamado la atención hace un momento. La divisé y, como si

fuera una escena sacada de una batalla, emergió de la multitud de cuerpos que se contoneaban al ritmo de la música.

Hizo una mueca mientras encontraba un taburete en la barra para sentarse, e inmediatamente tomé el del extremo, llamando al barman. —Dale un martini, por mi cuenta. Y un vaso de bourbon para mí, solo.

El barman me levantó una ceja y se rio entre dientes, comenzando a mezclar la bebida frente a mí. La miró a ella de reojo casualmente, un gesto que no me sentó muy bien. Cuando volvió a prestarme atención, lo notó de inmediato. Agitó su mano frente a mí, haciendo brillar un anillo de plata.

—Relájate. He sido testigo de cómo se construyen amoríos y cómo se destrozan historias de amor en este mismo mostrador. Estoy haciendo una apuesta conmigo mismo sobre cómo resultará la suya.

Incliné la cabeza hacia un lado. —¿Y cómo prevé que resultará?

Miró a la mujer en el otro extremo de la barra por un segundo más y luego se volvió hacia mí, evaluándome con la mirada por un breve instante. —Hmm. Veamos. El suyo va a ser un romance tormentoso, pero desde aquí puedo ver que hay química, lo cual está a su favor si quiere seguir adelante con ello esta noche. Pero lo que tenga con ella —aunque solo sea por esta noche o por un par de días— será suficiente para que no pueda desear a nadie más.

Lo miré como si le acabara de salir otra cabeza y me reí a carcajadas, sacudiendo la cabeza. —Bueno, le diré algo, esta es mi tarjeta de presentación. ¿Qué tal si lo contacto cuando termine casándome con otra mujer y usted me paga la cantidad que haya apostado? Pero le digo algo, aunque esa mujer sea mi tentación por esta noche, garantizo que será ella la que no podrá olvidarme después, no al revés.

Pero el barman no pareció dejarse convencer por mis palabras. Terminó la bebida y me guiñó un ojo antes de dirigirse hacia donde estaba sentada la mujer. Se acercó a ella en silencio y luego dejó la bebida frente a ella antes de que intentara pedir algo. Sus ojos se agrandaron, la sorpresa era evidente en su reacción.

Pareció recomponerse en un segundo. Con una ceja levantada, pareció preguntarle algo al barman. Observé su intercambio, evaluándolo con intenso interés. El barman negó con la cabeza, sonriéndole, y ella lo miraba como si él pudiera abrirle la puerta a Narnia.

¿Qué demonios?

Pero luego pareció decirle algo, inclinó la cabeza en mi dirección y ella siguió su mirada.

Se me cortó la respiración y me quedé inmóvil. Ni siquiera estaba seguro de por qué.

Cuando sus ojos se posaron en mí, vi cómo una serie de emociones cruzaban por ellos. No estaba seguro de qué estaba pensando o cómo me estaba percibiendo. Siempre estaba acostumbrado a que las mujeres se lanzaran sobre mí, o en las ocasiones en que yo daba el primer paso —como esta—, ellas se levantaban de sus sillas y se dirigían hacia mí.

Pero ella permaneció donde estaba sentada, con su conflicto claramente dibujado en el rostro.

Levanté la mano, inclinando mi vaso hacia ella en señal de reconocimiento. Su rostro se contorsionó en otra serie de emociones y tuve que reprimir una sonrisa. *Linda.* Las comisuras de mi boca se curvaron en otra sonrisa que contuve. Lo último que quería era que se diera cuenta de que tenía cierto efecto en mí.

Siguió mirándome —casi con la boca abierta— y finalmente tomé la decisión de ponerme de pie y acercarme a ella. Su mirada nunca se apartó de la mía mientras me movía; mis movimientos eran pausados e intencionales. Sabía que debía haber vuelto con Gavin y Leo para ponerlos al día sobre la conversación que tuve con Elliot, pero esa no era mi prioridad en este momento.

Mi atención estaba en la mujer que me miraba como si hubiera salido de una revista GQ. Cuando estuve cerca de ella, pude oler su dulce fragancia entre el hedor a sudor de la multitud y el dulzor del licor de la barra. Parpadeó una, luego dos veces, y me miró como si acabara de materializarme frente a ella.

Tenía que mantener la calma. —Hola.

Pareció que una sola palabra fue suficiente para desarmarla, porque parecía estar bloqueada frente a mí. Quería reír a carcajadas por lo adorable que se veía. —¿Me estás hablando a mí?

Señalé a la multitud cerca de nosotros. —No hay nadie más por aquí a quien le haya comprado una copa. Entonces, ¿funcionó el hecho de invitarte un trago?

—¿Y qué sería eso?

—¿Llamar su atención?

—¿Eso era lo que quería que pasara?

—¿Va a seguir respondiendo mi pregunta con otra?

Hizo una pausa, respiró hondo y exhaló lentamente después de contar hasta tres. —Gracias por el trago, pero no estoy aquí para que me liguen hombres desconocidos. Ese no es... ese no es mi ambiente.

Acerqué la silla de al lado y me senté. —Bueno, entonces es bueno que tenga toda la noche para entender en qué ambientes se mueve y así poder audicionar. ¿Qué dice?

Capítulo Tres

Bella

—Entonces, es bueno que tenga toda la noche para entender qué tipo de escena interpretas y así poder audicionar. ¿Qué dices?

Miré alrededor de la habitación tenuemente iluminada, llena de cuerpos intoxicados con alcohol y lujuria, humo de cigarrillos y vaporizadores, sudor y tentación, todo mezclado en un solo aroma. Buscaba a alguien a quien él pudiera dirigirle esa pregunta —o esa afirmación— porque no había forma humana de que me la estuviera dirigiendo a mí.

A mí. Bella Ryan. Una chica de lo más común. Yo no tenía el rostro bonito y de porcelana de Ashtine que los dioses del K-pop habían bendecido, ni el encanto y la carisma inconfundibles de Cleo, y sobre todo, no tenía la belleza de Makayla que, según juraba yo siempre, la hacía parecer una encarnación de la Virgen María. Yo solo era Bella. La chica que pasa desapercibida. El tipo de chica a la que los hombres no le dedicaban una segunda mirada.

Pero *él* me estaba mirando fijamente, con la mirada firme. Inclinó la cabeza y las comisuras de sus labios temblaron. — ¿Hablas un idioma diferente? No soy políglota, pero mi lengua ha dominado un arte distinto.

La insinuación estaba ahí, y contuve el aliento mientras el calor subía por mi rostro. Él soltó una carcajada, con la diversión clara y brillando en sus ojos. Mis dientes superiores se hundieron en mi labio inferior mientras intentaba recobrar la compostura, pensando en las palabras adecuadas para desviarlo. No estaba acostumbrada a que los chicos intentaran ligar conmigo —ninguno lo hacía nunca—, pero si alguien hubiera puesto filtros para este tipo, estaba segura de que habría una bandera roja parpadeando en algún lado.

—Bandera roja —murmuré, alcanzando mi trago y tomando un sorbo cauteloso—. Lo siento. No soy el tipo de chica con la que quieras perder el tiempo. Ya puedes pasar a la siguiente.

Lo dije lo más educadamente posible, asegurándome de que no sonara ofensivo, aunque el significado detrás de mis palabras lo fuera. Si fuera un imbécil, lo más probable es que me mandara a la

mierda o me dijera algo ofensivo de vuelta —los patanes siempre son así—, pero me sorprendió al reírse de nuevo, su risa resonando en la habitación, tan estrepitosa como el bajo de la música.

—Cariño, si te dijera que vengo con una etiqueta de advertencia, ¿me darías una oportunidad?

Lo miré con curiosidad. Sus rasgos faciales estaban bien definidos: una mandíbula esculpida, pómulos altos, cabello oscuro que casi rozaba sus ojos. *Dios, sus ojos.* Eran de un azul increíble, del tipo que te hacía desear correr hacia el océano en ese mismo instante, sumergirte en sus profundidades y dejar que te tragara entera.

—Si vienes con una advertencia, ¿eso debería darme ganas de entretenerte? ¿Y si no me interesa?

Las palabras salieron más afiladas de lo que pretendía, y él se echó hacia atrás ligeramente. —Mmm, veamos entonces. Hay mujeres que vienen aquí para divertirse hasta perder el conocimiento, y tal vez acostarse con alguien también. Hay quienes vuelcan su alma consumiendo alcohol solo para adormecer cualquier dolor que sientan. No creo que encajes en ninguna de esas categorías.

—Porque no se supone que deba categorizar a la gente, señor.

—Tú llegaste a la conclusión de que soy una bandera roja cuando solo estoy aquí, queriendo conocerte. Hipocresía.

Entorné los ojos ante sus palabras. Nunca fui de las que discuten con la gente —especialmente con extraños—, pero eso no significaba que fuera fácil aceptar cualquier cosa que dijeran sobre mí. — ¡No soy una hipócrita! Simplemente... tengo límites.

—Límites —repitió, y la palabra rodó por su lengua como si fuera extranjera—. Y si te digo que eso hace que todo esto sea mucho más emocionante, ¿me darás la oportunidad de poner a prueba tus aguas y cruzarlos?

Era implacable, y sus palabras tuvieron un efecto en mí. El calor subió a mi rostro una vez más, poniéndome más roja que el rubor con el que Makayla se había empeñado en pintar mis mejillas y el labial borgoña que Cleo dijo que me haría ver más deseable... o provocativa.

—Por favor, molesta a alguien más. No me siento... no me siento cómoda con la situación en este momento.

Listo. Establecí los límites. Si no era un idiota y su madre lo había educado bien, me respetaría.

Pareció que funcionó. Me miró fijamente y casi pude ver los engranajes girando en su cabeza. Se lamió los labios y luego soltó una risita suave, su mirada ya no tenía la misma intensidad implacable de hace un momento. En cambio, se suavizó y asintió solemnemente.

—Está bien. Una mujer que conoce su valor. Respeto eso —empezó a decir, con una pequeña sonrisa jugando en sus labios—, pero eso solo intensifica mi curiosidad por ti. Aunque, me portaré bien. *Por ahora.*

Por ahora. Esas dos palabras sonaban tan peligrosas y a la vez tan emocionantes que hicieron que mi estómago se retorciera. Tal vez era por la forma en que me miraba, y tal vez el golpeteo errático de mi corazón era por el ritmo de la música. Quizás mi mundo daba vueltas por las luces del club.

Pero volví a la realidad, saliendo del cortocircuito mental por la sobrecarga sensorial, gracias al grito de mi hermana.

—¡BELLY!

Makayla corrió hacia donde yo estaba sentada, con los ojos muy abiertos, brillantes de emoción. Pero antes de que pudiera decir nada —probablemente sobre lo que le pasó en la pista de baile— su mirada cayó en el hombre sentado a mi lado, y sus ojos de cierva se duplicaron de tamaño. Lo miró a él, y luego de vuelta a mí, y así un par de veces hasta que finalmente lo asimiló.

—Ay, por Dios —siseó—. Iba a regañarte por desaparecer de la pista de baile, pero estás completamente perdonada.

Gimí, dándome cuenta de que estaba sacando conclusiones precipitadas. —Makayla, no...

Ashtine y Cleo aparecieron junto a Makayla, mirando brevemente al hombre sentado a mi lado y luego sonriendo de oreja a oreja, como hienas. —Vaya, qué bien, Belly. Y yo que pensaba que tú serías la que nos reuniría y se aseguraría de que todas llegáramos a casa a salvo.

Cleo silbó. —Parece que encontró a alguien que *la* lleve a casa a ella.

Makayla me pasó el brazo por el hombro, acercándome a ella. —Ni se te ocurra salir disparada de este club sin el brazo de ese bombón alrededor de tu cintura, Belly. Jamás te perdonaré si no besas a ese hombre. La virginidad está destinada a perderse con el amor de tu vida, o con alguien que esté así de guapo y atractivo.

Ay, Dios mío. El hombre se rió a carcajadas, claramente habiendo escuchado cada palabra que Makayla acababa de decir. Mortificada, aparté a mi hermana un poco de mí. —¡Maki!

El hombre se aclaró la garganta. —Soy David Hudson, por cierto. Puedo darles todos los detalles que necesiten saber sobre mí para asegurarles que no soy un mal tipo. Aunque, su amiga aquí ya me ha etiquetado como una bandera roja. Todavía estoy tratando de ver cómo lidiar con eso.

A mi lado, Makayla soltó un jadeo dramático, dándose la vuelta hacia mí como si acabara de decepcionarla. —Isabella Ryan, no me digas que acabas de etiquetar a este espécimen tan fino en una categoría que reservamos exclusivamente para los hombres que me han roto el corazón.

Se volvió hacia David, sonriendo con audacia. —Además, si este hombre es una bandera roja, entonces déjenme agitar una blanca, y que él me tome como quiera.

Así coqueteaba Makayla. Puse los ojos en blanco, sin importarme cómo progresaría todo esto. David debía darse cuenta de que Maki le había echado el ojo y lo más probable era que consiguiera lo que quisiera con ella. Pero todo el asunto no me sentaba del todo bien. Quiero decir, *yo fui a la que se acercó primero,* ¿no?

David levantó su vaso de bourbon, como brindando. —Mis disculpas, pero cuando pongo mis ojos en una mujer, me quedo con una sola.

Hubo un "uuh" colectivo de Ashtine y Cleo, quienes claramente estaban disfrutando de cómo se desarrollaba todo. Pero centré mi atención en Makayla, tratando de medir cómo reaccionaría ante un rechazo tan elegante. Ella nunca era de las que aceptaban un no fácilmente.

Sorprendentemente, una amplia sonrisa apareció en el rostro de Makayla mientras se giraba hacia mí, y luego de vuelta a David. —Bueno, dicho esto, tienes mi bendición. Haz lo que quieras con mi hermana.

La miré con la boca abierta. Le agarré la muñeca con fuerza, atrayéndola hacia mí para susurrarle: —¡Maki! ¿Qué demonios? ¿Y si es un asesino serial o algo así?

Makayla me puso los ojos en blanco. —Los asesinos seriales no irían por ahí dando sus identidades así como así, Belly.

—Perdona a nuestra amiga, David. Ella es... *cautelosa* —dijo Ashtine, tratando de pensar en una palabra mejor que la que solían usar para mí: ingenua.

Pero David no parecía inmutarse. En cambio, sonrió con suficiencia y tomó otro sorbo de su trago, lento y deliberado. —Ser cautelosa está bien. Es bueno. Parece que Bella Ryan no cae tan fácilmente, y no me molestan los desafíos.

Las chicas chillaron, como si toda la escena fuera sacada de los dramas coreanos que Ashtine nos obligaba a ver de vez en cuando. —Por Dios, David, ¿con cuántas mujeres has usado esa frase? ¿O ensayas esas palabras frente al espejo a diario?

David se encogió de hombros con naturalidad. —No suelo perseguir mujeres, señorita. La mayoría de las veces, ellas son las que se lanzan hacia mí. Pero cuando encuentro a una que vale la pena perseguir, fijo mi objetivo y me aseguro de conseguirlo.

Ashtine se estaba abanicando a mi lado. —Ay Dios, Belly, estás en problemas con este.

Junto a Ashtine, Makayla sonreía como el mismísimo demonio encarnado.

—De hermana a hermana te lo digo, perderla con él no sería una pérdida. ¿Recuerdas cómo perdí la mía? ¡En un motel de mala muerte, y todo duró solo quince minutos y ni siquiera llegué!

Lo dijo tan fuerte que David se atragantó con su trago. Pude sentir cómo mi cuerpo se encendía de la vergüenza. Dios. ¿Cuántos tragos se habría tomado Makayla en la pista de baile para estar así de ruidosa, directa y sin tacto?

—Maki, por favor basta. —Estaba a punto de rogarle cuando dos hombres aparecieron detrás de David, dándole una palmada en la nuca. Mis ojos se agrandaron, sorprendida por el repentino cambio en la situación.

—Huds, ¿qué carajos? —le siseó uno de ellos, con cabello rubio alborotado, piel bronceada y ojos dorados—. ¿Nos dejaste ahí esperando? ¿Qué diablos pasó con Elliot?

Debían de ser sus amigos, por la forma en que actuaban. David los miró con fastidio y luego señaló con la cabeza hacia nosotras. El rubio centró su mirada en nosotras, sus ojos aterrizaron en Makayla e inmediatamente enderezó la postura, de la forma en que los hombres siempre lo hacían cuando veían a mi hermana.

—Vaya, parece que tenías una prioridad diferente —dijo, ofreciéndonos su mano para saludar—. Gavin Patel, a sus órdenes. Soy bueno arreglando fallos informáticos, pero también ofrezco mis servicios si hay otras cosas que quieran "ajustar".

David hizo una mueca ante la frase de Gavin, avergonzado por su propio amigo. Se aclaró la garganta, señalando a Gavin y al otro chico. —Gavin es un socio comercial, al igual que Leo. Somos los dueños de una empresa de tecnología emergente. No somos exactamente multimillonarios en este momento, pero llegaremos allí.

Así que era un hombre de negocios. Con el tatuaje asomando por las mangas de su camisa de vestir y el aura arrogante que proyectaba, me habría resultado más fácil creer que andaba en negocios ilegales que en una empresa de tecnología.

David debió notar el juicio en mis ojos porque se inclinó hacia mí, justo cuando Gavin se llevaba a Makayla y Cleo y Ashtine le pedían a Leo que se divirtiera con ellas en la pista de baile. Pobre Leo. Parecía un cachorrito siendo arrastrado por mis amigas. Pero se veía demasiado amable como para negarse.

—Todos se están divirtiendo —murmuró David, con el rostro tan cerca que podía oler su aliento. Menta, con un toque de alcohol por el bourbon que estaba bebiendo—. Vamos, Bella Ryan, solo un baile.

—Tengo dos pies izquierdos.

Él señaló a Gavin, que intentaba desesperadamente impresionar a Makayla. —Gavin también, pero no ves que eso le impida intentar

ganar puntos.

Solté una risita, viendo lo tierno que estaba siendo. Un verdadero Golden Retriever en forma humana. —No vine aquí a parrandear, David, ni a que me liguen. Solo vine porque Maki me arrastró. Preferiría quedarme con esta margarita que me compraste toda la noche hasta que todos ellos decidan irse y yo pueda volver a la segura comodidad de mi cama y mis libros.

David me miró fijamente, como si estuviera tratando de descifrarme, como si hubiera un código que pudiera presionar para desbloquear algo dentro de mí. Dios, no estaba segura de por qué su mirada era tan inquietante, por qué me estaba desarmando así.

—Entonces dime, cariño, ¿cuál es tu idea de una primera cita perfecta?

Mis cejas se elevaron ante la pregunta. — ¿A qué te refieres con eso?

Inclinó la cabeza hacia un lado. — ¿De verdad quieres que repita la pregunta? Te estoy preguntando cuál es tu idea de una cita perfecta. No soy millonario —al menos no todavía—, pero tal vez pueda hacer algo que sea bastante similar a lo que quieres.

Me mordí el labio inferior y puse los ojos en blanco. —No tengo una primera cita ideal, David. Nunca he tenido el lujo de pensar con tanta libertad en la vida.

Tal vez no debí decirlo así, porque lo hacía sonar como si no estuviera agradecida por cómo resultó mi vida, porque sí lo estaba. Dios sabe que lo estaba. Pero también decía la verdad, porque a diferencia de otras chicas que eran libres de soñar con cómo querían que los hombres las invitaran a salir y de cómo sería su boda, todo lo que yo soñaba era con que mi vida fuera lo suficientemente estable para finalmente poder respirar.

Pensé que David se burlaría de eso, pero en cambio, hubo una sombra de sonrisa en su rostro. —Entonces, ¿qué tal si te invito a tomar un café ahora mismo? ¿Qué dices? ¿Dejarás que te saque de este lugar y te lleve a algún sitio más tranquilo? ¿Me dirías que sí a eso?

Había algo solemne y educado en la forma en que pidió mi permiso. Sabía en mi corazón que debería simplemente negarme,

quedarme donde estaba y esperar hasta que mis amigas estuvieran lo suficientemente cansadas para llevarlas a casa a salvo.

Pero tal vez fue la suavidad de la mirada de David, y lo esperanzado que se veía esperando mi respuesta, que sentí que mi cabeza subía y bajaba lentamente en un asentimiento. —Sí.

Capítulo cuatro

David

En el momento en que el aire fresco nos golpeó a ambos afuera del club, noté el pánico en Bella. Fue como si alguien hubiera accionado un interruptor, e instantáneamente comprendió la decisión que había tomado hacía un momento. Tenía la sensación de que preferiría salir corriendo de vuelta al club y reunirse con sus caóticas amigas antes que dar un paseo con un extraño.

Al menos conoce el peligro de los extraños. Aunque yo no sea esa clase de peligro. Creo.

—Oye —dije, captando su atención. Se volvió hacia mí, con sus ojos verdes brillantes y muy abiertos por el pánico y la indecisión—. No soy un mal tipo, Bella. No voy a arrastrarte a un callejón oscuro y hacerte algo malo. En el peor de los casos, te darás cuenta de que soy un nerd y no dejaré de hablar de cosas de tecnología y negocios.

Se volvió hacia mí, con la duda todavía claramente pintada en su rostro, pero las comisuras de sus labios temblaron, y me permití sentir un arrebato de orgullo por eso. Pequeñas victorias. Siempre me entrené para celebrar las pequeñas victorias.

Ninguno de los dos habló mientras caminábamos otra cuadra. Metí las manos en los bolsillos y mantuve mi distancia. No quería que saliera huyendo de mí, que escapara en el momento en que detectara otra señal de alerta. Me quedó claro desde antes que Bella Ryan no se parecía en nada a las mujeres con las que había estado coqueteando últimamente.

Se parecía mucho más al tipo de mujer que solía buscar cuando estaba en la preparatoria; de esas a las que no les importaba quién era yo y no se me lanzaban encima por la influencia de mi familia y nuestra riqueza. Siempre me alejé de ese tipo de mujeres, dejando que mi hermano eligiera a su gusto de esa lista mientras yo elegía a las que se perdían en los libros y no les importaban las citas en la biblioteca, las que no hacían comentarios sobre el hecho de que usaba una camioneta destartalada en lugar de un sedán elegante como el de mi hermano.

Las chicas que veían más allá de las etiquetas que me ponían antes de que pudiera hacerme un nombre por mí mismo... esas eran las mujeres que siempre captaban mi atención. Ese era el tipo de chica que parecía ser Bella. *Y sabía que elegir esta dirección con ella significaba que yo también me estaba metiendo en aguas peligrosas.*

—Allí —dije de repente, abriendo los brazos en un gesto amplio como si le estuviera presentando algo grandioso cuando, en realidad, era solo una pintoresca cafetería escondida junto a un callejón.

Bella la miró por un momento. —Mmm, hay un callejón oscuro justo al lado, David. Es suficiente para que se enciendan las alarmas en mi cabeza.

No pude evitar reír ante sus palabras e hice la misma señal que hacen los boy scouts cuando prestan juramento. —Te lo juro, Bella Ryan, si fuera a asesinarte, no te invitaría a un café caro pero de sabor mediocre como tu última bebida. Eso me haría mucho más cruel que un asesino sin remordimientos.

Ella soltó una risita. El sonido me dejó mudo por un breve segundo, y ella inmediatamente se dio cuenta de lo que había hecho. En su propio pánico, se escabulló dentro de la cafetería. Me tomó un momento recuperarme antes de seguirla finalmente. Estaba mirando a su alrededor, observando los diseños hippies con una pequeña sonrisa en los labios.

Me dirigí directamente al mostrador y tomé el menú. —Bueno, lo que quieras invita la casa... es decir, yo.

—¿Me ofreces eso para que, cuando me mates, al menos haya valido la pena el gasto? —preguntó ella bromeando—. ¿Y no pagaste mi bebida en el club hace un rato? Nos escapamos de allá sin pagar nada.

—Leo tiene una de mis tarjetas —dije perezosamente—, y ellos dos tienen la costumbre de usarla cada vez que estamos en bares y clubes. Incluso si pagan las bebidas de todos los que están allí, el banco ni siquiera me enviará una alerta de fraude.

Esperé a que ella siguiera con ese comentario, a que parpadeara coqueta ante el hecho de que acababa de soltar casualmente lo rico que era. Pero Bella frunció el ceño. —¿Así que estás diciendo que

eres básicamente un cajero automático andante para ellos y crees que eso es algo de lo que presumir?

—¿No lo es?

Bella resopló. —Claro que no. Ser ese tipo de persona solo te rodea de gente que se aprovechará de ti. Si eres un hombre de negocios, deberías saber que vas directo a la bancarrota con esa mentalidad.

Sentí un escalofrío por la espalda ante sus palabras, mi corazón dio un vuelco, y no estaba seguro de por qué me excitaban o hacían que mi corazón estallara con ese tipo de emoción para la que el idioma español no tiene un nombre adecuado.

—¿De verdad crees que me lanzo de cabeza a la bancarrota? —pregunté, con las cejas arqueadas, pero con una clara nota de diversión en la voz—. ¿Crees que soy así de imprudente?

Se encogió de hombros ligeramente mientras sus ojos recorrían el menú. —Tampoco creo que seas responsable. Eres del tipo que grita "mala decisión", junto con un letrero de advertencia parpadeante. Puede que te vistas con trajes a medida, pero ese tatuaje que asoma en tu brazo dice lo contrario.

—No te hacía alguien tan prejuiciosa.

—¿Van a ordenar ya o esto es una escena de una película y yo solo soy el alma desafortunada que tiene que presenciar todo esto? —dijo finalmente la barista, con voz inexpresiva y molesta.

Eso fue suficiente para devolvernos a la realidad, y cuando la miré, no parecía estar nada impresionada con nosotros. A mi lado, Bella estaba sonrojada. Señaló rápidamente algo en el menú. —Solo un latte de vainilla para mí.

—Un caramel macchiato para mí, por favor, y ponle una buena dosis extra de jarabe. —Le entregué mi tarjeta después de eso y seguí a Bella hasta un asiento que tomó cerca de la puerta—. No me sorprende que eligieras vainilla. Es muy propio de ti. Seguro y predecible.

Las bebidas llegaron pronto, entregadas por la propia barista. Bella señaló mi bebida con la cabeza. —Eso dice el niño de cinco años que está a punto de tener un subidón de azúcar. No sabía que dejaban entrar a niños pequeños en los clubes hoy en día.

No pude evitar reír ante su comentario, y vi que ella intentaba reprimir su propia diversión. Dios, estábamos progresando. Fuera lo que fuese esto. —Touché, dulzura. Pero que sepas que al menos es más memorable que la vainilla.

Dejé el doble sentido flotando en el aire, y ella fue lo suficientemente astuta como para captarlo sin que tuviera que repetirlo. Se puso de un rojo intenso, bajando la cabeza y concentrándose en su bebida. *Dios, eres tan linda.*

El comentario hizo que Bella se atragantara con su bebida, lo que la hizo parecer aún más adorable ante mis ojos. —¿Linda? No creo... Dios, ¿por qué eso suena ofensivo?

Me reí y tomé un sorbo de mi bebida. —No lo es. De verdad. Cuando entraste al club hace rato, lo único que pude pensar fue en lo sexy que eras y todo eso, pero luego resaltabas como un bicho raro en la pista de baile. Espero por Dios que tu hermana no te haya arrastrado a tomar danza como materia optativa.

—Ah, bueno, te espera una noche entera de historias sobre eso, y no creo que una sola noche baste para cubrirlo todo —dijo Bella en voz baja, sacudiendo la cabeza, con la humillación de su pasado reflejada en su expresión.

—Puedo despejar mi agenda si eso significa pasar más tiempo contigo —dije, moviendo las cejas, diciéndolo con la mayor naturalidad posible. La mayoría de las veces, las mujeres se derretirían. Bella solo hizo una mueca.

—Dios, ¿con cuántas mujeres has usado esa frase y cuántas cayeron de verdad? Es tan... patético. No entiendo por qué todo el mundo está tan obsesionado con la idea de tener citas y coquetear cuando todo el asunto está sobrevalorado.

—Amén a eso, hermana —dijo la barista desde el mostrador, levantando una mano en honor a lo que Bella acababa de decir.

Puse los ojos en blanco hacia ellas pero me acerqué a Bella. —Supongo que nunca has tenido novio, ¿verdad?

—¿Qué te hace decir eso? —preguntó ella, sonando a la defensiva.

—Bueno, aparte de todo lo que dijo Makayla antes, tu energía grita "mujer fuerte e independiente que muy probablemente será un

desafío para mí" —dije encogiéndome de hombros ligeramente—, pero no te preocupes porque no me importan los desafíos, Bella. Mi misión será hacer que esta noche sea inolvidable para ti.

Ante mis palabras, Bella decidió no responder. En su lugar, se concentró en el café frente a ella, revolviéndolo distraídamente. Tenía la sensación de que era el tipo de persona a la que no le importaba su propia compañía, y eso me gustaba. Si quería que me quedara sentado en silencio con ella, lo haría sin quejarme.

—Y bien —comencé, entablando otra conversación con ella—. ¿Ha habido chicos que hayan intentado impresionarte? Y si es así, ¿lo lograron?

Su mano dejó de revolver abruptamente y soltó un bufido. —No. Nadie se atrevió nunca. No soy el tipo de chica que capta la atención de un hombre. Me gusta estar en lo mío, y así habría sido si mis amigas no hubieran seguido empujándome hacia ti. Y la verdad es que yo también quería salir de allí.

Asentí, sonriendo de par en par. —Supongo que eso significa que el estándar está bajo, ¿eh?

Bella frunció los labios e ignoró mis palabras una vez más. Me mordí el labio, desplazando la mano sobre la mesa para que nuestras pieles se rozaran. Ante el contacto repentino, Bella se quedó quieta, entrecerrando los ojos y conteniendo el aliento por un breve momento.

—David... —comenzó a decir, inhalando profundamente de nuevo —, esto es territorio desconocido para mí, así que por favor, ahórratelo si solo planeas jugar. No me interesa.

Pero no le hice caso. En cambio, froté suavemente el dorso de mi mano contra la suya, moviendo mi mano una vez más y luego tomando suavemente la suya entre las mías. No la retiró. *Bien.* Dejé que mi pulgar acariciara suavemente sus nudillos.

—Dices que estás en contra y, sin embargo, reaccionas de otra manera. ¿Por qué no retiras la mano, Bella?

Se mordió el labio inferior y esperé a que apartara la mano, me fulminara con la mirada o incluso me golpeara porque, honestamente, había una parte de mí que realmente lo esperaba. Pero Bella giró su mano dentro de la mía y permitió que se la

sujetara. Las comisuras de mis labios se curvaron en una pequeña sonrisa mientras me acercaba a ella.

—¿Quieres llevar esto a algún lugar privado? —La pregunta quedó flotando en el aire. Bella me miró, con sus ojos verdes muy abiertos por la duda, pero también había una chispa de interés en ellos. Dios, una chispa de esperanza floreció dentro de mí, y casi podría rogarle que viniera conmigo. Incluso si no pasaba nada, incluso si solo dormíamos, no me importaría.

Porque por primera vez en mucho tiempo, solo quería pasar la noche con una chica como ella, hablando, coqueteando y provocándonos, con bromas que fluían tan fácil y naturalmente como si lleváramos años en este juego.

Bella concentró su atención en su vaso, recorriendo distraídamente el borde con los dedos mientras pensaba cómo responder a mi pregunta. Yo simplemente esperé, relajándome con la suave música indie que sonaba en el café e incluso con el susurro pausado de la barista detrás del mostrador.

—Si dejo que me lleves a otro lado —comenzó a decir Bella, con la mirada fija aún en su vaso y el ceño fruncido mientras intentaba poner en palabras el revuelo de pensamientos que debían estar pasando por su cabeza en ese momento—, ¿qué sigue?

Sonaba tan inocente al hacer esa pregunta, y recordé cómo Makayla se había burlado de ella antes. Muchas de las mujeres que he conocido tenían experiencia y, sin embargo, aquí estaba Bella, mirándome con curiosidad, con la duda clara en sus ojos. Pero también había un ligero atisbo de deseo, como si quisiera esto, como si las palabras que su amiga le había dicho resonaran en ella de la misma manera que en mí.

—¿Qué sigue? Si lo permites, te llevaré a mi departamento. Vivo en el mismo edificio que Leo y Gavin, pero ellos comparten una unidad mientras que yo tengo una para mí solo. Es privado, es tranquilo, y si quieres hablar por el resto de la noche, podemos hacerlo. Me portaré bien. Pero si quieres algo más, algo más íntimo, también puedo hacerlo. Lo que tú quieras, Bella, solo tienes que decirlo, y te doy mi palabra.

Mi voz sonó más grave y suave cuando dije esas palabras, casi en un susurro, un intercambio íntimo entre los dos y destinado solo a ser escuchado por ella. Bella se mordió el labio inferior de nuevo, su mano resbaló del borde del vaso y cayó sobre la mesa. Observé cómo su pecho subía y bajaba con un ritmo más rápido, el efecto que tenía en ella quedaba clarísimo en su reacción.

Los labios de Bella se entreabrieron para responderme, pero no salieron palabras. —Oye, relájate. No te estoy presionando para que digas que sí a nada. Si quieres que te lleve a casa después de esto, lo haré. Cómo se desarrolle la noche está en tus manos, Bella.

Soltó una risa temblorosa, dejándome saber que estaba nerviosa. —¿Qué clase de introducción sería esa en un podcast de crímenes reales? Los oyentes probablemente dirían que me lo busqué ya que el asesino me pidió que tomara la decisión.

Me reí y me encogí de hombros. —¿Y bien? ¿Qué va a ser? ¿Estás dispuesta a correr el riesgo y seguir pasando la noche conmigo, o te llevo a casa?

—Llevarme a casa significaría que sabrás dónde vivo. Podrías "desvivirme" en mi residencia. —Su rostro no mostraba expresión alguna mientras decía esto, pero vi el destello de diversión en sus ojos cuando se acercó más a mí y, en voz mucho más baja, añadió —: Pero si voy a morir, al menos moriré sabiendo que no me perdí de nada.

Capítulo cinco

Bella

¿En qué rayos estaba pensando?

La pregunta se repetía en mi mente mientras David y yo llegábamos a su auto —un Honda Civic blanco que parecía haber tenido mejores días— y yo me quedé mirando el asiento del pasajero, estupefacta, como si no tuviera idea de cómo abrir correctamente la puerta de un auto. David se paró junto a mí y abrió la puerta, haciéndome un gesto para que entrara.

Subí a su auto, mirando fijamente el tablero mientras las señales de advertencia en mi mente seguían parpadeando con luces de neón, pero estaba haciendo todo lo posible para quedarme quieta incluso cuando todo mi cuerpo me gritaba que saliera corriendo. Porque, si era honesta conmigo misma, *yo quería esto.*

Podía actuar con toda la indiferencia que quisiera sobre la idea del romance, de la intimidad, pero para alguien que constantemente había presenciado y escuchado sobre cada loca aventura amorosa de la que Makayla había formado parte, siempre había sentido curiosidad. Los chicos nunca se fijaban en mí. Cuando algunos lo hacían, todo se desvanecía antes de que pudiéramos siquiera compartir un beso.

Durante un tiempo, me había resignado al hecho de que yo no era el tipo de ningún hombre. Quizás algún día envejecería sola. Nunca me molestó. Fui criada en una familia que me adoptó y me dio la bienvenida como si fuera suya desde el principio. Sabía que adoptar siempre era una opción, así que la idea de no tener hijos nunca me asustó. No tendría que envejecer sola.

Pero la idea de que no caería en las brasas del amor en algún momento de mi vida, *eso me asustaba.*

David se acomodó en el asiento del conductor, pero antes de que pudiera encender el motor, se giró para mirarme. Me observó por un breve momento, y mis ojos seguían vagando por doquier; a cualquier parte menos a él. De repente, se inclinó cerca. Estaba tan cerca que podía sentir su aliento en mi cuello; su aroma almizclado y masculino me hizo cosquillas en la nariz, obligando a mis sentidos a

entrar en un frenesí. Y Dios, su calor, era como si me estuviera envolviendo en él y yo pudiera simplemente derretirme en un charco.

Pero entonces escuché un clic y David se alejó. A mi lado, pude oírlo reírse bajito. Abrí los ojos —¡ay, por Dios!, ¿en qué maldito momento los cerré?— y lo vi sonriendo de oreja a oreja. —Relájate, dulzura, no voy a besarte. Todavía. Necesito tu permiso para hacerlo, ¿recuerdas? Todo depende de ti esta noche.

Ay, Dios mío, ni siquiera estaba segura de estar en el estado mental adecuado para tomar la decisión correcta. Pero no podía decir mis pensamientos en voz alta. David ya había escuchado a Makayla diciéndome que perdiera la virginidad con él —y él estaba actuando respetuosamente como si no lo hubiera hecho— y el hecho de que yo hubiera pensado que me iba a besar hace un momento, como si esto fuera una tonta comedia romántica de vírgenes de Netflix, me hizo desear que la tierra se abriera y me tragara entera.

Traté de fingir que no acababa de hacer la cosa más humillante que podía hacer frente a un hombre muy sexy y atractivo. Pero cuando miré a David, todavía tenía la sonrisa más amplia en su rostro. —¿Querías que te besara justo ahora? Porque podemos arreglar eso, amor.

—¡No! —dije de inmediato, retrocediendo para tratar de salvarme de la situación en la que yo misma me había metido—. Solo..., estaba..., ¿pensando?

Ay, Dios, ¿por qué lo dije como una pregunta?

David soltó una carcajada mientras finalmente ponía en marcha el auto y salía del estacionamiento. —Mmm. Quedarse pensando, ¿eh? Entonces, ¿estabas como soñando despierta? ¿Imaginabas que me acercaba, nuestros labios rozándose...?

Mierda, lo estaba empeorando. —Eso no es... Yo nunca... Ni siquiera...

La risa estrepitosa de David llenó el auto una vez más. —¡Relájate! Cielos. Ya parezco un disco rayado, pero si necesitas que lo diga repetidamente, todo lo que pase esta noche depende de ti, Bella. Si quieres que te bese —ya sea un pico o si quieres que te bese tan fuerte que tus labios parezcan magullados mañana por la

mañana— haré lo que me pidas. Piensa en mí como un genio que concede cualquier deseo que tengas.

Dijo la parte del beso con tanta naturalidad, como si sus palabras no tuvieran ningún efecto. Tragué saliva, apartando la mirada, mirando el paisaje que pasaba a través de la ventana. *—Quizás estaba esperando.*

El auto frenó tan bruscamente que pensé que íbamos a tener un accidente, y le agradecí a cada deidad que me escuchó porque David me había puesto el cinturón de seguridad antes, aunque eso me hubiera llevado a una situación embarazosa. Cuando lo miré, sus manos apretaban el volante con mucha fuerza.

Observé cómo respiraba profundamente, su pecho subiendo y bajando de manera errática. —¿Te das cuenta de que me desarmas con solo tus palabras?

Apretaba el volante como si su vida dependiera de ello. No pude evitar mirarlo con mucha curiosidad. —Yo no... No entiendo por qué actúas así. Todo lo que hice fue un comentario.

La siguiente risita que soltó David fue entrecortada, y sacudió la cabeza levemente, con diversión brillando en sus ojos mientras me miraba. —Dios mío, eres adorable y sexy, todo en uno. ¿En qué demonios me he metido?

Parecía decírselo más a sí mismo que a mí, y preferí no comentar, dejando pasar el comentario y permitiendo que el silencio llenara el espacio. Estaba haciendo todo lo posible para mantener la calma, para que mi corazón volviera a un ritmo más estable. Tal vez estaba tan concentrada en eso que no me di cuenta de que habíamos llegado al edificio de David.

Estacionó su auto, salió y abrió mi puerta. Se estaba comportando como un absoluto caballero: totalmente respetuoso con los límites y las líneas que yo estaba trazando.

Lo seguí hasta el ascensor, e incluso allí, mantuvo una pequeña distancia, como si si estuviera demasiado cerca de mí, perdería el autocontrol del que se sentía orgulloso en ese momento. Cuando llegamos a su piso, señaló una puerta a la derecha.

—Ahí es donde viven Gavin y Leo. Si las cosas escalan con uno de ellos y tus amigas, podrías encontrártelos aquí. —Luego, señaló

otra puerta—. Este es el mío. Tengo una llave de su departamento y ellos tienen una del mío. Por lo general, asaltan mi refrigerador, ya que tengo la costumbre de abastecerlo; si no lo hago, ninguno de nosotros se acordaría de comer comida decente y real.

Lo seguí al interior de su departamento, notando lo espacioso y minimalista que era. Gritaba "departamento de soltero", pero estaba limpio y organizado y tenía una vista espectacular de la ciudad.

—¿Me estás diciendo sutilmente que has estado jugando a la mamá pájaro con tus amigos? —pregunté mientras me paraba en medio de su departamento, tomando nota de los tonos de gris, marrón y negro. Podía oler su fragancia almizclada por todas partes, junto con el aroma a Lysol. *Es ordenado y limpio. Anotado.*

David se encogió de hombros mientras se dirigía a la cocina. —Tomamos un trago en el bar y café en la cafetería. ¿Quieres agua? Puedo cortarte pepino y limón para que sea elegante.

Hacendoso. Anotado. Acepté el pepino, y él trajo dos vasos de agua helada y nos hizo señas para que nos sentáramos en su sofá. Me entregó el vaso, con gotas de condensación formándose en los lados.

—Espero que no digas que no fui un buen anfitrión. Te he estado mimando toda la noche.

Me burlé. —Pensé que mimar significaba masajes y faciales, un buen día en el spa, tal vez. No agua elegante o una cafetería independiente.

—La hidratación es un lenguaje de amor, Bella —dijo David, encogiéndose de hombros ligeramente.

Me permití reír ante eso, tomando un sorbo del agua para saciar mi sed y refrescarme. Mis ojos continuaron vagando por su departamento, y David permaneció quieto a mi lado, dejando que lo asimilara todo.

—Todo esto es tan lujoso —dije finalmente—, pero también tan modesto. Nada es excesivo. Todo lo que tienes aquí son cosas que necesitas. Claro, pueden costar un poco más de lo habitual, pero es más como si hubieras comprado algo caro porque también es duradero, no porque puedes.

David me miraba fijamente cuando dije esas palabras, y asintió con la cabeza lentamente. —Lujoso pero modesto. Eso no es algo que se escuche todos los días.

Sus propios ojos vagaron por su departamento, observándolo todo. —Solo éramos tres desertores universitarios... corrección, dos desertores universitarios. Leo nos lo echa en cara que él sí terminó... y teníamos esta aplicación que queríamos crear. Era un riesgo. No teníamos idea de si iba a funcionar, pero estábamos seguros de que haríamos lo que fuera necesario para que funcionara. Ahora, estamos en camino de cerrar más que solo millones en inversiones.

Había mucho orgullo en su voz, pero no era desagradable. Era simplemente alguien exponiendo hechos; eran tres adultos jóvenes aventurándose en el mundo de los negocios por su cuenta, y lo estaban haciendo funcionar. Tenía todo el derecho de estar orgulloso de eso. Pero no había rastro de arrogancia en cómo lo dijo. El aura de David transmitía confianza, pero la confianza nunca se traducía en arrogancia.

—Quizás miles de millones entonces, ¿eh?

—Un paso a la vez, a su propio ritmo —dijo David, asintiéndome solemnemente.

Respiré hondo y exhalé lentamente. —No me importa no tener millones. O incluso miles. Solo quiero que mis préstamos estudiantiles estén pagados. Una casa sencilla. No tiene que ser de dos pisos. Mientras me dé un techo bajo el cual dormir, estoy bien. Tres comidas al día, tal vez darme un gusto con un matcha o un café. Nada sofisticado. Solo... una vida que no sea sobrevivir de cheque en cheque.

David me miró por un momento, asimilando mis palabras, y pensé que me estaba juzgando por querer una vida sencilla; podría haber pensado que me faltaba ambición por querer algo mejor, por tener más, que no estaba en el estado mental correcto porque no tenía la misma mentalidad que tenían algunas personas de mi edad.

Pero entonces sonrió, no de una manera que pareciera burlona ni nada. Me pareció que respetaba mi decisión. —Eso es... admirable. No he oído a nadie decir algo así en toda mi vida. Siempre he estado rodeado de gente que trabajaba duro e inteligentemente,

precisamente porque querían ser millonarios. Nunca conocí a nadie que prefiriera elegir la sencillez.

Le resté importancia a sus palabras, aunque podía oír el cumplido genuino detrás de ellas, la admiración sincera. —Tal vez sea porque estás rodeado de personas que son similares a ti. Personas nacidas en el privilegio, con fondos fiduciarios que podrían desperdiciar, una mansión en la que han vivido toda su vida.

Ante eso, David soltó una carcajada. —¿Estás bromeando, verdad? Leo es de Hong Kong. Claro, vivía lo suficientemente cómodo como para que sus padres pudieran permitirse que estudiara en los Estados Unidos, pero tenía una beca completa cuando lo conocí. Por eso decidió no abandonar los estudios. Y, en cuanto a Gavin, era lo suficientemente inteligente como para entrar en la misma universidad que nosotros, y venía de una familia de clase media. Cuando dejó la universidad conmigo, sus padres se pusieron furiosos, pero Gavin es... Gavin. Simplemente se largó.

—Sí. Al crecer, todas las personas que conocí eran ricas e influyentes, pero también eran odiosas, estaban llenas de sí mismas y vivían en su paraíso de privilegios. Todos usaban lentes de color rosa y supongo que yo nací daltónico.

Reflexioné sobre sus palabras. —¿Así que estás diciendo que nunca viste el mundo de la misma manera que tu familia? ¿Que eres diferente a ellos?

David apartó la mirada por un momento, observando el perfil de la ciudad que se veía desde su departamento. Se lamió los labios, con aire pensativo. —Vi el mundo en el que vivían; era el mismo en el que tuve la suerte de crecer. Pero no me gustaba. Tener que llevar su apellido es suficiente, pero prefiero construir mi propio legado con mi propio sudor, sangre y lágrimas.

Se volvió para mirarme, con sus ojos oscuros pero gentiles, como la parte más profunda del océano, y me estaba llevando a sus profundidades. —Durante un tiempo, pensé que era la ambición lo que impulsaba a la gente. Siempre ves a todo el mundo siguiendo las últimas tendencias, incluso si eso significa que se endeudarán intentándolo. Luego estás tú. Trabajando lo suficiente para vivir

cómoda y modestamente, porque sabes lo difícil que es vivir de un cheque a otro.

La mano de David se extendió para tocar mi rostro, el dorso de sus nudillos acariciando mi mandíbula. —Pensé que estabas preciosa cuando entraste al club antes, ¿sabes?

Aparté la mirada, sonrojándome profundamente. —Yo... Makayla se pasó con el maquillaje, y es el vestido. Eso es todo. *Eso es todo.*

—Nena, eres atractiva —dijo, con voz sencilla, como si la afirmación fuera de conocimiento público, aunque él fuera el único hombre en el mundo que lo hubiera dicho—, pero es tu forma de pensar la que me tiene enganchado a ti. Me dan ganas de escucharte parlotear todo el día, toda la noche, y nunca me cansaría de ello.

—Eres hermosa, Bella, pero Dios, tu cerebro *es tan malditamente sexy.*

Se me entrecortó la respiración ante sus palabras, todo mi cuerpo calentándose como si de repente me hubieran sumergido en agua hirviendo. Quizás fue la intensidad de su mirada, o la forma en que su voz vibró en mi alma, o cómo sus ojos pasaron de los míos a mis labios y el destello de deseo fue tan claro en ellos.

—Te deseo —gruñó David en voz baja, con el pecho subiendo tras una inhalación profunda después de que las palabras salieran de su boca—. Nunca he deseado a nadie con tanta intensidad como te deseo a ti en este momento, Bella.

Toda mi vida me había abstenido de estar con hombres íntimamente. No era porque fuera asexual. Tenía fantasías sexuales —tal vez no tan intensas como una mujer obsesionada con el sexo— pero siempre pensé que tener tales fantasías era un pecado. Tal vez era un poco conservadora. Makayla se burlaba de que yo fuera una mojigata.

No era que creyera que me estaba reservando para el matrimonio. Simplemente me respetaba lo suficiente como para no lanzarme sobre cualquier chico "solo por salir del paso". Pero las burlas de Makayla de antes resonaron: *la virginidad está hecha para perderse con el amor de tu vida, o con alguien que esté muy bueno y sea atractivo.*

Perderla con David no sería *tan* malo. Al menos era más decente que cualquiera de las conquistas de Makayla. Además, *estaba muy bueno.* Era la definición misma de la palabra. *Apuesto a que se aseguraría de que yo quedara satisfecha sexualmente...*

—Bésame —las palabras salieron de mi boca antes de que pudiera reflexionar sobre ellas y repensarlas.

A David se le pusieron las orejas de un rojo brillante. —Necesito que lo repitas, Bella. Solo quiero estar seguro de lo que quieres.

Respiré hondo y repetí las dos palabras, con menos torpeza y con más firmeza esta vez. —Quiero que me beses, David. Bésame como quieras. Suavemente. Con voracidad. Como tú prefieras.

Capítulo Seis

Bella

Tuve mi primer beso cuando tenía trece años. Fue un reto durante un campamento que Makayla había iniciado. Había un chico en el campamento con nosotras con el que ella juraba que me veía bien. Su nombre era Jonathan Lockwood. Tenía rizos castaños rebeldes, los ojos café más claros y un hoyuelo en la comisura inferior izquierda de sus labios. Era callado e introvertido, como yo, pero era bueno en todos los juegos que jugábamos durante el campamento, lo que lo hacía popular.

Era la última noche del campamento y los consejeros nos permitieron tener una fogata, donde terminamos jugando a la verdad o el reto. No había ningún consejero con nosotros durante el juego —confiaban en que no haríamos nada malo— y así llegó el reto de Makayla. Ella ya había tenido su primer beso para entonces y quería que yo también tuviera el mío, jurando que el suyo le hizo ver fuegos artificiales, purpurina y todo lo bonito.

Así que a Jonathan Lockwood lo retaron a besarme. Estaba sentado al otro lado de la fogata cuando se puso de pie —alto y larguirucho pero con el encanto juvenil y el carisma que harían que una niña de secundaria se sintiera mareada— y presionó sus labios contra los míos. No movió la boca. Solo presionó sus labios, con los ojos cerrados y la respiración entrecortada.

Fue torpe y húmedo y *asqueroso.* No he besado a nadie desde entonces. Por un tiempo, asumí que los besos no eran para mí; los autores solían describirlos con gran detalle, de forma similar a como lo hacía Makayla. Nadie me dijo nunca que era repugnante: saliva y dientes chocando y lenguas que no tienen ni idea de dónde se supone que deben estar.

Pero el calor que sentía en este momento era interno —no de una fogata hecha torpemente por preadolescentes— y no había olor a madera mezclado con malvaviscos quemados y chocolate.

En cambio, me golpeó el aroma embriagador de un hombre dominante pero respetuoso: almizcle y madera de cedro. Y Dios, los ojos de David nunca se apartaron de los míos, sus orbes azules

oscureciéndose como si me estuvieran llevando a las partes más profundas del océano para ahogarme.

Estaba tan cerca de mí —una pulgada más y sus labios estarían sobre los míos—. Una parte de mí gritaba: ABORTAR, ABORTAR, ABORTAR. Todo en mayúsculas, como si las advertencias rojas y los sonidos de error no fueran suficientes.

Podría apartarme, pensar en otra excusa patética y permitir que la humillación me tragara entera una vez más esta noche. *O* podría cerrar los ojos, permitirme reconsiderar el arte de besar, crear toda una tesis al respecto y tal vez defenderla ante un panel.

Mis ojos se cerraron suavemente. *Elegí lo segundo.*

Entonces, lo sentí: sus labios calientes estaban sobre los míos, y no se sentía húmedo ni torpe ni incómodo como fue mi primer beso en el campamento. David presionó y movió sus labios contra los míos como si hubiera conocido el mapa de mi boca toda su vida, con una precisión practicada diseñada para desarmar a una mujer como yo. Cálido y firme y paciente, pero persuasivo y exigente a la vez.

No había urgencia en su beso, ni peligro aparente que pudiera ser mi ruina. Movía su boca con suavidad, su lengua deslizándose lentamente como si pidiera permiso. Lo que me sorprendió fue cómo mi propia boca respondió a la suya, como si hubiera desbloqueado un personaje dentro de mí que *sabía cómo responder a un beso.* No estaba segura de si era mi cuerpo traicionándome o si era una reacción humana natural cuando alguien te besaba de la manera en que David me estaba besando.

Y, por Dios, David Hudson sabía *cómo besar.*

Un gemido bajo escapó de mí —un sonido que nunca pensé que saldría de mi boca— y la mano de David se deslizó hasta mi cintura, con la palma plana contra su curva, mientras la otra acunaba la parte posterior de mi cabeza como si yo llevara un letrero que dijera: —Ten cuidado. Frágil. No romper—.

Luego, me inclinó un poco para profundizar el beso, atrayéndome hacia él para que pudiera sentir los músculos duros de su pecho. Mis manos descansaban planas sobre su pecho, sintiendo su pulso, y había una pequeña voz en mi cabeza —tan silenciosa que casi no podía oírla— diciéndome que lo alejara, pero no lo hice. En cambio,

me presioné contra él, apretando su camisa con mis manos como si temiera que se disipara en cualquier momento y yo despertara de este sueño.

—Bella —murmuró David contra mi boca, las vibraciones de su voz atravesando mi alma, el sonido de su voz por sí solo deshaciéndome.

Y entonces sus labios ya no estaban sobre los míos. En su lugar, movió su cabeza, bajando, dejando un rastro de besos por mi mandíbula, mi garganta, el hueco de mi cuello... cada lugar que su boca tocaba dejaba un rastro de calor que podría incendiar un bosque. Sus besos me dejaban arediendo, y de vez en cuando, sus dientes rozaban mi piel desnuda, haciendo que mi respiración se entrecortara mientras inclinaba la cabeza hacia atrás, dándole más acceso a mi cuello, como si él fuera un vampiro y yo le estuviera ofreciendo todo mi ser porque su mordida era adictiva.

—Dime que me detenga —murmuró David, aún dejando rastros de besos calientes por mi cuerpo, en cada pulgada de piel desnuda que podía alcanzar.

Debería detenerlo. La lógica y la razón dictan que debería hacerlo. David Hudson era un extraño. No era mi amante. Ni siquiera era un amigo. Era alguien que conocí en el bar que me invitó a un trago, me invitó a una taza de café mediocre y pasó la noche conmigo como yo quise. Si seguía adelante con esto, no tenía la certeza de que pudiera surgir una relación de lo que fuera que esto fuera o si esto solo iba a ser una aventura de una noche.

Pero las palabras se negaron a salir de mi boca. No porque no pudiera decirlas, sino porque me negaba a hacerlo. Quería esto. Lo que fuera que fuera esto. Sin importar cómo fuera a resultar esta noche.

—No —susurré, apenas pronunciando la palabra—, no te detengas.

El cambio en su mirada fue instantáneo. Sus ojos azules se habían vuelto más oscuros, más hambrientos, el monstruo de la lujuria apoderándose de él por completo. Cuando me besó una vez más, fue con más fuerza, cada rastro de precaución disipándose con cada segundo que pasaba.

Sus manos estaban en todas partes a la vez. —Necesitamos sacarte de este vestido.

Mi respiración se entrecortó ante sus palabras mientras sus manos pelaban mi vestido de mis hombros, el calor de sus palmas rozando mi piel desnuda, y murmuraba cumplidos una y otra vez como una oración, adorando cada nueva pulgada de piel expuesta. Estaba temblando bajo todo aquello —mitad por mis nervios y la otra mitad por la pura emoción de lo que estaba sucediendo.

David lo notó. A pesar de lo consumido que estaba por la lujuria, aun así lo notó. Su mirada se suavizó. —Estás bien. Estás a salvo. Yo te cuidaré.

Se inclinó más hacia mí, frotando su cabeza contra mi cuello. —David...

Suavemente, rozó sus labios contra mi clavícula. —Me aseguraré de que estés satisfecha. No olvidarás esto. Me voy a asegurar de que tengas la mejor experiencia para tu primera vez, aunque sea lo último que haga.

Cuando se movió una vez más, sus labios se cernieron sobre los míos y los reclamaron en un segundo. El beso fue hambriento, su lengua provocando, persuadiendo, moviéndose de una manera en la que se aseguraba de memorizar cada centímetro. Jadeé, arqueando mi cuerpo hacia el suyo, atrayéndolo hacia mí en la cama.

Sus manos se deslizaron más abajo, tirando del dobladillo de mi vestido, quitándolo por completo y casi rompiéndolo. Se rió para sí mismo. —Lo siento. Creo que lo rompí un poco.

Solté una risita suave. —Bueno, tendré que decirle a Makayla que le dé a la tienda una reseña mordaz sobre esto, entonces.

David se rió en voz baja, pero luego bajó la cabeza una vez más y besó mi pecho, sus labios rozando mis senos, su aliento cerniéndose sobre mis pezones. Inhalé profundamente y cerré los ojos con fuerza ante la sensación que sentí antes de que su boca caliente estuviera en mi seno derecho, succionando y moviendo su lengua sobre el pezón.

—Oh, Dios —gimoteé debajo de él mientras su otra mano se movía hacia mi muslo, dibujando círculos en mi piel, haciendo que el calor floreciera entre mis piernas.

El gemido escapó de mis labios antes de que pudiera detenerme o tragármelo, por vergonzoso que fuera. David gruñó encima de mí, el sonido de él disfrutando de todo esto deshaciéndome también. —Mierda, Bella.

Podía sentir a David tensándose contra sus pantalones —su dureza presionando entre mis muslos, la fricción haciéndome gemir y obligándome a arquear mis caderas hacia él sin querer.

David se detuvo y me miró, con las cejas fruncidas. El deseo seguía siendo claro en sus ojos mientras miraba y bajaba la vista suavemente hacia mi cuerpo. Solo estaba en bragas en este punto, y podía sentir mi cuerpo calentándose debido a su mirada.

—¿Quieres hacer esto, Bella? —Me miraba con total seriedad—. Si no quieres, *lo entenderé.* No quiero obligarte a hacer nada que no quieras hacer.

Mi corazón dio un vuelco ante sus palabras, dándome cuenta de que no encontraría a otro hombre como este: respetuoso y pidiendo consentimiento. Por mucho que me hubiera estado tirando los tejos toda la noche, siempre se había asegurado de que yo estuviera cómoda. Por todo lo que había sucedido antes de llegar a este momento, se había asegurado de pedirme permiso.

—Sí —gemí, asintiendo, con el rostro rojo por el calor que sentía internamente—. Dios, sí.

A David no necesitó que se lo dijeran dos veces. En un movimiento rápido, me quitó las bragas y cada pulgada de mí estaba ahora expuesta a él. El aire fresco golpeó mi piel, y en un segundo, su boca caliente estaba *en mí,* su lengua en mi centro, sus labios succionando. Era demasiado —la intensa sensación acumulándose en la boca de mi estómago— haciéndome dar sacudidas y agarrar las sábanas tan fuerte que podría rasgar la tela de seda.

—David... oh Dios... —dije entre jadeos y gemidos.

Él gruñó ruscamente, el sonido provocando otra sensación a través de mí, y me estaba devorando como si no hubiera comido en años, como si estuviera hambriento de tal intimidad. La sensación que sentía se intensificó con cada pasada de su lengua, y me convulsioné, mi orgasmo desgarrándome por primera vez en mi vida.

Antes de que pudiera procesar lo que había sucedido, la boca de David estaba sobre la mía, obligándome a probarme a mí misma, y maldición, no me importó. Lo besé tan ruscamente como él me estaba besando a mí, algo dentro de mí desatándose después de tener mi primer orgasmo. El deseo de tenerlo dentro de mí creció con cada segundo que pasaba, y antes de que pudiera expresarlo, David se despojó de su propia ropa, y me quedé mirando su longitud.

¿Cómo carajos va a caber eso dentro de mí?

Él notó mi reacción y se rió, pero se acercó a mí, sostuvo mi rostro en sus manos y besó mi nariz suavemente. —Seré suave, Bella. Iremos despacio. Yo te cuidaré.

Y luego me empujó suavemente sobre la cama, la punta de su miembro rozando mi entrada, haciéndome respirar profundamente. Mis ojos se agrandaron cuando sentí que se empujaba lentamente dentro de mí. Se detuvo por un momento, fijando sus ojos en los míos, y pude verlo temblando mientras se contenía.

—Si te duele, dímelo. Solo di detente y lo haré, Bella.

Tragué saliva. —No. Solo hazlo, David. Te quiero. Dentro de mí. Por favor.

Lentamente, centímetro a centímetro, se empujó dentro de mí, estirándome más de lo que creía posible. Podía sentir mis músculos estirándose, el dolor haciéndome gemir, pero sus labios estaban presionados contra los míos, y me susurraba cosas reconfortantes una y otra vez, con una mano apretando la mía con fuerza mientras me sostenía.

Finalmente, estaba completamente dentro de mí, y nunca me había sentido tan llena. Cuando lo miré, su rostro estaba contorsionado por el placer; la estrechez de mi cuerpo debió sentirse bien para él. —Dios, Bella. Te sientes tan jodidamente bien.

Mientras se movía con estocadas rítmicas y lentas, el dolor eventualmente se desvaneció y fue reemplazado gradualmente por un placer creciente. Mi cuerpo eventualmente se movió por su propia cuenta —las caderas balanceándose y empujando, imitando el propio movimiento de David— y mis acciones por sí solas fueron suficientes para hacer que él perdiera el control a medida que sus

lentas estocadas comenzaban a profundizarse y endurecerse con cada segundo que pasaba, las acciones haciéndome gritar de placer, coreando su nombre una y otra vez como una oración.

Mis uñas se clavaron en su espalda mientras me aferraba a él. —David...

—Vente para mí, nena —susurró, embistiendo con más fuerza, maniobrando una mano hacia mi centro. Entonces sentí su pulgar frotando círculos en mi clítoris, haciéndome convulsionar una vez más ante la intensidad de la sensación.

Su otro brazo estaba envuelto alrededor de mi cintura, y perdí el control, deshaciéndome para él por segunda vez esa noche, mi cuerpo tensándose y mi grito resonando en la habitación mientras llegaba al clímax. David lo siguió poco después, perdiéndose mientras sus estocadas se volvían más ruscas, su respiración caliente y desesperada. Con un gemido final, se enterró profundamente, derramándose dentro de mí.

El mundo pareció dejar de girar en ese momento, bañado en silencio, con el sonido de nuestros latidos y nuestra respiración agitada más fuerte que cualquier otra cosa. David apoyó su frente contra la mía por un momento, su cabello empapado de sudor, y su cuerpo sudoroso cubrió el mío, su calor envolviéndome por completo.

Quería reír a carcajadas en ese momento. Dios, vino sin previo aviso. Ni siquiera Makayla podría haberme preparado adecuadamente para esto si lo hubiera intentado.

Capítulo siete

David

Bella estaba profundamente dormida a mi lado, y lo único que podía hacer era mirarla, observando el suave subir y bajar de su pecho al respirar. La noche salió bien, incluso mejor de lo que había anticipado. Debería estar satisfecho con todo lo que pasó entre Bella y yo. Según mis estándares, me había acostado con ella y había ganado en grande.

Pero cuanto más tiempo miraba a Bella junto a mí, más pensaba en *quién* era ella como persona. Nunca tuve la oportunidad de hablar con las mujeres con las que he estado. Eran aventuras: una intimidad física acelerada que no resonaba profundamente en ninguna de las dos personas. Era pura atracción física con la lujuria en primera línea cuando se trataba de tomar decisiones.

Con Bella fue diferente.

Con ella, *conectamos.* Claro, no nos contamos historias sobre nuestra infancia y adolescencia, y lo único que le mencioné fue cómo dejé la universidad con Gavin, y aun así, incluso cuando solo habíamos tocado la superficie, sentía un impulso muy fuerte de saltar al océano y ahogarme en lo que fuera esto que había entre nosotros.

Y era aterrador.

Esta era una parte de la vida por la que no había transitado en mis veintisiete años de existencia. Nunca había estado en ningún tipo de relación que requiriera sentimientos emocionales. Lo que sentía a menudo era un impulso que necesitaba saciarse con intimidad física, que casi siempre empezaba con la atracción. Aunque con Bella comenzó de la misma manera, me sentía más atraído por *quién era ella* que por cómo se veía.

No esperaba que me atrajera alguien con una personalidad tan torpe y sencilla, y sin embargo tenía el deseo más fuerte de despertarla e iniciar otra conversación, solo para poder ver el mundo a través del lente de su forma de hablar. Era elocuente, inteligente y humilde, y Dios, *era tan malditamente interesante.* Podría escucharla hablar todo el día y nunca aburrirme, lo cual dice mucho porque ni

siquiera puedo sentarme en la misma habitación con Gavin durante diez minutos sin gritarle que deje de hablar.

Me moví hacia mi lado de la cama, acomodándome en una posición más confortable mientras la observaba. Sus pestañas besaban sus mejillas, revoloteando de vez en cuando en sus sueños; su mandíbula no estaba tensa —tenía una cierta suavidad que solo la relajación del sueño podía brindar. Nunca me quedé mirando a ninguna de las mujeres con las que he estado de la forma en que la miraba a ella en este momento —principalmente porque no me importaban un bledo.

Pero Dios, Bella ocupaba cada categoría de pensamiento que mi cerebro podía conjurar. Me quedé donde estaba por otro momento, congelado en mi posición mientras la miraba y memorizaba cada detalle de su rostro, como si fuera un mundo nuevo que acababa de ver y necesitara ser capaz de recordar cada rincón.

Luego, rodé hacia el otro lado y salí de la cama; el miedo a lo que empezaba a sentir por Bella me obligaba a poner tanta distancia entre nosotros como pudiera. Salí de la habitación, respirando profundamente para calmar los latidos erráticos de mi corazón, y finalmente agarré un paquete de cigarrillos de un cajón de la cocina, abrí la puerta corrediza que daba a la terraza, encendí uno y me quedé mirando las luces de la ciudad de Los Ángeles.

¿Qué diablos me estaba pasando?

Le di una larga calada a mi cigarrillo y exhalé el humo, luego suspiré ruidosamente. No era extraño que todavía estuviera despierto a esta hora. Siempre me ha costado dormir desde que era adolescente. Pasé por fases intentando obligarme a dormir.

Hubo un tiempo en que me ahogaba en alcohol. Eso fue antes de conocer a Leo y a Gavin, cuando todavía vivía bajo el lujoso techo de la casa de mis padres. Salía de fiesta —a veces incluso con fraternidades u otros estudiantes universitarios— y volvía a casa oliendo a alcohol para desmayarme en el pasillo de nuestra sala. Mi madre me despertaba gritándome al día siguiente.

Luego, tuve una fase en la que probé las drogas. Sobre todo marihuana. Hubo un tiempo en que consumí cocaína. Estaba bien. Pero mis padres amenazaron con encerrarme en rehabilitación si

continuaba, y honestamente, aunque no me importaba un carajo, no quería estar encerrado. Quería ser libre de mi familia, pero no así.

Solía imaginar que me escapaba, desde que tenía trece años —cuando finalmente me di cuenta de que la corrupción era el juego al que jugaba mi familia. Lo odiaba con tal pasión, y odiaba lo mucho que la política cambió a mi padre. Cuando era más joven, nos enfocábamos en el negocio, e incluso cuando apenas lo veía entonces, al menos era un hombre decente.

Pero se rodeó de la gente equivocada, se postuló para un cargo y construyó otro negocio a partir de la política. Era asqueroso cómo crecía nuestra riqueza, y mientras mis hermanos disfrutaban de ella, yo la detestaba con tanta pasión que quería distanciarme de ellos todo lo posible.

No he visto a mi familia desde que dejé la universidad. A veces, me topaba con publicaciones en redes sociales sobre ellos y todas eran historias fabricadas sobre lo buena que era nuestra familia, lo decente, sobre cómo mis padres criaron hijos que sangrarían por este país, cuando básicamente estaban criando a mis hermanos para ser la próxima generación que dejaría a los ciudadanos de este país sin sustento.

Pero no importa cuánto me distanciara de ellos, seguía siendo un Hudson, y quién era mi familia me perseguiría hasta el día en que muera. Siempre vería esa sombra de duda en las personas con las que me cruzara —si esas personas eran sinceras al conocerme, al hacer negocios conmigo, o si eran personas enviadas en mi dirección por mi familia para "ayudarme".

Por eso Bella me resultaba tan refrescante. La invité a una bebida en el bar, en el café, y ella vio mi departamento; sabía que yo tenía dinero. Le hablé de mi negocio y de cómo nuestra ambición era convertirnos en multimillonarios. Incluso con todo lo que dije —y tal vez incluso si le hubiera dicho que nací en cuna de oro— Bella no se inmutó. Escuchó, pero no pareció importarle tanto.

Por eso me aterraba, porque ella era diferente. Porque esto podía convertirse en algo más, algo que nunca había experimentado, y no sé qué hacer.

A una edad temprana, aprendí que si quería una buena vida, debía trabajar duro y con inteligencia, pero no el tipo de *inteligencia* que aplicaba mi papá. Siempre he estado tan enfocado y empeñado en construir una vida para mí mismo, una riqueza que sabía que merecía, que no podía permitirme distraerme. *Bella podría ser una distracción.* Y el hecho de que pudiera serlo me asustaba muchísimo.

—¿No puedes dormir otra vez?

Mi corazón dio un vuelco de la sorpresa ante la voz repentina. Me giré tan rápido que choqué mi mano contra la baranda de la terraza e hice una mueca por el impacto. —¡Mierda! Leo, ¿cuánto tiempo llevas aquí?

Leo puso los ojos en blanco y luego extendió la mano. Le lancé el encendedor que llevaba conmigo y él encendió su propio cigarrillo. —Acabo de entrar. No me oíste porque estabas demasiado sumido en tus pensamientos otra vez. ¿Qué le pasa a tu cerebro esta noche? ¿Es un proyecto nuevo?

Mi insomnio ayudaba a mi productividad. Como no podía dormir, siempre terminaba haciendo una lluvia de ideas para la empresa, y Leo siempre era a quien despertaba para consultar, o esperaba a que se despertara por la mañana solo para contarle todas las ideas que había tenido.

—¿Qué haces aquí? —pregunté en su lugar, ignorando su pregunta.

—Gavin está con esa chica, Makayla, y *son ruidosos.* Todavía siguen en lo suyo, así que me escapé y pensé que podría pasar la noche aquí —hizo una pausa por un momento—. ¿Estás con la amiga de Makayla? Bella, ¿verdad?

Tomé aire y asentí lentamente. —Sí.

—¿Tuvieron sexo?

Lo fulminé con la mirada, pero asentí. —Nos acostamos, sí.

Él soltó un silbido bajo. —Bueno, entonces Makayla va a estar furiosa con Gavin por la mañana porque él ganó la apuesta.

Fruncí el ceño. —¿Qué apuesta?

—Después de que ustedes dos se fueran, Makayla afirmó que, aunque quería que tú y Bella se acostaran, sabía que su hermana no lo haría porque no estaba en su naturaleza. Gavin afirmó lo

contrario: que eras tan convincente que podrías convencerla de acostarse contigo.

Le lancé la colilla de mi cigarrillo. —Gavin es un idiota. No la convencí. Al carajo, no me habría acostado con ella si no hubiera querido; si ella solo hubiera querido hablar toda la noche, no me habría importado una mierda. No soy tan imbécil, ya lo sabes.

Leo asintió pero me sonrió con suficiencia. —Y aun así tuviste sexo con ella. Sé que eres respetuoso y que aún conservas tu moral, pero también sé que cuando una chica te dice que te quiere, no dudas.

Miré hacia otro lado y me encogí de hombros. —Las viejas costumbres tardan en morir, Leo. No es mi culpa que las mujeres me deseen.

Leo se rió, rodando los ojos y chocando su hombro con el mío. —Pero me sorprende que estés aquí y no abrazándola en tu cama, Dave. Sé que no eres partidario de los mimos, pero con todo el esfuerzo que pusiste en ganártela, pensé que ella sería diferente.

Ante sus palabras, me miré las manos y dejé escapar un suspiro. —Es porque es diferente que estoy aquí ahora mismo, Leo.

Leo siempre era rápido para notar las cosas, y supe que se dio cuenta del cambio en mi actitud. —¿Qué pasa?

Me pasé una mano por el pelo. —Hay algo en ella que me atrae, Leo. Quiero saber mucho más sobre ella y, tal vez, pasar más tiempo con ella. Es fácil hablar con ella; no parece importarle el hecho de que sea rico y ambicioso. Bella es una mujer maravillosa, y es más... es más que una aventura de una noche.

La confesión salió de mis labios antes de que pudiera pensarla bien, pero sabía que era la verdad. Cuando miré a Leo, me estaba observando con asombro. —Te conozco desde hace años, y esta es la primera vez que te veo enamorarte.

—No estoy enamorado de ella. Recién la conozco.

Leo resopló. —Eso es lo loco del amor, David. Realmente no podemos controlarlo. A veces nos enamoramos gradualmente; cuanto más tiempo pasamos con una persona, más nos damos cuenta de que estamos a punto de caer. A veces te golpea en el momento en que entra en la habitación. Y a veces, simplemente

conoces a alguien que sabes que es la persona de la que *quieres* enamorarte. Si te empeñas en decir que no estás enamorado de ella, entonces eres lo último. Quieres hacerlo; solo tienes miedo.

Pasó un rato antes de que le respondiera a Leo, y cuando lo hice, mi corazón latía a mil. —No puedo enamorarme de ella, Leo. No tengo tiempo.

Leo puso los ojos en blanco. —No te han diagnosticado ninguna enfermedad terminal, David.

Me pasé las manos por la cara como si pudiera despertar de toda esta situación en la que me había metido. —Lo digo en serio. Me voy de Los Ángeles en una semana para volar a Hong Kong, donde vamos a montar *otra sucursal.* Estaré atrapado en reuniones con inversores y patrocinadores, y ninguno de nosotros sabe cuánto tiempo llevará. No puedo considerar la idea de estar con alguien cuando no tengo tiempo para ello.

—Estás bromeando, ¿verdad? —dijo Leo, mirándome como si estuviera loco—. David, estamos en la era de la tecnología. Que vueles a Hong Kong y te quedes allí no significa que tengas que escribir cartas y esperar meses a que Bella te responda. Y además, aunque no seamos exactamente millonarios en este momento, no significa que no tengas los medios para volar aquí de vez en cuando para verla. Es posible, David, pero *tú eres el problema.*

Quería discutir e ignorarlo, actuar con arrogancia y como un idiota. Sinceramente, no sería impropio de mí. Pero estaba hablando con Leo, y sabía que él podía ver a través de la actuación, por lo que ya me estaba confrontando antes de que pudiera hundirme más en este juego de negación.

—No estaría de más darle una oportunidad, Dave —dijo Leo y luego dio una larga calada a su cigarrillo hasta terminarlo—. Pero sigue siendo tu decisión. No conozco a Bella, y todo lo que he oído de ella son historias de sus amigas, pero es suficiente para concluir que es una persona decente. Es molesto que vayas a romperle el corazón a otra buena mujer, pero tú decides. De todos modos, no seré yo quien junte sus pedazos rotos.

Tiró la colilla a la basura y empezó a caminar de vuelta al interior de mi departamento. —Me voy a dormir. Espero que tú también lo

hagas. Quizá tengas la mente más clara si te despiertas mañana.

A pesar de las palabras de Leo, me quedé en la terraza hasta que el alba rompió el cielo nocturno y el sol comenzó su lento ascenso. Suspiré, sabiendo que hoy era otra jornada de esfuerzo hacia mi meta y mi ambición, y nada de eso incluía a Bella. Regresé al interior de mi departamento. Leo probablemente estaba dormido en la habitación de invitados, y cuando me asomé a mi cuarto, Bella estaba acurrucada cómodamente bajo el peso de mi edredón.

Contemplé su figura desde la puerta por un momento, con el corazón latiendo rápidamente ante su sola vista. Pero por mucho que deseaba meterme de nuevo bajo las sábanas y presionar mi cuerpo contra su calidez, me contuve de hacerlo.

El amor no tenía espacio en mi agenda, y Bella merecía más que ser simplemente anotada entre reuniones.

Capítulo Ocho

Bella

Desperté sola en la enorme cama de David. Al estirarme, hice una mueca al darme cuenta de lo adolorido que estaba mi cuerpo, y de inmediato me sonrojé cuando el calor me subió al rostro. Miré alrededor de la habitación y noté que había ropa doblada con cuidado sobre la mesa de noche. No había ninguna nota, y yo no sabía qué se supone que pasa al día siguiente de tener sexo con alguien. Makayla nunca habló realmente de eso.

Con lentitud, me bajé de la cama, agarré la ropa y me dirigí a lo que debía de ser el baño de David. Abrí los ojos de par en par al verlo. Era tan grande como mi propio cuarto en el departamento que compartía con Makayla. Había un cepillo de dientes sin abrir junto al lavabo. Me cambié de ropa, me cepillé los dientes, me lavé la cara y me peiné con lo que supuse era el cepillo de David; ya habíamos compartido fluidos corporales, no me pareció antihigiénico compartir un cepillo para el cabello.

Cuando volví a su cuarto después de usar el baño, seguía sin haber rastro de David, y no estaba muy segura de qué se suponía que debía hacer ahora. ¿Me quedo donde estoy y espero a que David entre a la habitación, pero entonces qué? ¿Esperaba que entrara cargando una bandeja de desayuno que compartiríamos en la cama y coquetearíamos y reiríamos y no hablaríamos del elefante en la habitación si esto iba a conducir a una relación...?

Mierda.

Tuve sexo con alguien con quien no tenía una relación. Ni siquiera estábamos saliendo. Diablos, ni siquiera era una casi-relación. David seguía siendo un extraño al que conocí en el bar, que logró convencerme con dulces palabras y un corazón modesto, y yo *caí redondita.*

Pero no estuvo tan mal.

Aun así. Ay, Dios mío, ¿qué he hecho?

Me apresuré a buscar mi bolso, lista para poner la habitación patas arriba para encontrarlo y así poder llegar a mi teléfono, pedir un Uber y decirle a Makayla que esta fue la peor idea que me había

dado en la vida y que fui tan estúpida por seguirla por primera vez en mi vida. Pero no encontraba mi maldito teléfono...

No empezamos en la habitación. Ay, Dios. ¿Cuántas veces lo hicimos anoche?

Antes de que mis pensamientos me tragaran entera, la puerta chirrió al abrirse y de pronto me puse más derecha, como si fuera a entrar un coronel y yo fuera una soldado que apenas despertaba. El corazón me latía a mil, anticipando quién venía—tenía que ser David —, pero en cambio entró su amigo asiático.

Se quedó de pie junto a la puerta con torpeza, el cabello apuntando en todas direcciones. Se empujó un poco los lentes hacia arriba, sus ojos recorrieron la habitación, y luego suspiró. —El ama de llaves ya preparó el desayuno. ¿Quieres acompañarme?

—¿Eh?

—Ah, sí. Soy Leo Cheong. No estoy seguro de si me presenté anoche. Tu amiga se fue con Gavin. Puede que aún esté en nuestro departamento —dijo Leo en tono casual—. Vamos, desayunemos.

—¡Leo! —Estaba a punto de darse la vuelta cuando dije su nombre. Se volvió, con expresión inquisitiva—. ¿Dónde está David?

Se rascó la cabeza, buscando una respuesta—quizá una excusa —, pero luego suspiró, con aire resignado. —David tenía un vuelo temprano a Hong Kong por una reunión de negocios. Lo siento.

No estaba segura de qué se suponía que debía hacer con esa información. —Oh. Está bien, supongo. Tal vez debería irme...

—Desayuna aquí, Bella. No soy como Gavin ni David. No muerdo. Además, conozco a David desde hace años, así que come algo primero antes de irte.

No había nada en su declaración que me dijera qué debía hacer después o si David iba a contactarme. Pero ¿cómo iba a contactarme si anoche nunca tuvo mi número? ¿Se suponía que debía quedarme aquí hasta que volviera? Pero yo tengo una vida, así que eso no es posible.

Seguí a Leo fuera de la habitación y hasta el comedor. Había todo un despliegue de desayuno preparado para nosotros. Leo ya estaba sentado, revolviendo una taza para sí. Alzó la mirada y asintió para

que me sentara. Lo hice. Una señora me preguntó rápido si quería café o jugo de naranja, y lo único que pude acertar a pedir fue agua.

Leo empezó a comer, imperturbable, desplazándose en su teléfono. No pude más. Las preguntas me estaban devorando.

—Leo.

No apartó la vista del teléfono. —¿Sí?

—No sé qué pasa la mañana después de tener sexo. Yo no... yo no hago esto. No hago encuentros de una noche. Aventuras. Algo casual. —Empecé a desvariar, poniéndome roja con cada cosa que decía mientras Leo por fin alzaba la vista del teléfono para mirarme.

La expresión de Leo era inescrutable mientras me escuchaba balbucear. —Así que de verdad no sé qué hacer, ¿ok? ¿Lo espero a que vuelva? ¿Me quedo aquí? Pero tengo una vida y necesito trabajar y yo...

—Bella —la voz de Leo fue suave cuando dijo mi nombre—. David no es un caballero de brillante armadura. No es el Príncipe Azul. No sé si es el tipo que podría ser protagonista de una maldita comedia romántica, pero no es Adam Sandler ni Hugh Jackman. Lo siento. Es mi mejor amigo. Pero no creo que debas hacerte expectativas con él.

Me quedé mirando el plato vacío frente a mí mientras el ama de llaves me servía un vaso de agua con hielo; los hilillos de condensación corrían lentamente por el costado. Desplacé la mirada hacia él mientras interiorizaba las palabras de Leo y pensaba cómo debía reaccionar.

—Entonces supongo que soy solo otra muesca en su cinturón —dije al fin, apartando el plato, con el corazón desbocado otra vez—, no por emoción esta vez, sino por la anticipación de un desengaño que debí haber esperado—. Ahora entiendo por qué su empresa va en vía rápida al éxito. Su CEO monta un maldito buen espectáculo.

Leo hizo una mueca y dejó el teléfono sobre la mesa. —Oye, no le dispares al mensajero.

Entrecerré los ojos hacia él y me puse de pie, yendo a la sala para buscar mi bolso. Estaba colocado con cuidado sobre la mesa de centro. Lo agarré y saqué el teléfono, pidiendo un Uber de inmediato. No podía quedarme mucho más en el departamento de

David. Ni un minuto más, porque iba a entrar en espiral. Podía romperme, ¿y qué? ¿Que Leo me consolara con torpeza mientras se veía obligado a limpiar el desastre de su amigo?

Cuando por fin pedí el Uber, alcancé a ver a Leo merodeando en la sala, mirándome. Eso me enfureció aún más. Ya habría dolido despertar sola en un departamento, pero despertar sin el hombre que me quitó la virginidad y que su amigo diera el mensaje—que sirvieran el desayuno de esa forma—, todo el asunto estaba hecho para endulzar el golpe de ser solo otra chica para desechar, otro trofeo para hombres como él.

Salí disparada del departamento—descalza y tratando de mantener la compostura—y me subí al Uber que pedí en cuanto salí del edificio. Me temblaban los labios, el corazón me golpeaba tan fuerte contra el pecho que me dio un poco de miedo que me fuera a dar un infarto, pero ¿cómo atraviesa algo así un corazón roto?

Sentí como si alguien, a lo bruto, me hubiera agarrado el corazón y lo apretara tan fuerte que apenas podía respirar. Lo único que pude hacer fue asentirle al chofer que me saludaba, y gracias a Dios fue lo bastante educado como para no empezar una conversación. Tal vez vio que no estaba en condiciones de que me hablaran.

El sol brillaba con fuerza en LA; todos empezaban su día. Normal. Nada fuera de lo común. Nadie sabría jamás que había una chica dentro de un Uber, desesperada por llevarse la mano al pecho como si eso pudiera evitar que se le rompiera—el resto del mundo seguía con su vida normal mientras yo me quedaba tratando de recomponer lo que había roto un hombre al que apenas conocía.

Salté del Uber después de pagar, corrí a mi apartamento, me lancé a mi cuarto y, en cuanto cerré la puerta, fue como si se me viniera abajo la maldita represa. Las lágrimas cayeron, constantes, rápidas, como si no fueran a parar nunca. Me quité la ropa que me habían dado—por David, muy probablemente—porque no quería ningún rastro de él en mi cuerpo, pero aún podía olerlo en mí: su olor, su sabor, *él.*

El agua caliente me golpeó la piel, me escaldó, pero sentí que no bastaba para quitar los rastros de él ni el recuerdo de lo que había pasado entre nosotros. Preferiría enterrar ese recuerdo en el rincón

más lejano de mi mente. Pensé que él podía ser diferente. Anoche me escuchó e incluso dijo que admiraba mi forma de pensar, y aun así, al amanecer, solo iba a desecharme—una conquista más que había logrado.

No sabía cuánto tiempo llevaba en la ducha. Un momento estaba bajo el agua hirviendo, y al siguiente estaba envuelta apenas en una toalla, chorreando, mirando fijamente la pared de mi cuarto mientras estaba sentada en el piso junto a la cama. Oí la puerta abrirse y a Makayla entrar, llamándome por mi nombre.

—¿Belly? ¡Belly! Dios, tengo tanto que contarte, *pero* necesito que me digas todo lo que te pasó—

Makayla dejó de hablar en cuanto me vio al abrir la puerta de mi cuarto. Sus ojos se agrandaron, y al instante le vi la preocupación mientras corría a mi lado. —¿Belly? Belly, ¿qué pasó? ¿Te hizo algo malo? ¿Te... te obligó?—

Tartamudeó al preguntar, y pude ver el miedo brillándole en los ojos, pero negué con la cabeza, débil, y solté un suspiro suave. No estaba segura de cuánto llevaba sentada en el piso, pero quizá había sido suficiente para ordenar mis ideas sobre la situación.

—No fue una mala primera vez—croé. Por más que no quería pensar en anoche, mi mente volvía a eso: a las palabras y las seguridades de David, a lo gentil que fue conmigo, a lo respetuoso que fue, y a cómo se aseguró de que me sintiera segura y satisfecha. —Pero nunca me dijiste lo desgarradora que podía ser la mañana siguiente.—

Makayla me rodeó con los brazos mi cuerpo mojado y apoyó la barbilla en mi hombro. —Cuéntame qué pasó esta mañana, Belly. Pensé que ibas a estar en su apartamento cuando desperté en casa de Gavin, pero no estabas. Leo solo dijo que te fuiste.—

Pensé en Leo y en lo honesto y directo que fue cuando me dijo que David no era el tipo de hombre en el que yo debía tener expectativas. Lo vi en cuanto lo vi en el club. Las señales parpadeantes y las advertencias repetidas durante toda la noche habían sido claras.

Y las ignoré porque David era atractivo. Por primera vez en mi vida, bajé la guardia. Permití que la parte irracional de mi cerebro

tomara el control y, en el proceso, perdí la virginidad con un chico al que muy probablemente no volveré a ver.

—¿Te acuerdas cuando me dijiste que no estaba tan mal perder mi virginidad con un chico atractivo si no podía perderla con el amor de mi vida?—

La mirada de Makayla se suavizó. —Ay, cariño, te estaba molestando. O sea, quería que te relajaras, pero siempre he respetado tu postura sobre los one-encuentros de una sola noche. Sé que no eres fan de eso...—

Pero levanté la mano para detenerla. Lo último que quería era que Makayla se culpara por lo que me había pasado cuando todo lo que ocurrió entre David y yo había sido decisión mía. David fue respetuoso, y por un momento me pregunté qué tipo de mañana habría tenido si no hubiera pasado nada entre nosotros y solo hubiéramos hablado.

—Fue mi decisión, Maki. David por lo menos respetó eso—dije despacio—, pero no anticipé que despertaría sola en una cama y que me dirían que la persona con la que perdí la virginidad tenía un vuelo a otro país y que no debía esperar nada de él. Traducción: fui un one-night stand, otro número en su lista. Y sé que no debería ser tan sensible con esto. Conocí al tipo en un club, por Dios. Pero anoche, él me hizo sentir...

Ni siquiera pude terminar la frase. No podía poner en palabras cómo me hizo sentir David anoche. Makayla exhaló y me abrazó más fuerte. —Pensé que era un buen tipo, Maki. Antes de quedarme dormida anoche, pensé que quizá lo que había pasado entre nosotros podía convertirse en algo más. Por primera vez en toda mi vida, ese fue el único momento en que quise estar en algún tipo de relación, y en cuanto desperté, el mundo me estampó en la cara la verdad de que solo sirvo para una noche.—

Que David me dejara esta mañana me recordó cómo mi madre me había descuidado, cuántas familias de acogida me habían pasado de mano en mano hasta que conocí a la familia de Makayla. Por eso su rechazo dolió más, porque arañó la herida que siempre pensé que había sanado, pero nunca lo hizo del todo.

—Oye—susurró suavemente Makayla, poniéndome una mano en la mejilla y obligándome a mirarla—. No vuelvas a pensar que no eres suficiente, porque lo eres, Belly. Te amo. Mamá y Papá te aman. Cleo y Ashtine también. El que metió la pata fue David, y dicho eso, no te merece ni tantito.—

Me acomodó detrás de la oreja un mechón húmedo. —Eres maravillosa, Belly. Así que que se joda David Hudson. Que se joda Gavin también. Y los hombres, en general. ¿Te acuerdas de la promesa que hicimos de niñas? Si en el futuro no terminamos con esposos, haremos mucho dinero, tendremos una FIV o adoptaremos o lo que sea, compraremos una mansión enorme y viviremos juntas con nuestros hijos. No necesitamos ese tipo de pareja cuando nos tenemos la una a la otra, ¿te acuerdas?—

Asentí despacio mientras Makayla me limpiaba las lágrimas, y apoyé mi cabeza mojada en su hombro. —¿Maki?—

—¿Hmm?—

—Perdón por tu vestido. Creo que lo dejé ahí.—

—Quizá él lo guarde en un cajón y se olvide de que está ahí, y un día lo vea y recuerde que fue un imbécil y que metió la pata contigo—, murmuró Maki, haciéndome soltar una risita.—Su pérdida, bebé. Su pérdida.—

Capítulo Nueve

Bella

La palabra AVISO estaba escrita en rojo, con la fuente en negrita, y su peso me observaba desde lo alto de una pila de más sobres cerrados que contenían facturas que aún no había pagado. El alquiler vencía hoy. Las facturas de electricidad y agua también vencían... *todo estaba por vencer.*

Y de fondo, la tetera silbaba, en la televisión pasaban a Miss Rachel y había juguetes esparcidos por toda la sala; yo solo quería acurrucarme en un rincón y llorar a moco tendido. *Dios, ¿por qué ser adulto era tan malditamente difícil?*

—¿Mamá?

Pero ahí estaba, esa voz suave de mi pequeña humana favorita.

Salí del trance en el que estaba cayendo poco a poco y me giré para mirar a mi hijita. Ellie me tendía una manzana y supe que era su forma de pedirme que le preparara una merienda con ella. Tenía apenas dos años y unos pocos meses, y en toda su vida, solo habíamos sido las dos.

No es que Makayla y sus padres, Ivy y Jason, estuvieran fuera de escena. Cuando me enteré de que estaba embarazada de Ellie, trabajé como loca para poder costear todo el embarazo y la hospitalización, a pesar de las protestas de Makayla y sus padres. Querían ayudarme, pero me mantuve firme en que quería hacerlo sola, que pediría ayuda si la necesitaba desesperadamente.

También me mudé del departamento que compartía con Makayla un mes después de dar a luz. Se enojó muchísimo conmigo por decidir irme, pero yo sabía que éramos una carga y una molestia para ella. Apenas podía crear contenido para sus redes sociales o colaborar con otros influencers, y sentía que le estaba impidiendo alcanzar su potencial al tener que depender tanto de ella para que me ayudara con Ellie.

Makayla se puso furiosa cuando le dije que había alquilado un estudio para que viviéramos Ellie y yo, y que en el mismo edificio había una tienda de conveniencia donde me habían contratado como cajera para poder seguir trabajando. Me dijo que estaba siendo

irracional. *Siendo alguien tan inteligente, ¿por qué estaba tomando una decisión tan tonta?*

Tal vez era orgullo. O tal vez era porque sus padres básicamente se habían encargado de mis necesidades básicas mientras crecía: un techo sobre mi cabeza, comida en la mesa, las cosas que necesitaba en la escuela. Dios, no podía soportar la idea de que también tuvieran que mantener a Ellie. Porque Ellie era el fruto de una decisión impulsiva que había tomado *una sola vez* en toda mi vida. Era mi responsabilidad cargar con ella en esta vida. *De nadie más.*

—¿Quieres algo rico con esto? —le pregunté con voz suave mientras me ponía a su altura, aunque ya sabía la respuesta. Ellie asintió, mostrándome una sonrisa llena de dientes. *Dios, tengo que enviarle una foto de ella a Makayla más tarde.* Era una de las condiciones no negociables de Maki: nos mudábamos, pero yo le enviaba actualizaciones diarias y fotos de Ellie, y ella podía visitarnos cuando quisiera. Sinceramente, esto último era un alivio para mí.

Ellie aplaudió y asintió, corriendo a la cocina y agarrando el frasco a medio llenar de mantequilla de almendras de la despensa que estaba a su alcance. Me reí entre dientes mientras se lo quitaba, lavando la manzana, cortándola en trozos pequeños y untándoles la mantequilla. La mitad de la comida de la despensa era de la compra que hizo Ivy el mes pasado. Otra de las condiciones no negociables de los padres de Maki: nos compran comida cada dos meses; estaban dispuestos a hacerlo todos los meses, pero no querían pisotear mi orgullo.

Rápidamente le tomé una foto a Ellie para enviársela a Maki, y ella no tardó en reaccionar a la foto y escribir una respuesta:

Voy para allá. Y ni se te ocurra limpiar esa mesa. Ya vi el aviso escrito en rojo y en negrita. Tenemos que hablar.

Mierda.

Aunque Makayla nos hubiera permitido a Ellie y a mí mudarnos de su departamento, eso no significaba que hubiera dejado de ofrecernos que volviéramos o, al menos, de ayudarme. Desde ofrecerme dinero hasta simplemente proponerse como una segunda madre para Ellie —como si no lo fuera ya, incluso antes de que Ellie

naciera—, los intentos de Makayla solían ser rechazados, excepto el de ser otra mamá para mi pequeña.

Aun así, eso no la detenía.

La puerta de nuestro pequeño departamento se abrió de golpe, y Ellie y yo nos giramos al instante. —¡Mamá Kaki!

El grito de alegría de Ellie fue fuerte mientras saltaba de su asiento y corría hacia Makayla. Rodé los ojos mientras ella la levantaba con facilidad, le hacía ruiditos de besos y empezaba a conversar con ella con voz de bebé. Comencé a limpiar la mesa y a lavar los platos. En realidad, Ellie había terminado su merienda y sabía que se quedaría jugando con Makayla un rato, así que aproveché la oportunidad para empezar a preparar la cena para las tres.

—Ya traje la cena —dijo Makayla, dejando una caja de comida para llevar sobre la mesa antes de que yo pudiera siquiera rebuscar en el refrigerador qué cocinar.

Suspiré. —No tienes que traer comida cada vez que vienes, Maks.

—Perdóname por querer alimentar a mi familia, Belly —replicó Makayla mientras se dirigía al pequeño montón de juguetes de Ellie y se ponía a jugar con ella. En lugar de empezar a cocinar, comencé a servir la comida que Maki había traído para que comiéramos las dos, apartando una porción más pequeña para que Ellie cenara.

Sus risitas llenaron el apretado departamento. Desde mi posición, no podía evitar admirar cómo era Makayla con Ellie. Cuando Makayla se convirtió en influencer, pensé que la perdería en ese estilo de vida en algún momento, pero nunca sucedió. En el momento en que soltaba su teléfono, volvía a ser la Makayla que conocí cuando era joven, la misma chica con la que compartí habitación y que me contó sobre su primer amor.

La cena estuvo llena de risas, lenguaje de bebé y con Makayla y Ellie imaginando un mundo que no se parecía en nada al que vivíamos. Debe de ser agradable: tener el lujo de soñar con un mañana mejor sin el peso de las responsabilidades presionándote, como les pasaba a ellas dos. Aquella versión mía había desaparecido hacía tiempo, y no creo que regrese hasta que Ellie tenga

veintitantos, aunque a veces pienso que ni siquiera entonces dejaré de preocuparme por ella.

Makayla me ayudó a acostar a Ellie y se ofreció a leerle un cuento, y dejé que pasaran más tiempo juntas. Mientras ellas estaban ocupadas en su burbuja, me encontré acurrucada bajo una manta en el sofá, cerrando los ojos con cansancio, desesperada por dormir aunque fuera un instante antes de que las exigencias del mundo volvieran a subir de volumen.

—El alquiler está vencido.

—Viviremos contigo cuando no podamos encontrar ni una caja de cartón dónde vivir —respondí con los ojos aún cerrados—, pero hasta entonces, ya se me ocurrirá algo. La señora Kim es amable. Quizás tenga algunos trabajos extras que pueda hacer yo.

—Te estás matando a trabajar.

—Soy una madre soltera con dos empleos —canturreé suavemente, resignada a todo este desastre que llamaba vida.

Makayla suspiró y se acercó a mí, apretujándose en el pequeño sofá y, de alguna manera, terminé apoyando la cabeza en su regazo. Apartó suavemente los mechones de cabello de mi cara, con sus dedos delicados contra mi piel.

—Vuelve a casa conmigo, Belly —me dijo con voz suave—. Prometo que no te haré lavar mi ropa... ni la de ninguno de los tipos con los que termine saliendo.

Me reí a carcajadas, recordando los calzoncillos aleatorios que aparecían mezclados con su ropa cuando vivíamos juntas. Concentré mi mirada en el lunar de la cara de Makayla, uno diminuto que nadie más notaba.

—Vamos a estar bien, Maki.

—Nadie te obliga a seguir en esta situación, Belly. *Nadie más que tú.*

Suspiré y aparté la mirada, sabiendo hacia dónde iba la conversación. Makayla era tenaz y, aunque yo podía ser terca, ella era peor. Seguiría molestándome hasta que finalmente cediera.

—Ya tuvimos esta conversación incontables veces, Maki. Seguirá terminando de la misma manera.

—¿Y si esta vez tengo una propuesta diferente? —preguntó, y esperé, dándole pie a que terminara lo que estaba diciendo—. ¿Y si te ofrezco un trabajo?

—No voy a trabajar como tu asistente...

—No como la mía.

Esas cuatro palabras fueron suficientes para que me incorporara. —¿De quién?

—Un pajarito me contó que Core Axis está buscando asistente para su director ejecutivo.

Core Axis. Era la primera vez que oía hablar de esa empresa. —¿Core Axis?

—Se dedican a otros negocios, pero Axis Tech es su empresa principal. Es una empresa de tecnología, Belly.

Si me hubiera mencionado esto hace tres años, habría oído hablar de Core Axis. O de Axis Tech. Mi amor por la programación me hacía investigar todas las empresas de tecnología en las que pudiera postularme y cuáles tendrían el ambiente de trabajo que yo creía que mejor me sentaría. Pero mi vida tomó un rumbo diferente.

Tenía el presentimiento de hacia dónde iba esta conversación. —La única experiencia que tengo en programación fue durante mi pasantía, y eso me parece que fue hace una eternidad.

—¿Quién dijo que trabajarías ahí como programadora? —dijo Makayla, haciendo que frunciera el ceño confundida—. La vacante es para asistente del director ejecutivo. O secretaria. No estoy muy segura de qué término usan hoy en día.

—No tengo nada de experiencia...

—Moví algunos hilos —dijo con una sonrisa pícara, haciendo que yo entrecerrara los ojos—. ¡Ay, por favor! No quieres volver a mudarte conmigo, ni con mamá y papá, y tampoco dejas que te ayudemos económicamente. ¡Solo por esta vez, Belly, acepta mi ayuda!

Su voz subió un poco de tono al decir lo último y pude ver la frustración en su expresión. Suspiré, pasándome una mano por el cabello —preguntándome momentáneamente cuándo había sido la última vez que me lo había cepillado porque mis dedos se atoraron en algunos enredos— y cedí.

—Está bien.

Su sonrisa se ensanchó aún más. —En realidad no tenías opción, porque ya envié tu solicitud. Te reenviaré el correo electrónico. La entrevista es el lunes, así que despejé mi agenda para cuidar de Ellie por ti. ¡Nos vamos a casa de sus abuelos!

Parpadeé, procesando todo lo que Makayla me acababa de decir. Lentamente, dije: —O sea que me estás diciendo que realmente no tengo elección en esto.

Ella se encogió de hombros. —Sí. No te estaba diciendo que fueras a postularte ni pidiéndote permiso. Te estoy diciendo que te conseguí una entrevista, así que lo único que tienes que hacer es presentarte.

Fruncí los labios, pensando en todo lo que me acababa de decir. En parte, estaba agradecida, y no me golpeaba tanto el orgullo que ella hubiera postulado por mí. No se podía negar que necesitaba un trabajo mejor que todos los empleos de tiempo parcial con los que malabareaba desde que me mudé del departamento que compartía con Maki. Si quería darle una vida mejor a Ellie, tenía que elegir mis batallas con cuidado.

Pero también conocía a Makayla. Era influencer y tenía un círculo grande, pero una empresa de tecnología no formaba parte de él. Habría entendido si me hubiera conseguido un trabajo como asistente para alguien con un negocio de maquillaje —o cualquier negocio "coquette" en el que se metan los influencers hoy en día—, ¿pero una empresa de tecnología?

—¿Cómo lograste conseguirme una entrevista en una *empresa de tecnología*?

Makayla se quedó quieta por un momento y pude sentir la tensión recorriendo sus músculos ante la pregunta. Mi corazón se aceleró un poco mientras los pensamientos se agolpaban en mi cabeza. Había una persona que me venía a la mente después de haber asimilado la información que me había dado. Pero no había forma. Por mucho que Makayla quisiera una buena vida para Ellie y para mí, no cruzaría *esa* línea.

—Vi una oportunidad laboral para ti —dijo, con un forzado tono de indiferencia—. El amigo de un amigo conocía a alguien en esa

empresa y lo mencionó de pasada, e inmediatamente pensé en ti, así que pedí detalles. Eso es todo, Belly.

Pero todavía había una pequeña parte de mí que no quería creer que fuera solo eso. —¿No habrás vuelto a hablar con Gavin, verdad?

Makayla me miró y suspiró. Gavin resultó ser un tipo que conoció la misma noche que yo conocí al padre de Ellie. Fue la misma noche que yo había intentado borrar desesperadamente de mi memoria, aun cuando tenía un recordatorio diario de lo que había sucedido en ese momento.

Maki le había dejado de hablar a Gavin cuando nos dimos cuenta de que David me había dejado de hablar a mí. No le había dedicado ni un minuto de su tiempo desde entonces, incluso cuando él intentó contactarla varias veces. Gavin se convirtió en víctima del silencio de Makayla de la misma manera que yo lo fui del de David y, por un tiempo, me permití pensar que eso era suficiente venganza.

Pero los hombres solo cuidan de sus corazones y egos heridos por unos meses y vuelven a estar bien después de un tiempo. Las mujeres podían hacer lo mismo, pero a veces terminaban como yo: con una prueba de embarazo positiva y toda su vida dando un giro de ciento ochenta grados.

——No, no he vuelto a hablar con Gavin desde esa noche, Belly. —Su voz sonaba seria al decir esto, su rostro solemne, y aunque una pequeña parte de mi cerebro me decía que fuera cautelosa con la situación porque crecí con Makayla —podía mentirle a la policía sin pestañear—, aun así le creí.

Porque tal vez quería creer que Maki solo me estaba cuidando y ofreciéndome una solución que sabía que yo aceptaría.

O tal vez porque sabía que sería una estupidez dejar pasar esta oportunidad. El sueldo de este tipo de trabajo sería mucho mejor que cualquier cantidad que ganara como cajera en una tienda de conveniencia o en cualquier tipo de trabajo de medio tiempo que pudiera conseguir.

Por encima de todo, ahora soy madre. Por más que intentara con todas mis fuerzas asegurarme de que Ellie y yo pudiéramos salir adelante por nuestra cuenta sin tener que depender tanto de los

demás, también sabía hasta dónde y qué tan lejos era capaz de llegar.

La entrevista de trabajo ya estaba pactada. Todo lo que tenía que hacer era presentarme.

Capítulo Diez

David

—Esta es la segunda asistente este mes, David. —Había un tono tenso en la voz de Leo mientras hablaba—. Recursos Humanos está de fiesta por tu culpa una vez más.

No pude evitar poner los ojos en blanco por lo dramático que sonaba. —Oh, vamos, Lee, relájate.

—A veces me pregunto si torturas a tus asistentes —murmuró Gavin desde su rincón en el sofá. Ambos estaban en mi oficina, en el piso 18 de la compañía Core Axis. Desde nuestros humildes días en Axis Tech, logramos convertir la startup con la que soñaron tres chicos universitarios en una de las empresas tecnológicas líderes en la industria, y yo era el director ejecutivo.

Me recliné en mi silla giratoria y apoyé las piernas sobre mi escritorio de caoba. —No entiendo por qué insisten en que tenga una asistente cuando muy bien podríamos desarrollar una aplicación que realice las mismas tareas. La inteligencia artificial está de moda hoy en día, después de todo.

Leo se pasó una mano por la cara con frustración. —No hemos desarrollado el código necesario para hacer eso. Hasta ahora, Axy tiene sus límites... pero no creo que pueda traerte el café o arrastrarte a una reunión con un inversionista. *Te estás descuidando,* David.

—Leo tiene razón —repitió Gavin—. Ya no estás en la cima de tu juego, Dave. Y hemos hecho todo lo posible por darte una intervención. Te hemos llevado a fiestas —las cuales has rechazado una y otra vez— y beber ya no parece satisfacerte. Básicamente ya has viajado por todo el mundo y no miras a las mujeres de la misma forma que antes. Mira, no quiero ser grosero ni irrespetuoso, pero ¿acaso... acaso te gustan los hombres ahora?

Casi me atraganto con mi propia saliva ante la pregunta que Gavin me lanzó. De todas las conclusiones que podía sacar porque he mantenido a las mujeres a raya durante tres años, esa era una que no anticipé. —¡No! Rayos. Sigo siendo heterosexual, Gav. Es solo que... no estoy interesado en nadie por el momento, y no... Hay

otras cosas en las que me estoy enfocando además de asegurar inversiones. Además, ¿no he hecho ya suficiente de eso?

Al otro lado de la habitación, Leo soltó un suspiro. —Lo hiciste, Dave. No estamos menospreciando todos los esfuerzos que has hecho, porque no estaríamos donde estamos si no fuera por ti. Solo estamos... estamos preocupados por ti, ¿está bien? Durante un tiempo, te has dedicado por completo a la empresa. La razón por la que nos hemos disparado hasta donde estamos ahora es gracias a ti, pero ahora... es como si alguien hubiera apagado tu fuego, David.

Aparté la mirada, sin querer encontrarme con las suyas. Tenían razón. Había tanta verdad en sus palabras que me asustaba, porque era la misma verdad de la que había estado huyendo durante un buen tiempo. No estaba seguro de cuándo sucedió. No estaba seguro de cuándo la distracción dejó de ser suficiente.

Pero un día me desperté y me di cuenta de que le había demostrado mi valor a mi padre, a mi familia, incluso al mundo, y sin embargo, eso no me llenaba con el orgullo que pensé que sentiría. En cambio, lo único que hizo fue hacerme sentir vacío. Al final del día, regresaba a una casa donde nadie me recibía. Sin sonrisas. Sin saludos. Sin un "buenas noches" o un "¿cómo estuvo tu día?". Sin calidez.

Es curioso cómo siempre asumí que había vivido toda mi vida de esa manera hasta que finalmente sentí la frialdad de una vida así.

O tal vez solo sentí esa soledad recientemente, cuando cierta morena que conocí por escasas doce horas llenó tanto espacio en mi corazón y mi mente que su ausencia dejó un vacío en mi vida que nunca esperé.

—He... *envejecido.* Tal vez eso es lo que el paso del tiempo le hace a la gente. Perdí el deseo de pasar el rato en clubes y salir de fiesta o de andar con mujeres como si fueran prendas de ropa que puedo tirar por ahí. He cambiado. He madurado.

Gavin ladeó la cabeza, con una sonrisa burlona en los labios. —Bueno, si lo pones así, parece que estás listo para un compromiso real. Sinceramente, tal vez sea hora de que sientes cabeza...

—Dices eso como si fuera mayor que tú, cuando los tres tenemos literalmente la misma edad —interrumpí.

Pero ninguno de los dos prestó atención a lo que acababa de decir. —Hay algunas mujeres con las que mis padres me han estado molestando para que conozca. También vienen de buenas familias en Hong Kong. Gente humilde y decente. Tal vez pueda concertarte una cita con una de ellas...

—¡Ooh! ¡Tal vez podamos ir en una cita triple o algo así! Y eventualmente tener descendencia de bebés euroasiáticos. —Gavin sonaba emocionado al decir esas cosas, como si todo el asunto fuera solo un proyecto y no un posible compromiso de por vida.

Pero levanté la mano para que dejaran de hablar. —No me interesa conocer ni salir con nadie, muchachos.

—¿Por qué? ¿Sigues enganchado con Bella?

El tono de Gavin era burlón y sus ojos brillaban con diversión mientras finalmente soltaba el nombre que habíamos estado rodeando durante años, pero pude notar el más mínimo tinte de resentimiento en sus palabras. Después de todo, la amiga de Bella lo dejó plantado sin explicaciones por mi culpa... probablemente. Makayla había desaparecido de su vida de la misma manera que yo lo hice de la de Bella, y aunque Bella no intentó contactarme, Gavin sí intentó hacerlo con Makayla.

Era la primera vez desde que conocía a Gavin que lo veía suspirando por una chica, y supongo que de alguna manera eso le rompió el corazón. Puede que se haya recuperado rápido, pero le dejó un sabor amargo. Después de todo, hay algunas personas con las que te cruzas en esta vida que son imposibles de olvidar. Parece que Makayla fue eso para Gavin.

Y Bella también lo fue para mí, por mucho que intentara negárselo a ellos y a mí mismo.

—¿Ustedes dos vinieron a mi oficina solo para molestarme o hay algo más que quieran tratar?

Leo miró a Gavin, notando cómo yo había ignorado descaradamente su pregunta. —En realidad, vinimos a decirte que nos hemos tomado la libertad de que alguien se postule como tu asistente. Recursos Humanos todavía la entrevistará, pero es solo una formalidad. De hecho, lo están haciendo ahora mismo, y ella estará aquí en cualquier momento para que te la presenten.

Esta era la primera vez que yo no sería quien entrevistara a mi propia asistente. —¿En qué se diferenciaría esta mujer de cualquiera de las otras asistentes que he tenido? Además, ustedes dos no necesitaban intervenir. Simplemente no puedo encontrar una decente, ¿está bien? Y lo que pasó la última vez no volverá a ocurrir.

—Ah, ya hemos escuchado esa frase antes, y Leo tuvo que mover algunos hilos para que no perdiéramos a ese inversionista —comentó Gavin desde su lugar.

Suspiré. Odiaba cada vez que sacaban eso a colación. —Miren, ese fue mi error. Les dije que me haría responsable.

—Y aun así hubo otra reunión de inversionistas a la que llegaste tarde y a la que casi no asistes.

—¡Hay muchos documentos que necesito revisar! —argumenté, señalando las pilas de carpetas sobre mi escritorio.

—Necesitas a alguien que te recuerde las reuniones a las que tienes que asistir y que cree una agenda para ti —dijo Leo con firmeza, cruzando los brazos sobre el pecho. Llamaron a mi puerta y tanto él como Gavin se miraron. Pesqué a Gavin sonriendo con picardía, con los ojos brillando de malicia.

—Hicimos que Claudia reuniera nuevas candidatas. Ella es quien entrevistó personalmente a quien se convertirá en tu asistente, y Claudia es meticulosa con su trabajo. Estoy seguro de que contrató a alguien decente.

Leo dijo: —Adelante —y dos personas entraron en mi oficina. A la primera la reconocí como la jefa de nuestro departamento de Recursos Humanos, y la que la seguía debía ser la asistente que contrataron para mí. Me quedé sin aliento cuando entró en la habitación, mientras una oleada de familiaridad me invadía.

No estaba seguro de si la superioridad y la confianza de mis amigos se debían a que lograron contratarla a *ella.* ¿Acaso de alguna manera lograron encontrarla y traerla de vuelta a mi mundo? Esta era la persona que había ocupado mis pensamientos al despertar, tanto que me había distraído y enterrado en el trabajo. Y ahora, era por ella que apenas podía funcionar, por lo que me sentía tan vacío, por lo que la soledad que sentía era asfixiante.

¿Cómo era posible que hubiera pasado tan poco tiempo con ella y aun así tuviera un impacto tan grande en mi vida, hasta el punto de afectarme de la forma en que lo hacía? Bella caminó hacia el centro de la habitación, y fue como si todo mi cuerpo, mente y alma sufrieran un cortocircuito al verla.

Sus ojos se agrandaron cuando me vio, y rápidamente me di cuenta de que ella no sabía que se postularía como *mi* asistente. Pero fue rápida en ocultar sus emociones, suavizándolas en una expresión neutral mientras mantenía la barbilla en alto. No pude evitar maravillarme de lo rápido que recuperó la compostura. Cuando la conocí por primera vez, todas sus emociones se le notaban a flor de piel, y nunca evitaba decir lo que pensaba.

Ahora era diferente. Y, sin embargo, la sola visión de ella fue suficiente para dejarme sin aliento.

—Sr. Hudson, ella es Isabella Ryan. Será su asistente a partir de hoy —anunció Claudia Henderson, señalando a Bella—. Espero que ambos desarrollen una buena relación de trabajo. Bella también tiene experiencia en la industria de TI, así que tengo el presentimiento de que es la persona perfecta para el puesto.

Leo y Gavin se recuperaron rápidamente de la sorpresa y soltaron risitas. —Oh, Claud, no tienes idea. *Belly es perfecta para el puesto.*

Ambos se acercaron a ella, ofreciéndole la mano para saludarla. Observé atentamente cómo reaccionaría ante ellos, si iba a ignorarlos y mantener una fachada profesional. Después de todo, eran *mis* amigos, y ya que Makayla había desaparecido de la vida de Gavin después de que yo desapareciera de la de ella, pensé que los chicos entenderían si los rechazaba.

Pero, en cambio, les ofreció a los dos una sonrisa educada y asintió en señal de reconocimiento. No se acercó para darles un abrazo, pero sí les estrechó la mano. —Hola. Es un gusto verlos a ambos de nuevo.

Parpadeé, sorprendido por la cortesía en su voz al hablar. Incluso Gavin y Leo se quedaron desconcertados, especialmente Leo. Él había sido quien le dijo a Bella en aquel entonces que yo me había ido, que no debería tener ninguna expectativa sobre mí. La forma en

que estaba actuando ahora era por educación, probablemente para que Bella no se sintiera incómoda o saliera corriendo de la oficina de repente.

Gavin, por otro lado, permanecía con la esperanza brillando en sus ojos mientras miraba a Bella. Siempre tuve el presentimiento de que nunca superó del todo a Makayla. Ha salido con mujeres en los últimos tres años, pero nunca fue nada serio. Al igual que yo, su propia vida amorosa se había estancado, e incluso cuando nunca lo decía en voz alta ni lo hacía obvio, Leo y yo sabíamos que suspiraba por la chica con la que tuvo una aventura de una noche. *Al igual que yo, Gavin también encontró a su horma del zapato.*

—¿Cómo has estado? —le preguntó Gavin, sonriendo tanto que me pregunté si le dolerían las mejillas. Estaba actuando como si hubiera pasado más de una hora con ella —tan cercano y amistoso— cuando, en realidad, toda su interacción en aquel entonces apenas duró quince minutos.

Bella se mantuvo educada, conservando su sonrisa. —La vida ha estado... *ya sabes.* No es exactamente fácil de navegar cuando no naces con privilegios, pero... salí adelante. De alguna manera, salí adelante. Solo estoy agradecida de tener esta oportunidad ahora para mejorar las cosas... para mí misma.

Parecía estar siendo cautelosa con sus palabras, como si se estuviera guardando algo, lo cual me sorprendió un poco. Bella era un libro abierto cuando nos conocimos. No le importaba decir sus pensamientos sin filtros, y yo admiraba la transparencia que tenía. Me había dicho que quería una vida sencilla en aquel entonces, y en ese momento, estaba estudiando para su maestría. No pude evitar preguntarme qué le había pasado en los últimos tres años que la llevó a postularse en Core Axis. No como empleada para el negocio —el tipo de trabajo que su título podría conseguirle— sino como mi asistente.

—Es genial escuchar eso. ¿Tal vez podamos ponernos al día más tarde? ¿Con unos tragos después del trabajo? —preguntó Gavin, sonriendo con descaro. Me dieron ganas de darle un golpe en la nuca. Afortunadamente, Leo lo hizo por mí, sin importarle el hecho

de que estuviéramos frente a dos de nuestras empleadas y que los tres tuviéramos el rango más alto en esta empresa.

—Deja de andarte por las ramas, Gav. Solo quieres preguntarle por Makayla —siseó Leo, poniendo los ojos en blanco ante nuestro mejor amigo. Se volvió hacia Bella—. Perdón por cómo es él. No me sorprende que tu hermana lo dejara como a una papa caliente.

Ante sus palabras, Bella *soltó una risita,* y casi al instante, me transporté de regreso a *aquella* noche; podía sentir su calidez contra mi piel, escuchar sus jadeos y gemidos, sentir sus brazos alrededor de mí mientras se aferraba con fuerza, como si tuviera miedo de que yo desapareciera.

Y lo hice. De alguna manera, lo hice.

Claudia se aclaró la garganta. —Me parece que ya conoces a dos de los dueños.

Quise intervenir y decirle a Claudia que Bella y yo también nos conocíamos, pero ni siquiera Bella la corrigió. En cambio, simplemente me miró, con su expresión suavizada una vez más a una neutral. No me ofreció una sonrisa educada. Más bien, sus labios estaban apretados en una línea fina, y yo deseaba desesperadamente saber los pensamientos que pasaban por su mente.

Me levanté de mi asiento y me acerqué a Bella y a Claudia. Noté cómo Bella parecía tensarse cuando estuve cerca, enderezando su postura mientras me aproximaba. Le tendí la mano para que me la estrechara. —Es un placer conocerla, señorita Ryan.

Por alguna razón, sentí como si el mundo entero se detuviera mientras esperaba a que Bella me respondiera. Se quedó mirando mi mano por un momento y luego, para mi alivio, aceptó la mano que le ofrecí y la estrechó. —Estoy agradecida por la oportunidad de trabajar aquí, *señor.*

Odié lo formal que sonaba, como si no hubiéramos pasado una noche juntos en la que ella gritó mi nombre una y otra vez y me suplicó por más. Pero me contuve de decir cualquier cosa que pudiera volver las cosas incómodas.

Hasta que Gavin decidió volverlo incómodo. —¡Vaya, esto va a ser muy divertido! ¿No creen todos lo mismo?

Capítulo Once

Bella

Core Axis se alzaba frente a mí mientras bajaba del Uber, absolutamente intimidante. La última vez que había puesto un pie en una empresa tan enorme fue cuando era pasante, y eso se sentía como si hubiera sido en otra vida. Observé cómo los empleados iban de un lado a otro, pasando sus identificaciones por el escáner, lo que les permitía el acceso y registraba su hora de entrada. Tragué saliva, sujetando con fuerza mi bolso, ajustando la correa para ocultar la parte donde el cuero se estaba pelando.

Tenía nula preparación para esta entrevista porque Makayla apenas me dio detalles. Todo lo que dijo fue que buscaban una asistente para el CEO y que ella había enviado mi solicitud por mí. Me entrevistaría Recursos Humanos y, si me aceptaban, me presentarían de inmediato al CEO. Makayla dijo que el CEO parecía ser alguien con quien era difícil trabajar y que por eso siempre estaban buscando una asistente nueva para él; eso solo alimentó mi ansiedad porque, ¿y si apenas duraba un día en este trabajo *si* me aceptaban?

Cuando le dije esto a Makayla, el único consejo que me dio fue el del gato de Schrödinger: la idea de que el gato está simultáneamente vivo y muerto.

Mi teléfono vibró; un mensaje de Makayla, seguido de una foto de ella y Ellie.

—¡Ellie y yo te estamos echando porras! ¡Más vale que vuelvas a casa con un trabajo nuevo bajo el brazo, Belly! O no te devuelvo a tu hija.

Solté una risita y respondí con un emoji antes de guardar el teléfono en el bolso, respirar hondo y volver a entrar en el mundo corporativo del que pensé que nunca volvería a formar parte desde que tuve a Ellie. No era que Ellie me detuviera; era el hecho de que, hiciera lo que hiciera, incluso cuando deseaba una vida sencilla, el universo no me lo ponía fácil. Todo lo que podía hacer ahora era concentrarme en Ellie y tal vez, *solo tal vez,* al universo le parecería bien aquello.

Al entrar al edificio, le pregunté al guardia de seguridad a dónde debía dirigirme como candidata, y rápidamente me dio instrucciones, permitiéndome el paso. Me subí al elevador y presioné el quinto piso, que era el del departamento de RR. HH. Cuando llegué al piso, ya había otros candidatos allí, con trajes a la medida, el cabello peinado y un maquillaje impecable que gritaba: «Soy perfecta para el puesto, elíjanme a mí».

No pude evitar encogerme sobre mí misma porque resaltaba como un bicho raro. Todos eran jóvenes y rebosaban de un optimismo vibrante, un eco de lo que yo solía ser.

Había una mujer con una tabla con clips, probablemente la recepcionista de RR. HH. o algo así, y me acerqué a ella. —Hola. Soy Bella Ryan. ¿Vengo por el puesto de asistente?

Llevaba anteojos de ojo de gato y su cabello pelirrojo estaba recogido en un moño impecable. Su aura podría haber gritado «maestra estricta de secundaria», pero su sonrisa amable y sus accesorios lindos arruinaban esa fachada. —¡Hola! Deme un minuto para buscar su nombre en la lista... ¡ah! Aquí está. Isabella Ryan. ¡Llegó justo a tiempo! La entrevista comenzará en breve. Tome asiento allá un momento hasta que la llamen.

Tomé el asiento más alejado de la sala de espera porque no quería socializar con los otros entrevistados, y simplemente me sentía muy pequeña junto a ellos. Me mordisqueaba el labio inferior, agradecida de que Makayla me hubiera prestado su lápiz labial antes porque no se quitaba tan fácil y era perfecto para una persona ansiosa como yo. Jugueteé con la correa descarapelada de mi bolso, recitando una y otra vez en mi cabeza cómo me presentaría ante el entrevistador.

—¿Isabella Ryan? —La chica de los lentes de gato gritó mi nombre, y cuando levanté la vista, ella me miraba con una sonrisa amable, una que me dio seguridad. Quizás era consciente de que el grupo de otros candidatos aquí no tenía mi edad y que yo estaba ansiosa por el hecho de que mis posibilidades eran escasas frente a ellos.

—¿Sí?

Ella señaló hacia la puerta. —Es su turno ahora, señorita.

Pasé junto a los otros aspirantes y pude sentir sus miradas sobre mí, como si estuvieran juzgando a alguien de mi edad postulándose para tal puesto, como si solo estuviera destinado a su generación. Me planté frente a la puerta y respiré profundo, recuperando la compostura, antes de tocar cortésmente y girar la perilla.

El aire acondicionado frío de la oficina de RR. HH. me golpeó en cuanto entré. Fue como si hubiera puesto un pie en la Antártida o algo así; mi piel de Los Ángeles no estaba acostumbrada al descenso de temperatura. Me llevaron a una sala separada donde conocí a alguien llamada Claudia Baskins, directora de Recursos Humanos. Tenía el cabello cortado en un impecable bob negro y su piel era de un tono caramelo.

Me miró a los ojos y sonrió. —Usted debe de ser Bella Ryan. Me informaron sobre usted.

Así que Makayla sí movió algunos hilos. No estaba segura de si me sentía cómoda con eso. Pero, por otro lado, ¿quién era yo para quejarme? Tal vez no sabía cuánto ganaría en este trabajo, pero estaba segura de que era el doble, quizás incluso más, de lo que ganaba en la tienda de conveniencia y en cualquiera de los trabajos temporales que hacía.

—He revisado su solicitud. Tiene un título en ciencias de la computación y experiencia en programación y funciones administrativas también —afirmó Claudia—. Me sorprende que esté solicitando un puesto como *asistente*, con lo bien preparada que está.

Me encogí ligeramente de hombros y esbocé una sonrisa natural. —A veces la vida no nos lleva realmente en la dirección que pensábamos. Hay desvíos y cambios de ruta, y supongo que el mío ocurrió en algún punto del camino, y aquí estoy ahora. Además, no todo el mundo tiene la suerte de conseguir un trabajo que esté alineado con su carrera.

Claudia asintió lentamente, y su sonrisa se suavizó al asimilar mis palabras. Juntó las manos. —Sé que no tiene experiencia, pero su currículum es impresionante por sí solo. Aun así, me gustaría saber si cree que puede manejar la tarea en cuestión. Nuestro CEO es bastante meticuloso y puede ser intenso. Las personas contratadas

anteriormente para el puesto no duraron tanto como esperábamos. Buscamos a alguien con los pies en la tierra, paciente y con capacidad de respuesta rápida. ¿Cree que es apta para ese papel?

Con los pies en la tierra. Paciente. Con capacidad de respuesta rápida. Como si esas palabras no fueran suficientes para describir a la madre de una niña pequeña. —Sí, lo soy.

Claudia sonrió y asintió, anotó algo en su computadora y luego volvió a mirarme. —En realidad, nos hemos inclinado por contratarla porque sentimos que es mejor tener a alguien con edad y experiencia para ocupar el puesto. Es la última en ser entrevistada para el cargo.

Eso me sorprendió. —Pero pensé que...

Claudia negó con la cabeza. —Ellos pueden ser asistentes en otros departamentos. En cuanto a usted, si tiene tiempo hoy, podemos comenzar su inducción y hacer que conozca al CEO, quien será su jefe.

No había investigado nada sobre quién era el CEO de esta empresa, lo cual fue una estupidez de mi parte ahora que lo pienso. Pero realmente no creía que conseguiría el trabajo, a pesar de la seguridad de Makayla de que tenía el puesto asegurado. Respiré hondo y enderecé la espalda, tratando de actuar con compostura, pero de repente me sentí sobreestimulada: agradecida, ansiosa y a punto de vomitar porque todo era demasiado.

—¿Bella? —La voz de Claudia fue suficiente para traerme de vuelta al momento—. Le daré un tiempo para que se prepare para la inducción. La cafetería está en el séptimo piso.

Apreté la correa de mi bolso. —En realidad, no tengo mucha hambre. Creo que deberíamos seguir adelante con la inducción.

La verdad era que no tenía dinero para comprar nada en la cafetería, y no quería ir allí y sentirme tentada por el aroma de la buena comida, considerando lo mucho que me gustaba comer bien. Afortunadamente, Claudia asintió y le pidió a la chica estilo Bayonetta —Maria— que me llevara a la sala de conferencias. La gente empezó a llegar poco a poco y la inducción comenzó media hora más tarde.

Claudia hizo que Maria atenuara las luces y la pantalla se encendió, reproduciendo un video que mostraba cada empresa bajo Core Axis, los departamentos y el personal que hacía que esta empresa fuera lo que era hoy. Desarrolladores tecnológicos pegados a sus pantallas, ingenieros con batas blancas de laboratorio y todos los demás sonriendo con tanta brillantez que me pregunté si esto era un anuncio de carillas dentales. Luego apareció el logotipo de la empresa, seguido del eslogan: *innovación y conexión.* Core Axis era la empresa matriz de otras más: logística, finanzas, medios y la que lo inició todo: Axis Tech.

—Bienvenidos a Core Axis —dijo Claudia, entrelazando las manos y sonriendo radiantemente como si fuera una directora dando la bienvenida a los estudiantes a un nuevo año escolar—. La empresa comenzó como Axis Tech, una humilde startup fundada por tres amigos de la universidad hace diez años en un departamento compartido. Desde crear una aplicación desde cero que pudiera hacer transferencias de dinero entre naciones de manera más fluida y económica, hasta la creación de Axy, el prototipo de IA con la visión de hacer el trabajo cotidiano más fácil y ligero.

—De Axis Tech, una pequeña startup, pasó a ser Core Axis con el paso de los años, creciendo exponencialmente y teniendo sucursales en otras ciudades y países también. Tenemos nuestra sede en Hong Kong para las sucursales de Asia, aquí en Los Ángeles para los EE. UU., y actualmente aspiramos a tener una sede en Europa también.

Claudia sonreía con orgullo, como si Core Axis también fuera su bebé. Tal vez llevaba mucho tiempo trabajando aquí. Luego, el video mostró fotos de los tres amigos de la universidad que comenzaron todo, y se me cayó el alma a los pies cuando los vi: *los conocía.* Especialmente al de cabello oscuro y ojos penetrantes, cuya sonrisa era amplia y encantadora.

No puede ser.

—Leo Cheong, Gavin Pierce y nuestro CEO, *David Hudson.*

Habría salido corriendo de la habitación en ese mismo instante si hubiera podido. Pero no tenía ese lujo. Si dejaba que mis sentimientos y mi orgullo se interpusieran, a Ellie y a mí nos desalojarían de nuestro departamento, y no quería que ella vagara

por las calles como yo lo hice alguna vez. Cerré los puños con fuerza y obligué a mi corazón a dejar de martillear tanto dentro de mi pecho.

Claudia siguió hablando y hablando sobre Core Axis, la misión y la visión, y sobre cómo la empresa trata bien a sus empleados, tanto que se había ganado un lugar como una de las mejores empresas según la votación de los trabajadores. Pero en lo único que yo podía pensar era en que David era el CEO y a mí me habían contratado para ser su asistente.

Makayla dijo que tenía el puesto asegurado. Mierda. ¿Y si...?

Pero ella me dijo que no había estado en contacto con Gavin, así que esto no podía ser un plan por parte de ellos. Tal vez solo era la forma cruel del universo de volver a cruzar nuestros caminos, incluso cuando yo había rezado todas las noches para que solo me cruzara con él una vez que Ellie quisiera saber quién era. Supongo que el mundo tenía otros planes para eso.

La inducción terminó y, sinceramente, deseaba que durara todo el día o que me asignaran a otra persona. Pero todo ya estaba decidido, y Claudia me llevó a un lado y me dijo que ella personalmente me presentaría al CEO. Claudia me guio por el edificio, señalando los pisos por los que pasábamos mientras íbamos en el elevador, y finalmente llegamos al piso donde estaba la oficina de David.

Contuve el aliento cuando las puertas del elevador se abrieron y Claudia salió, mirándome expectante. La seguí y ella señaló las oficinas de los rangos más altos de la empresa, incluso señalando las de Gavin y Leo, como si yo no los conociera. Bueno, técnicamente no los conocía. Tuve encuentros breves con ellos, no de la manera íntima y fugaz que tuve con David.

Nos detuvimos frente a una oficina de doble puerta y, sin decir palabra, Claudia llamó una vez. Alguien adentro dijo: —Adelante —, y luego ella abrió las puertas y entró. Cerré los puños, conté hasta diez en mi cabeza, respiré hondo y luego la seguí.

Había tres hombres en la habitación, a todos los conocía. Leo y Gavin fueron los primeros que vi, pero podía sentir la presencia de David en la habitación con nosotros. Al avanzar más en el lugar,

finalmente lo vi, sentado tras su escritorio de caoba pulida, con el mismo encanto engañoso que tenía cuando lo conocí. Mis ojos se abrieron un poco —una respuesta involuntaria de lucha o huida—, pero logré recomponerme antes de salir disparada de la oficina.

Claudia me presentó ante ellos —principalmente a David—, pero Leo y Gavin fueron los primeros en acercarse. Ambos tenían grandes sonrisas en sus rostros mientras me tendían la mano para saludarme, y lo único en lo que podía pensar al mirar a Leo era en cómo me dio la noticia de que David se había ido a otro país, muy probablemente dándome el avión después de quitarme la virginidad.

Pero no dejé que eso se notara en mi cara. En su lugar, los saludé cortésmente, como si no estuviera perdiendo los estribos por completo por dentro. Gracias a Ellie, había aprendido el arte de permanecer tranquila y neutral incluso cuando estaba perdiendo la cabeza, ansiosa y asustada por todo.

—Hola, es un gusto verlos de nuevo —dije cuando logré encontrar mi voz, esperando sonar educada, porque me estaba muriendo por dentro.

Gavin me sonreía de par en par, como si estuviera realmente encantado de verme, y me pregunté si era porque de verdad lo estaba o porque tenía la oportunidad de volver a buscar a Makayla. A juzgar por cómo estaba actuando, Makayla parecía decir la verdad sobre que no habían estado en contacto y que él no era el contacto que ella usó para conseguirme esta entrevista que era ya un trabajo.

Cuando me preguntó cómo estaba, fui cautelosa con mis palabras, para no tropezar con ellas y que sospecharan de mí. Leo hizo un comentario después de que Gavin me invitara a tomar algo para reprenderlo, y Claudia pareció sorprendida de que supieran quién era yo. Al final, alguien en la habitación se aclaró la garganta y todos nos volvimos hacia él.

Sus ojos estaban fijos en mí, como si yo fuera la única persona que respiraba en la habitación con él. Lentamente, David se levantó y se acercó a mí. Me superaba en estatura, su presencia era dominante, y cuando habló, tuvo en mí el mismo efecto que la primera vez: mis rodillas temblaron, mi corazón martilleó y mi alma casi se sale de mi cuerpo aunque solo dijera unas pocas palabras.

—Es un placer conocerla, señorita Ryan.

Capítulo Doce

Bella

Su sonrisa era la misma. El destello travieso en sus ojos todavía estaba allí. El aura encantadora que tuvo la primera vez que nos conocimos seguía intacta. David Hudson seguía siendo el mismo tipo que conocí hace tres años: impasible, despreocupado y rebosante de ese carisma que parecía ser su personalidad. Tal vez por eso logró convertir su empresa en un imperio; su encanto era su mayor activo.

Se puso de pie, me ofreció la mano como lo habían hecho Leo y Gavin, y esperó a que yo la estrechara como había hecho con sus amigos momentos antes. Pero la forma en que me saludó fue más educada y formal que el saludo casual y cercano que sus amigos me habían ofrecido, haciendo que pareciera que esta era la primera vez que nos veíamos, borrando por completo el hecho de que habíamos tenido intimidad una vez... como si él no hubiera sido mi primero, como si mi virginidad no hubiera sido su trofeo.

Quería gritarle, arremeter contra él, preguntarle por qué demonios desapareció de mi vida como si no le hubiera entregado mi alma. Él lo *sabía*. Siento que eso fue lo que hizo que todo fuera peor para mí. Sabía que él era el primero, y había sido tan reconfortante hasta el punto de hacerme creer que aquello podría haberse convertido en algo más, algo parecido a un compromiso. Incluso cuando me aterraba la idea, me hizo pensar que me tomaría de la mano en todo momento y me guiaría.

Dios, fui tan estúpida.

Pero tenía que mantener el profesionalismo. Pasara lo que pasara entre nosotros, tenía que olvidarlo. Tenía que fingir que nunca sucedió. Tenía la opción de salir corriendo de la sala, de dejar pasar esta gran oportunidad en favor de mi orgullo y dignidad, pero no podía elegir eso. Yo era madre. No tenía el lujo de ser orgullosa.

Necesitaba dinero para sobrevivir. No por mí, sino por Ellie. Si fuera solo yo, no me habría importado comer frijoles de lata todas las noches; pero esa ya no era una opción para mí.

Los minutos se habían estirado desde que David me ofreció su mano. O tal vez simplemente estaba exagerando. Todos los ojos

estaban puestos en mí, expectantes y vigilantes. Finalmente encontré la mirada de David, y no había ni rastro de reconocimiento en sus ojos. Tal vez para él, yo solo era otra chica más con la que había pasado la noche, una de tantas. Tal vez Gavin y Leo me reconocieron porque, para Gavin, yo era la hermana de Makayla, y Leo había sido quien me dio la noticia.

Como sea. Tal vez el hecho de que me hubiera olvidado hacía que todo esto fuera mejor.

Finalmente, levanté mi mano y estreché la suya, y —*Dios*— la chispa entre nosotros permanecía, tan eléctrica como la primera vez.

—Hola —su voz sonaba tan suave que me recordaba al terciopelo —. Soy David Hudson. Trabajará directamente bajo mi mando y espero que tengamos una relación fluida. Mis asistentes anteriores nunca aguantaron la presión, pero tengo la sensación de que usted será diferente.

Escuché a alguien resoplar detrás de nosotros —tenía la sensación de que era Leo— pero afortunadamente no dijo nada, aunque solo había una persona en la sala que no tenía idea de que David y yo teníamos un pasado. —Es *un* placer conocerlo, Sr. Hudson, y le prometo que haré mi mejor esfuerzo para que no tenga que buscar a otra persona.

—Oh, no te preocupes, Belly, dudo que David quiera despedirte. —Había un toque de picardía en la voz de Gavin cuando habló, y cuando miré a David, él estaba fulminando a su amigo con la mirada. Se aclaró la garganta y se cruzó de brazos sobre el pecho.

—De hecho, me gustaría hablar con la señorita Ryan. *A solas*.

Hizo énfasis en la última palabra y, por un breve momento, el miedo se apoderó de mí. ¿Por qué quería hablar conmigo en privado, a solas, donde no habría testigos en la sala si me hacía algo... como besarme o algo así?

¿Cómo carajos se me ocurrió llegar a esa conclusión?

Miré hacia atrás y noté que Gavin y Leo se daban una mirada antes de sacudir la cabeza y salir, arrastrando a Claudia con ellos. De repente, la oficina se sintió más pequeña a pesar de lo espaciosa que era debido al diseño minimalista. Mis ojos recorrieron el lugar, asimilando la combinación de colores —gris, marrón caoba y blanco

— y notando lo mucho que parecía el departamento de un soltero. David todavía mantenía la misma aura que tenía cuando nos conocimos, exudando una dominancia que solo los hombres con poder y confianza poseen, recordándome que siempre supe que era peligroso y, sin embargo, en aquel entonces, decidí ignorar las señales.

—¿Cómo has estado? —La pregunta fue simple y, aun así, me tomó desprevenida. Giré la cabeza y encontré su mirada, y por un fugaz momento, vi al hombre con el que había tenido una intimidad vulnerable. Y por una fracción de segundo, la parte tonta de mí quiso correr a sus brazos, aferrarse a él y rogarle que fuera parte de mi vida, parte de la de Ellie.

Pero ¿qué tan estúpido habría sido eso? Había sobrevivido tres años como madre soltera y había criado a mi hija sola, a pesar de todo lo que la vida me había lanzado.

Respiré hondo y luego exhalé lentamente, recomponiéndome. —Estoy bien, Sr. Hudson.

Esa respuesta era... segura, supongo. No parecía abrir la puerta a discutir el pasado que compartimos, sino que se mantenía profesional. Aun así, no pareció convencerlo del todo. David suspiró y se pasó una mano por el cabello, y me encontré esperando —tal vez una disculpa a medias o una explicación— y luego me maldije por hacerlo.

—¿Cómo te ha ido en estos últimos tres años? —preguntó de nuevo, formulando mejor la pregunta, de una manera que requería una respuesta más específica que la vaga que le di.

Cerré los puños y pensé en cómo debía responder a su pregunta. Al final, decidí decirle la verdad; al menos, algunas partes. —No ha sido fácil, pero he hecho mi mejor esfuerzo.

—¿Y la maestría que estabas cursando? ¿Ya la terminaste?

Casi había olvidado que se lo mencioné en aquel entonces. Antes de que pasara algo entre nosotros, habíamos hablado de muchas cosas y tocamos ese tema brevemente. Era sorprendente que todavía lo recordara.

—La dejé —respondí con sencillez, sin querer dar más detalles. David me miraba con curiosidad, pero no añadí nada más.

—Sé que Claudia ya la entrevistó, pero también sé que tiene experiencia en la industria tecnológica. ¿Por qué solicitó el puesto de asistente en lugar de buscar una posición más acorde a su formación académica?

¿Cómo podía decirle que no tenía el lujo de elegir mi trabajo porque tenía una boca pequeña que alimentar y mantener con vida? ¿Que no solo estaba solicitando un empleo para mi propia supervivencia, sino para la de Ellie?

—Pensé que estaba haciendo sus estudios de posgrado para conseguir un mejor puesto en el sector. Parecía muy apasionada por ello. ¿Qué pasó?

Lo que pasó: me dejó embarazada. David Hudson desapareció de mi vida y, como si ese dolor no fuera suficiente, decidió dejarme un recordatorio. Aunque amaba a Ellie con todo mi corazón y mi alma y llegaría al fin del mundo por ella si fuera necesario, había breves momentos en los que la miraba y recordaba la elección que hice y que me había dejado con ella.

Pero nunca le diría nada de eso. David Hudson había decidido desaparecer, y yo había decidido criar al niño que me dejó por mi cuenta, incluso si eso significaba deslomarme trabajando.

Me encogí un poco de hombros. —La vida, supongo. A veces no toma la dirección que queremos. Pasan ciertas cosas. Vamos a la universidad para obtener un título, pero eso no significa necesariamente que terminemos trabajando en los empleos que pensamos que tendríamos cuando nos dan el diploma. He estado trabajando en una tienda de conveniencia durante dos años y haciendo trabajos extra para pagar mis préstamos estudiantiles. A veces, tenemos que hacer lo que sea necesario para salir adelante, que es por lo que solicité ser su asistente.

Listo. Eso sonó mucho mejor. No le dijo la verdad de frente, pero le dijo lo suficiente.

David se quedó callado un momento, asimilándolo todo. Le tomó un tiempo procesar todo lo que acababa de decir, tanto que pensé que simplemente nos quedaríamos en un silencio incómodo en la misma habitación. Pero finalmente, soltó un ligero suspiro y, cuando me miró, parecía un poco resignado.

—¿Cuánto te falta por pagar de tu préstamo estudiantil?

Parpadeé, aturdida por su pregunta, pero no respondí al instante, sabiendo que las palabras que saldrían de mi boca serían duras u ofensivas. Había una parte de mí que estaba segura de que tenía buenas intenciones con la pregunta —tal vez era incluso su propia versión de una disculpa— pero simplemente... no me sentó muy bien.

—Solo... un poco más hasta que finalmente sea financieramente libre en ese aspecto —porque tengo otra prisión financiera en la que debo participar, y creo que es más bien un caso de por vida.

De nuevo hubo silencio. David respiró hondo, pensando, mordiéndose el labio inferior y finalmente suspirando. —En realidad tienes más credenciales que cualquiera de las otras personas que hemos contratado, o incluso que las que se han postulado, y es un desperdicio que trabajes como mi asistente cuando también tienes experiencia en tecnología, algo que podríamos potenciar.

Mi corazón empezó a acelerarse. ¿Me estaba despidiendo? ¿En el acto? ¡Ni siquiera llevaba una hora trabajando para él! ¡Ni siquiera había hecho nada malo! Ni siquiera me había peleado con la maldita impresora, ¿y ya me estaban despidiendo?

—Pero postulaste como asistente —dijo David lentamente—. Tal vez podamos organizar algo: que seas mi asistente por un tiempo y luego te ascendamos a una posición diferente, una que sea más adecuada para tus credenciales. En cuanto a tu salario, lo hablaré con Recursos Humanos. No estoy seguro de cuánto decía la oferta, pero para alguien con tu experiencia, creo que estarías mal pagada con la oferta actual.

Parpadeé, atónita ante el curso repentino de la conversación. —¿Qué?

David se encogió de hombros ligeramente. —Es la mejor oferta que puedo poner sobre la mesa para ti, Bella. Quiero decir, si le digo ahora a Recursos Humanos que encajas mejor como analista de datos o incluso como desarrolladora junior, el pago no está al mismo nivel que el ofrecido para mi puesto de asistente. Sé que la oferta inicial como mi asistente es de 80 000 dólares anuales. La subiré a 95 000, y también se añadirá un bono por rendimiento.

Literalmente podía oír el sonido de dinero en mi cabeza una y otra vez e incluso ver los signos de dólar. Si me quedaba como asistente de David por un mínimo de dos años, podría pagar mi préstamo estudiantil e incluso lograr pagar la hipoteca de una casa pequeña donde pudiera criar a Ellie. Aunque fuera una casa sencilla, sería mucho mejor que el lúgubre departamento en el que vivíamos.

Y Dios, podría permitirme darle el tipo de vida que siempre deseé dar a mis hijos. Podría costear sus viajes escolares fuera del país, comprarle tenis decentes para la clase de gimnasia, incluso inscribirla en clases de ballet... lo que sea que Ellie decidiera que quería hacer con su vida, yo podría pagarlo. *Yo*, una madre soltera.

Pero también yo, su madre, que técnicamente estaría trabajando para su padre biológico si todo eso llegaba a suceder. Estaría bailando cerca de una llama abierta todos los días solo para poder darle eso, y aunque estaba dispuesta a hacerlo, la pregunta que colgaba sobre mi cabeza era: ¿podré sobrevivir?

La respuesta fue simple y llegó de inmediato: tenía que hacerlo.

Pero además de todo eso, me di cuenta de que esta debía ser la forma en que David se disculpaba sin tener que decir las palabras. No estaba seguro de cómo me había afectado su desaparición, y yo no estaba del todo segura de si esto era una disculpa como tal. Fuera lo que fuera, sin embargo, sabía que tenía que aceptarlo porque no conseguiría una oferta tan generosa en ningún otro lugar. Ya había sido un milagro que me contrataran para el puesto; *este era un giro en la trama todavía mejor*, aunque no fuera exactamente el tipo de giro que tenía en mente.

—¿Qué dices, Bella? —me preguntó, con voz suave y mirada melancólica—. Eres una mujer prometedora, y tal vez en algún momento puedas retomar esos estudios de posgrado tuyos y entonces podremos hablar de otro puesto para ti en Core Axis. Por ahora, esto es lo mejor que puedo ofrecerte, y no se lo ofrezco a cualquiera.

—Entonces, ¿por qué me lo ofreces a mí? —La pregunta salió antes de que pudiera detenerme, antes de que pudiera tragarme mi orgullo y simplemente firmar cualquier documento que tuvieras para

mí, porque todo esto era demasiado bueno para ser verdad y necesitaba cerrarse de inmediato.

David inhaló profundamente y suspiró. —Porque sé que te lo mereces, Bella. Eso es todo.

Capítulo Trece

David

El resplandor de la pantalla de la computadora iluminaba mi rostro mientras la miraba fijamente, con la mente en blanco. Si alguien me preguntara, *intenté trabajar.* Lo juro por Dios, palabra de boy scout, de verdad lo intenté en vano. Pero el contenido de la pantalla seguía intacto: un correo de Hong Kong que he leído cinco veces y un calendario lleno de reuniones programadas para las que debería estar preparándome, pero no lo he hecho. Todo se borraba en una mezcla de texto negro y pantalla blanca, junto con el suave zumbido de la máquina.

Nada se quedaba grabado. Nada estaba marcado como terminado; todo porque mi cerebro parecía haber sufrido un cortocircuito, y lo único en lo que podía pensar era en Bella Ryan, la noche que compartimos, y cómo a la mañana siguiente, me subí a un avión para volar a otro continente y desaparecí de su vida como el imbécil que mis amigos y varias mujeres me habían tildado.

Dios, había estado con muchas mujeres, y todas eran tan fáciles de olvidar; ninguna destacaba jamás, ni siquiera las que intentaban hacerse las difíciles. Podrían darme una bofetada en la calle cualquier día y ni siquiera recordaría haberme acostado con ellas. Hasta que llegó Bella.

Bella Ryan. A pesar de que yo fui el que desapareció sin decir nada, ella me ha perseguido durante tres años. Si no me ahogaba en el trabajo, ella se arrastraba lentamente en mis pensamientos y se refugiaba en mi mente hasta que encontraba otra forma de distraerme, de acallarla. Por un tiempo, funcionó. Me olvidé de ella y solo la recordaba en los momentos de silencio.

Pero últimamente...

Y ahora, ella estaba a solo una puerta de distancia de mí. Podía salir de mi oficina y verla, y no estaba seguro de qué se suponía que debía hacer con esa información.

En los días en los que no podía distraerme, imaginaba encontrarme con Bella de nuevo —un segundo encuentro orgánico donde nuestras estrellas se alinearan, o como sea que los poetas

teatrales lo llamen hoy en día. Hubo veces en las que pensé en encontrarla aquí en la empresa —justo como ahora— pero mi imaginación no parecía haberme preparado para cómo *se sentía.*

Por un breve momento, cerré los ojos y cada recuerdo de esa noche se reprodujo en mi cabeza en un instante: la forma en que hablaba de la vida que llevaba, cómo anhelaba la sencillez cuando todos los que he conocido y tratado se esforzaban por permitirse el lujo, cómo no tenía miedo de decirme mis verdades, y su honestidad sobre el hecho de que nunca había estado con un hombre. La forma en que sonreía ante las tonterías que yo decía y cómo no se tragaba mis cuentos, sin dejarse llevar tan fácilmente por mi encanto.

Bella era algo especial, y lo supe en el momento en que puse mis ojos en ella. Recordaba cómo temblaba debajo de mí mientras depositaba toda su confianza en mí y cómo se veía cuando finalmente se permitió sucumbir a sus propios deseos...

...y con qué facilidad rompí la confianza que me dio esa mañana sin siquiera pensarlo dos veces.

—Mierda —murmuré, pasándome una mano por el cabello y alborotándolo justo cuando escuché que mi puerta se abría y se cerraba suavemente. El olor del perfume excesivamente almizclado de Gavin era una señal inconfundible de quién estaba en mi oficina —. Vete.

—David Hudson —declaró Gavin, con la voz imitando la de un reportero de noticias—. Magnate de los negocios. CEO de Core Axis. El soltero más codiciado de Los Ángeles... ¡actualmente con un error de sistema por una chica! ¡¿Quién carajos lo hubiera pensado?!

Levanté la vista y lo miré con furia, y mi mirada se desvió hacia Leo, que observaba todo con diversión. —¿Por qué lo dejaste entrar?

Leo soltó una risita y se encogió de hombros. —Insistió en que viniéramos a verte. Dijo que sería la ruina de la empresa si terminas con un virus, te pones lento y eventualmente dejas de funcionar. No podemos descifrar exactamente un código para configurarte, hermano.

Entorné los ojos hacia ambos. —No soy una computadora que puedan arreglar.

—No me digas, Sherlock —replicó Gavin—, pero tu cara parece la pantalla blanca de la muerte de los iPhones.

—¿Qué demonios se supone que significa eso? —pregunté, con un tono cortante mientras apoyaba las palmas de las manos en la mesa.

Leo se encogió de hombros y luego se dejó caer despreocupadamente en el sofá de mi oficina. —Te ves humano, David. Como un tipo normal que se encontró con su exnovia después de años de intentar dolorosamente superarla, pero fallando miserablemente.

—¡Ella no es una exnovia!

—Por eso el proceso de superación ha sido más difícil para ti —intervino Gavin, sentándose junto a Leo y cruzando las piernas, con aire engreído.

—Tú eres el menos indicado para decir semejante estupidez cuando tampoco has superado a Makayla.

—La diferencia entre nosotros dos es que yo no estoy en negación —rebatió Gavin—, y además, ahora que Bella está aquí, la posibilidad de una segunda oportunidad con Makayla está más cerca de lo que cualquiera de ustedes podría imaginar.

—Dios, los odio —murmuré, hundiendo la cara en mis manos—. ¿A quién se le ocurrió contratarla?

Gavin se rió a carcajadas. —Oh, vamos, hermano, nos amas. Lo sabes.

—Creo que ella se postuló para el puesto, ¿pero tal vez deberías preguntarle a Claudia? Escuché que alguien la llamó y le aseguró que Bella era perfecta para el cargo —me informó Leo.

Miré a Gavin. —¿No fuiste tú?

Cuando Bella entró en mi oficina hace un rato, pensé que ambos tenían algo que ver, especialmente Gavin, pero él sacudió la cabeza. —Consultamos con Claui sobre los candidatos, y ella nos envió el grupo de aspirantes que estaba por entrevistar anoche. Así supimos lo de Bella. Pero antes de que pudiéramos recomendarla a RR. HH., Claui mencionó que alguien ya le había dicho que ella encajaría bien en el puesto, y supongo que el hecho de que nosotros

preguntáramos por ella y confirmáramos que era cierto también fue una ventaja para Bella.

Gavin se levantó de su asiento y se acercó a mi escritorio, sonriéndome de par en par. Se inclinó cerca, con una sonrisa de suficiencia. —Así que dinos, hermano, ¿qué se siente tener a la mujer por la que has estado suspirando durante años a solo una puerta de distancia ahora?

Apreté los puños. —Vete a la mierda, Gav.

Él soltó una carcajada y regresó al sofá, cruzando las piernas una vez más y sonriéndome, obviamente disfrutando de todo lo que estaba transcurriendo. —¿Ustedes dos se dan cuenta de que puedo despedirlos?

—Esa amenaza no va a funcionar ahora. Si unimos nuestros activos, podemos comprar tu parte —declaró Leo casualmente, pero luego me miró con seriedad—. ¿Hablaron sobre lo que pasó en aquel entonces?

Solté un suspiro y negué con la cabeza. —No. ¿Crees que deba hacerlo?

—Has estado sufriendo los últimos tres años por eso. *Tienes que hacerlo.*

Leo siempre era la voz de la razón. —Lo sé. Lo sé. Pienso hacerlo.

—¿Cuándo?

—Antes de que entre en combustión —soltó Gavin.

Le lancé una mirada fulminante. —¿Puedes cerrar la maldita boca?

—Pero en serio, Dave, escuchamos que le subiste el sueldo en RR. HH., y corre el rumor de que le vas a dar unos meses para demostrar su valor antes de darle un ascenso. *Eso* nunca ha pasado en esta empresa —dijo Leo, mirándome con intención—. ¿Hiciste esa oferta por remordimiento?

Me mordí la parte interna del labio inferior mientras me miraba las manos, respirando profundamente porque podía oír la verdad en las palabras de Leo. Aun así, elegí negarlo. —Está calificada para trabajar en tecnología. Solo creo que es injusto que nunca haya tenido la oportunidad de trabajar en la industria para la que estudió.

Yo nunca tuve un diploma que demostrara un título, pero eso no significa que no entienda el esfuerzo que personas como ustedes hicieron para obtenerlo.

Gavin soltó un silbido bajo. —Y yo que pensaba que íbamos a escuchar una confesión total de tu parte sobre cómo ella es el amor de tu vida y que estás dispuesto a ir hasta el fin del mundo y darle todo lo que quiera.

—Eso podría incluir matrimonio —añadió Leo con intención, logrando que ambos rieran como colegialas. Los miré furioso; claramente se estaban divirtiendo con mi dilema.

Puse los ojos en blanco ante la sugerencia y sacudí la cabeza, pensando en la conversación que una vez tuve con Bella. Ella no era como las otras chicas cuya meta era encontrar al hombre adecuado para casarse y formar una familia. Para ella, si eso se daba a su favor, pues bien. Si no, no le importaba. Fue una de las cosas que más admiré de ella.

—Cállense, ustedes dos. ¡No me están ayudando para nada! —me quejé, harto de ambos.

Los dos estallaron en risas, disfrutando visiblemente de mi situación. —No entiendo por qué te parece tan divertido, Gav. No es como si Makayla fuera a volver a tu vida solo porque Bella está aquí.

Pero Gavin me dedicó una sonrisa maliciosa. —Parece que subestimas lo persistente que puedo ser.

—Nunca tuviste problemas para encontrar a Makayla. Es una influencer. Está en todas las redes sociales.

—A menos que te bloquee —replicó Gavin, pero se encogió de hombros—, pero ahora, puedo aparecer en su puerta y...

—Rogarle —terminó Leo por él—. Dios, ustedes dos son patéticos.

—Sí, claro. Para ti es fácil decirlo porque Cupido nunca te dio con su flecha. En serio, Leo, ¿cuándo piensas sentar cabeza y comprometerte? —preguntó Gavin, sonando serio por primera vez desde que lo conocemos.

Leo y yo nos miramos, sorprendidos de que tal comentario viniera de Gavin. —En serio, Gav, tampoco es que tú estés muy ansioso por sentar cabeza.

Él se encogió de hombros. —Miren, si el universo me da otra oportunidad con Makayla, planeo hacer las cosas bien. ¿Saben esa frase de que los hombres simplemente lo saben cuando encuentran a «la elegida»? De verdad creo que ella es la elegida, muchachos.

A diferencia de mí, Gavin había sido abierto sobre lo desconsolado que quedó cuando Makayla desapareció. Incluso se negó a hablarme por dos meses enteros hasta que Leo le hizo entrar en razón. —El problema con esa afirmación, Gav, es: ¿estás seguro de que Makayla piensa que tú eres el elegido para ella también?

Antes de que Gavin pudiera responder a mi comentario, hubo un suave golpe en la puerta de cristal de mi oficina, y a través de ella, todos pudimos ver a Bella al otro lado. Apreté los labios, con el corazón acelerado por el simple hecho de verla. Gavin resopló. —No puede ser. Estamos viendo esta escena dos veces seguidas.

Casi le lanzo un pisapapeles a Gavin por todos los comentarios que había estado haciendo. Leo le lanzó una mirada a Gavin, y Gavin no era tonto; podía notar la tensión en mi voz y ver el cambio en mi lenguaje corporal. Puso los ojos en blanco ligeramente y decidió quedarse callado en su asiento mientras Bella abría la puerta lentamente. Al entrar, saludó a Gavin y a Leo con un gesto de reconocimiento.

Bella avanzó hacia el interior de la habitación, con la mirada fija en mí. —¿Sr. Hudson? Es casi la hora del almuerzo. ¿Puedo preguntarle si planea comer aquí en su oficina o va a salir? Si va a comer aquí, puedo traerle algo de la cafetería o de fuera.

La voz de Bella era cortante y monótona... *profesional.* Lo odiaba. Era reservada cuando la conocí, obviamente dudosa de hablar conmigo cuando me acerqué, pero a medida que avanzaba esa noche, sus muros bajaron y habló con más libertad, con más honestidad, como si me permitiera echar un vistazo a su alma.

Antes de que pudiera decir nada, Gavin se enderezó en su asiento y le sonrió maliciosamente a Bella, y por Dios, supe que estaba tramando algo. Conozco a ese hombre desde hace años. A veces era inquietante cómo Leo y yo podíamos leer su mente con tanta facilidad.

Estaba listo para lanzarle algo —tal vez un documento arrugado o el pisapapeles de mi escritorio— pero Gavin ya estaba hablando. —Bueno, ya que mencionas el almuerzo y estamos todos aquí, ¿por qué no almorzamos juntos en el restaurante de sushi del centro y nos ponemos al día? ¿Qué les parece? Se me antoja un unagi...

Bella se aclaró la garganta, obligándonos a los tres a mirarla. Su rostro permaneció tranquilo y educado mientras se dirigía a Gavin. —Con todo respeto, Gavin, estoy aquí como la asistente del Sr. Hudson. No estoy aquí como conocida y ciertamente no como amiga. Y además, no nos conocemos lo suficiente como para "ponernos al día". Creo que ni siquiera estuvimos en la misma habitación durante una hora esa noche, así que en conclusión, seguimos siendo extraños.

Gavin se quedó boquiabierto ante las palabras de Bella, y Leo la miró con los ojos muy abiertos, sorprendido por lo que acababa de decir. ¿Y yo? No pude evitar mirarla con asombro. Era la primera vez que escuchaba a Bella sonar tan firme, y eso despertó algo en mí.

Pero luego sus palabras calaron más hondo y sentí el aguijonazo. Apreté los puños y respiré hondo, haciendo lo posible por recuperar la calma profesional que había practicado durante años. Exhalé lentamente, sintiendo de repente ganas de beber algo. Me pregunté si Bella me traería una botella de whisky si se lo pidiera o si se opondría. Por otra parte, ¿acaso le importaba?

—Puedo pedir algo para mí y que lo traigan aquí. Solo tendrá que recoger el pedido en el lobby. No se preocupe por eso, Bel— Señorita Ryan. —Casi se me escapa, llamándola por su nombre de pila otra vez y disfrutando de lo íntimo que aún se sentía su nombre al pronunciarlo. Mientras la miraba, Bella permanecía impasible, sin inmutarse por la situación.

Ella solo me dio un breve asentimiento. —Muy bien entonces. Avíseme cuando sea el momento de recogerlo.

Con esas palabras, Bella dio media vuelta y salió de mi oficina sin decir nada más. Los tres nos quedamos allí, atónitos, mientras el silencio llenaba la habitación. De los tres, fue Leo quien rompió el silencio. —Bueno, obviamente no es la misma chica con la que te acostaste hace tres años. Esa mujer tiene carácter, y si planeas

suspirar por ella y recuperarla, te espera un camino muy difícil, Dave. Y creo que vas a necesitar *mucha* suerte.

Capítulo Catorce

Bella

Me pasé de parada en el autobús y tuve que caminar unos cuantos kilómetros hasta la casa de Ivy y Jason, donde estaban Makayla y Ellie. Estaba absolutamente agotada por la jornada laboral y terriblemente hambrienta también, considerando lo mucho que me rugía el estómago. Casi podía imaginar a la gente en el autobús mirando en mi dirección, pero tal vez para ese momento ya estaba alucinando de pura hambre.

No es que nunca tuviera la oportunidad de comer en la oficina. La cafetería estaba repleta de buena comida: comidas calientes, una barra de ensaladas y sushi, y un café que de hecho preparaba un matcha bastante decente. Pero carecía de lo principal que me permitiría comer: dinero. No tenía mucho efectivo en mi billetera, y tenía que asegurarme de tener suficiente para pagar un taxi para que Ellie y yo regresáramos a casa, a nuestro departamento.

Finalmente llegué a la casa de Ivy y Jason. Saqué la llave de mi bolso, la introduje en la cerradura y entré. Podía escuchar Miss Rachel sonando en la sala y la voz de Makayla flotando por la casa también, conversadora y divertida —debe de estar creando contenido para su YouTube—, así que me dirigí directo a la sala y rodeé a mi hija con mis brazos.

—Te extraño—, murmuré contra el cabello de Ellie, haciéndola chillar y reír mientras rodeaba mi cuello con sus pequeños brazos y me acercaba a ella, dándome palmaditas suaves en la cabeza... y luego apartándome de ella.

—¡Yo también te extraño, mami, pero es hora de Miss Rachel!—

Me reí entre dientes mientras me alejaba de ella y saludaba a Ivy. —No suele pasar tanto tiempo frente a la pantalla en casa.—

Ivy pareció disculparse. —Acabo de llegar hace media hora del comedor comunitario. Ha estado principalmente con Jason y Maki hoy, y ya sabes cómo son esos dos; tienen el mismo lapso de atención que Ellie.—

Riendo, asentí con la cabeza de acuerdo. Por mucho que Makayla y Jason amaran a Ellie, no podían aguantar más de una hora

jugando con ella hasta que ellos mismos se aburrían y ya no podían pensar en otra cosa que hacer, así que terminaban dejándola ver YouTube o películas.

Mi estómago rugió y contuve el aliento, fingiendo ignorancia sobre el hecho de que me estaba muriendo de hambre. Ivy me miró. —¿Tal vez dejamos que Ellie mire un rato mientras me cuentas sobre tu primer día? Hice sándwiches de huevo para merendar cuando llegué, y me queda un poco del relleno. ¿Quieres?—

Casi podía sentir que se me hacía agua la boca con solo pensar en los sándwiches de huevo de Ivy, y asentí con la cabeza, siguiéndola a la cocina. Me dejé caer en uno de los taburetes de la isla de la cocina mientras Ivy untaba mantequilla en un pan brioche y lo metía al horno por un minuto. No pasaron ni treinta segundos antes de que la cocina oliera a mantequilla.

Ivy deslizó un sándwich hacia mí, y yo lo agarré rápidamente y le di un mordisco, cerrando los ojos mientras disfrutaba del sabor. —Te digo esto por millonésima vez, Ivy, tienes que abrir un restaurante. O incluso solo una cafetería de paso. Dejaría el trabajo que tengo y sería tu asistente, y ni siquiera me importaría que me pagaras el salario mínimo.—

Ella se rió y sacudió la cabeza. —Siempre has sido mi asistente en la cocina desde que te convertiste en parte de esta familia, Belly. Pero con eso de que estás dispuesta a dejar un trabajo que acabas de conseguir, me hace preguntarme si tuviste un mal primer día.—

Masticé lentamente y tragué el sándwich, pensando cuidadosamente cómo debía responder a la pregunta. Nunca le conté a Ivy sobre David. Todo lo que ella y Jason sabían sobre el padre de Ellie era que lo conocí en un bar cuando estaba borracha hasta la médula y terminé quedando embarazada de él. Estaban listos para presentar una denuncia contra el hombre en aquel momento porque pensaban que se habían aprovechado de mí, pero les aseguré que estaba lo suficientemente sobria como para saber qué estaba pasando y que todo el asunto fue consensual.

—No estuvo mal. La cafetería es genial, pero ya sabes cómo soy yo. Prefiero guardar mi dinero que derrocharlo en una comida que

es más cara que el viaje en taxi que podría llevarnos a Ellie y a mí a casa sanas y salvas.—

La tristeza brilló en los ojos de Ivy. —Sabes que puedes venirte a vivir aquí, Belly. Si no te sientes cómoda aquí, el cuarto de Makayla también está disponible. Aunque, Ellie podría terminar en uno de sus vlogs, titulado "Fingiendo ser la mamá de Ellie por un día".—

Me reí. —Todavía está tratando de convencerme de que la deje hacer eso, y me niego. No quiero exponer a mi hija a las redes sociales.—

Y tal vez hacer que David descubra accidentalmente que tenemos una hija juntos. Lo último que quería era que se desatara una batalla por la custodia, y lucharé con uñas y dientes para asegurarme de que Ellie se quede conmigo, incluso si apenas puedo costear nuestra supervivencia.

—Pero aparte de eso, Belly, ¿qué tal tu jefe? ¿El ambiente de trabajo? ¿Todos fueron amables contigo?—

Ivy solía ser maestra de preescolar antes de jubilarse y empezar a trabajar como voluntaria como cocinera para un comedor comunitario. Nunca perdió esa forma amable de tratar a los niños pequeños y, a veces, nos hablaba a Makayla y a mí de la misma manera. Di otro mordisco a mi sándwich antes de responder.

—Realmente no tuve oportunidad de socializar con los otros empleados, pero los que conocí fueron amables, especialmente la jefa de Recursos Humanos. Se aseguró de que yo supiera qué hacer y todo eso.—

—¿Y tu jefe?— Mi jefe... *David.* Agarré una servilleta y me limpié unas migas de la boca, ganando tiempo. —Belly...—

—Él es... agradable. No parece frío del todo, pero tampoco demasiado cálido. Es un profesional, supongo. Pero estuvo principalmente en su oficina revisando documentos, y si no, estaba en reuniones. Aparte de decirle su agenda, realmente no interactuamos mucho.—

Ivy me miraba fijamente, y me pregunté si estaba tratando de ver a través de todo lo que acababa de decir, pero asintió lentamente. —Bueno, eso es estupendo. Espero que ese trabajo lo cambie todo para ti y para Ellie.—

Había un ligero rastro de tristeza en su voz mientras hablaba, y busqué su mano al otro lado de la isla de la cocina. —Sabes que siempre he estado agradecida con tu familia, Ivy. Me han ayudado muchísimo, y sé que todavía quieren ayudarnos a Ellie y a mí, especialmente con nuestra circunstancia, pero no puedo aprovecharme de su amabilidad...—

—No confundas el amor familiar con amabilidad, Belly. Siempre has sido parte de esta familia, desde que pusiste un pie en esta casa.— Ivy fue firme con su declaración mientras me miraba. —Pero respeto tu decisión. Puede que no me guste mucho, pero la respeto. Sin embargo, tienes que entender que cuando Jason y yo veamos que estás *pasando dificultades,* vamos a intervenir, estés de acuerdo o no.—

—Honestamente, mamá, si fuera tú, la encerraría de nuevo en su habitación y haría que la desalojaran de su departamento. ¿Qué clase de dificultad estás esperando que pase para finalmente intervenir?— Makayla entró en la cocina, abriendo el refrigerador y destapando una lata de bebida de cebada y limón.

Le lancé una mirada fulminante mientras Ivy se reía y nos despedía, dejándonos solas en la habitación y dirigiéndose a la sala donde estaba Ellie. Agarré la muñeca de Makayla y la acerqué a mí. —Maki, ¿sabías que el CEO de Core Axis es David Hudson?—

Makayla me miró con los ojos muy abiertos. —¡No! ¿Te acuerdas del camarógrafo con el que solía trabajar? ¿Matt Rodriguez? Nos vimos la semana pasada y mencionó que vio un anuncio de Core Axis diciendo que buscaban un asistente y que lo han estado publicando como cada dos meses más o menos. Solo busqué qué tipo de empresa era Core Axis, y era de la industria tecnológica, así que apliqué por ti.—

Se sentó en el taburete que Ivy ocupaba antes. Me di cuenta de que no estaba mintiendo. —Nunca te pondría en el mismo camino que David otra vez, Belly. Lo sabes.—

Sabía que nunca lo haría. Incluso dejó de hablarle a Gavin para que ya no hubiera ningún tipo de vínculo entre David y yo. Maki llegaría a tales extremos, incluso si eso significaba romper su propio corazón, porque así de mucho importábamos Ellie y yo para ella.

—Lo sé—, dije en voz baja y suspiré, —y supongo que también es mi culpa por no investigar a fondo sobre la empresa. Entré a ciegas, así que ahora estoy atrapada como asistente de David Hudson por un año.—

Makayla me miró fijamente por un momento, y por un instante fugaz, me pregunté si me diría que presentara una carta de renuncia más tarde. En cambio, las palabras que salieron de la boca de Makayla me sorprendieron. —¿Por qué no aprovechas esta oportunidad para decirle la verdad, Belly?—

Parpadeé rápidamente, frunciendo el ceño, tratando de procesar las palabras de Maki. Cuando nos enteramos de que estaba embarazada, ella estaba lista para castrar a David. Después de todo, él tomó mi virginidad y huyó con ella, dejándome embarazada en el proceso.

—¿Qué?—

Makayla se mordió el labio inferior. —Está bien, mira, todavía quiero castrar al hombre si tengo la oportunidad. A pesar de lo atractivo que es, necesita dejar de jugar. Pero estoy pensando en Ellie, Belly. Sé que puedes ser tanto padre como madre para ella, pero ¿no sería justo tanto para Ellie como para David si supieran el uno del otro?—

Contuve el aliento. He conocido a Makayla casi toda mi vida, y siempre ha estado de mi lado, pero en este momento, sentí un ligero tinte de traición. —¿Y si no quiere saber nada de ella?—

—¿Pero y si sí quiere?— contraatacó Makayla. —¡No lo sabrás hasta que se lo digas, Belly! Pero lo que decidas, sigue siendo tu elección. Si quieres contarle a Ellie sobre él cuando empiece a preguntar o cuando cumpla dieciocho años, que así sea. Te ayudaré a esconderla de él todo el tiempo que quieras.—

Cerrando los puños, asentí lentamente, justo cuando mi teléfono empezó a sonar. Me acerqué al bolso que traje conmigo hoy y saqué el teléfono. El nombre de David Hudson parpadeaba en la pantalla, y lo miré fijamente, preguntándome por qué demonios me estaba llamando cuando ya no eran horas de trabajo. Pero pensándolo bien, yo era su asistente. Creo que realmente no tenía horario de trabajo. Miré a Makayla y luego le mostré mi teléfono.

Sus ojos se agrandaron. —¿Acaso es como un villano de Batman o algo así, de esos que si dices su nombre unas cuantas veces, aparecen?—

—Beetlejuice no es un villano de Batman, Maki.— No puedo creer que estuviéramos hablando del Caballero de la Noche durante semejante crisis.

Hizo una mueca y luego sacudió la cabeza, como descartando la conversación. —Bueno, pero volviendo a la situación en general, ¿vas a contestar? Porque, para ser honesta, estás obligada por contrato a hacerlo. ¿Y qué diablos crees que quiere de ti? ¡¿Llamándote fuera del horario laboral?! Crees que te invitará a tomar algo, ¿verdad? Oh, Dios mío, si ese hombre cree que puede volver a sacarte y tenerte de la misma manera que lo hizo en aquel entonces, voy a buscar un maldito cuchillo, iré directo a Core Axis... —

—¡Maki, cállate!—

Makayla frunció los labios y luego me hizo señas para que contestara la llamada de una vez por todas. —Solo contesta. Si sigue sonando, podría materializarse fuera del teléfono o algo así. Ya sabes lo loca que está la tecnología hoy en día.—

Rodé los ojos, con ganas de decirle que nadie ha inventado la teletransportación por el momento, pero decidí no hacerlo porque básicamente solo me estaba distrayendo de la situación que debía enfrentar y prolongando mi propia agonía. Respirando profundamente, deslicé el pulgar por el botón verde de llamada que parpadeaba en la pantalla.

—¿Hola?—

Hubo silencio al otro lado y, por un segundo, me pregunté si me había marcado por accidente. Pero entonces David se aclaró la garganta y habló. —Bella. Yo solo... quería saber cómo estabas.—

Quería saber cómo estaba. ¿Dónde estaba esa energía cuando se acostó conmigo y me dejó a la mañana siguiente sin una palabra, carta o cualquier otra excusa? Leo tuvo que ser quien me lo dijera. —¿Respecto a qué?—

—Sobre cómo fue tu primer día...— Se quedó callado, y me di cuenta de que quería decir más. —Y pensé que tal vez... ¿podríamos

celebrarlo o algo así?—

—¿Qué?— Estaba confundida. ¿Qué diablos intentaba decir? —¿Celebrar qué?—

Él suspiró. —Fui tan encantador cuando nos conocimos, pero ahora no encuentro las palabras. Lo siento.—

Miré a Makayla, que me observaba con atención. Tuve la sensación de que me estaba diciendo telepáticamente que pusiera toda la conversación en altavoz. Pero decidí no hacerlo. Por alguna razón, temía que Makayla de repente me arrebatara el teléfono y regañara a David, o peor aún, que le hablara de Ellie.

—Si esta no es una llamada de negocios, Sr. Hudson, no creo que sea apropiado llamarme fuera del horario laboral.—

—Cena conmigo—, dijo rápidamente.

Parpadeé. —¿Cenar con usted?—

David tardó otro momento en volver a hablar. —Sí. Te pido que cenes conmigo para celebrar tu primer día. No es... una cita. Es solo una *cena.* No es formal ni nada parecido. ¿Solo una cena y tal vez ponernos al día? Si me lo permites. Si te sientes incómoda con ello... —

La cuestión era que debía decir que no. Cada fibra de mi ser me decía que dijera que no porque eso era lo lógico. Pero, por otro lado, trabajaría con él. Rechazar la oferta significaba una atmósfera aún más incómoda entre nosotros. Miré a Makayla, que tenía los ojos desorbitados por la curiosidad. Me estaba diciendo con señas que dijera que "sí".

—Está bien—, dije finalmente. —Es solo una cena.—

Casi pude escuchar el suspiro de alivio de David. —Genial. Eso es genial, genial. Te enviaré la ubicación. ¿O quieres que pase a buscarte?—

—Nos vemos allí—, respondí rápidamente. —Adiós, Sr. Hudson.—

Terminé la llamada antes de que pudiera decir nada más y me enfrenté a Makayla, que tenía la boca abierta. Lentamente empezó a sacudir la cabeza. —Vaya. Estás trabajando para el hombre que te ghosteó *y* te dejó embarazada. Le estás ocultando a su hija. ¡Y ahora vas a cenar con él! ¡Es como la trama de un fanfiction mal escrito, pero tú lo estás viviendo!—

—Cállate, Maki—, gruñí, dejando caer la cara sobre la encimera de granito. —Dios, odio esto. ¿Qué diablos hice en mi vida pasada para merecer semejante situación?—

Makayla soltó una carcajada. —Ve a darte una ducha, Belly. Te ayudaré a prepararte para esa cita tuya. ¡Vamos a asegurarnos de que ese hombre se arrastre de rodillas y te ruegue que vuelvas con él, y por fin tendrás la sartén por el mango en esta telenovela!—

Dios. ¿En qué demonios me estaba metiendo esta vez?

Capítulo Quince

David

Ella aceptó reunirse conmigo para cenar, pero aun así, no podía evitar preocuparme de que hiciera el ridículo en el restaurante que había reservado. Ya estaba aquí, casi media hora antes, y había estado esperando por bastante tiempo. Aunque Bella se había comportado de manera completamente profesional conmigo, tenía el presentimiento de que todavía podía estar resentida por lo que había pasado entre nosotros.

Debido a eso, me preocupaba que no apareciera y me diera una cucharada de mi propia medicina. Gavin se daría un festín si lo supiera.

Miré a mi alrededor. Estábamos sentados en la terraza de un conocido restaurante en el centro de Los Ángeles, donde solo cenaban unas pocas personas más, pero todas estaban perdidas en sus propios munditos. Yo resaltaba como un pulgar herido, completamente solo en mi mesa. Respiré hondo y luego exhalé despacio, tratando de calmarme.

—Ella va a venir —me susurré a mí mismo, pero si no lo hacía, me dolería. Me merecía que me dejara plantado. Fui un imbécil con ella. Bella se había desnudado por completo para mí esa noche —su cuerpo, sus barreras y su alma— y yo la había descartado con tanta facilidad a la mañana siguiente. Era un patán, un estúpido y una señal de alerta andante; exactamente lo que había sido la primera impresión de Bella sobre mí hasta que logré engatusarla con palabras dulces para quitarle la virginidad.

—¿Desea ordenar algo? —un mesero se acercó y me entregó el menú. Sacudí la cabeza.

—Tráigame una botella de champaña y dos copas, por favor —dije—. Ordenaré una vez que llegue mi acompañante.

Si llega mi acompañante. Afortunadamente, fueron rápidos con la champaña. Mientras esperaba a Bella, me serví una copa para calmar los nervios, tomé un sorbo y me quedé mirando el cristal como si estuviera en trance. Tal vez si lo miraba el tiempo suficiente, Bella se materializaría y yo encontraría el valor para disculparme por

lo idiota que fui con ella cuando ella no había sido más que maravillosa conmigo esa noche.

La champaña no sabía a valor; se sentía insípida en mi lengua, y me pregunté si tal vez no tenía gas. Alargué la mano hacia la botella para comprobarlo, notando que quizás el problema era yo, mis nervios y todos los pensamientos obsesivos que daban vueltas en mi mente sobre si Bella iba a aparecer.

Gavin estaría encantado de verme así.

Luché contra el impulso de mirar mi reloj. O mi teléfono. Luego empecé a tamborilear los dedos sobre la mesa hasta que me di cuenta de que me enderezaba cada vez que alguien entraba al lugar, pensando que podría ser ella. Tal vez lo hice un par de veces, porque llamó la atención del mesero; se me acercó de nuevo y me preguntó si quería ordenar... o si me habían dejado plantado.

—Va a venir —dije, sintiéndome incómodo. Esta sería la primera vez que una mujer me dejaba plantado—. Solo viene un poco tarde.

De repente, mi oído pareció enfocarse en el sonido de unos pasos. Levanté la vista pero me desanimé al instante cuando vi a la anfitriona dirigiéndose a mi mesa. Cuando se detuvo frente a mí y al mesero, dio un paso a un lado, y sentí que se me cortaba la respiración cuando Bella se materializó detrás de ella.

Bella.

Si alguien tuviera un control remoto que manejara el mundo, debió de haber pulsado el botón de pausa, porque todo lo demás a su alrededor dejó de moverse. Solo había un suave zumbido que podía escuchar mientras la veía acercarse. El mesero le retiró la silla porque yo estaba demasiado atónito para hacer nada.

El mesero se quedó allí un momento y luego se retiró, dándose cuenta al parecer de que yo no estaba en condiciones de pedir nada. Bella me miraba expectante, y solo entonces logré salir del trance en el que me encontraba.

—Hola —logré graznar antes de aclararme la garganta—. Vino.

Bella respiró hondo y asintió lentamente. —Le dije que vendría. Me invitó a cenar. Sería de mala educación rechazar a mi jefe en mi primer día de trabajo.

—Espero que no se sienta presionada por haber aceptado esto —dije, queriendo disipar la tensión entre nosotros antes que cualquier otra cosa.

Bella frunció los labios. —No, Sr. Hudson...

—Por favor, dígame David —dije con voz suave—. No estamos en la oficina, Bella.

—Usted es mi jefe —respondió con brusquedad, manteniendo en su tono la cadencia profesional que tenía cuando estábamos en la oficina hoy temprano—. Sería una falta de respeto llamarlo por su nombre de pila, incluso fuera del trabajo.

Me mordí la parte interna del labio inferior antes de suspirar y llamar al mesero, pidiéndole el menú y entregándoselo a Bella. Dejé que ella eligiera lo que quería y me contuve de pedirle el mejor plato que el mesero pudiera sugerir. Mientras tanto, le dije al mesero que me trajera lo que le pareciera bien. En realidad, no tenía mucha hambre. Solo quería pasar tiempo con Bella fuera de la oficina... y tal vez encontrar una disculpa mejor que la patética y mediocre que logré darle antes, que en realidad no incluía las palabras "lo siento".

—¿Cómo has estado? —pregunté finalmente cuando el mesero se fue. Bella tomó su vaso de agua y bebió un sorbo mientras yo me estiraba para servirle un poco de champaña, y ella levantó la mano para detenerme.

—No, gracias. El agua está bien —dijo, rechazando el intento—. La última vez que tomé una copa y pasé tiempo con usted, no terminó muy bien para mí.

Fruncí los labios ante su respuesta, notando el hecho de que todavía estaba marcada por nuestro último encuentro. Pero, ¿por qué no habría de estarlo? Sinceramente, debería estar agradecido de que Bella todavía decidiera hablarme y no fuera una completa imbécil. Pero, de nuevo, la acababa de contratar como mi asistente, así que tal vez solo estaba protegiendo el trabajo que tenía en ese momento.

Asintiendo, repetí la pregunta que había hecho hace un momento. —Entonces, ¿cómo ha estado en estos últimos tres años, Bella?

—Ya me hizo esa misma pregunta en la oficina, Sr. Hudson, y mi respuesta sigue siendo la misma. Estoy bien —su voz tenía una cadencia monótona mientras hablaba, como si ya hubiera terminado con esta conversación y yo la estuviera trayendo a colación en vano —. ¿Está buscando una respuesta específica para esa pregunta?

La pregunta parecía inocente, pero incluso yo podía sentir la capa oculta debajo de ella. Era como si me estuviera instando a poner el desastre de nuestro pasado sobre la mesa y discutirlo cara a cara. Era tan buena fingiendo que era casi inexistente, y tal vez notó lo mucho que a mí me costaba hacer lo mismo.

Esta no era la Bella que conocí en aquel entonces. Ahora era más feroz y audaz; había un fuego en su interior que yo no podía identificar, pero que formaba su temple. Me daba curiosidad saber qué le había pasado en los últimos tres años, porque la gente no cambia de la noche a la mañana sin que la vida la rompa en pedazos. Pero por lo que sabía, la vida no había sido muy amable con Bella, al menos por cómo elegía vivir de forma tan sencilla, como si la sencillez de vivir le hubiera sido arrebatada.

Tomé aire. —Solo... supongo que solo quería saber...

Me he plantado frente a conglomerados empresariales y multimillonarios, presentando Axis Tech cuando todavía era apenas un proyecto incipiente en la industria, y nunca me habían flaqueado las palabras. Pero ahora mismo, estaba tropezando, buscando las palabras que debía usar para decirle lo que sentía.

—No fue fácil, pero mi vida nunca ha sido fácil para empezar. Pensé que podría lograr dar un giro a mi vida cuando usted me conoció, pero el destino tenía otros planes y dio un giro de ciento ochenta grados. Pero sobreviví. Salí adelante —su voz era tan firme como su mirada mientras me observaba, como si se asegurara de que cada palabra que pronunciaba aterrizara de la manera que esperaba—. Y eso es todo lo que necesita saber, Sr. Hudson. No creo que sea correcto que indague en la vida personal de su empleada.

Me tomó un momento recuperarme, y traté de que no se notara que sus palabras me molestaban, pero lo hacían. Cualquier golpe que estuviera tratando de asestarme, lo asestó perfectamente. —Lo siento, Bella.

El mesero regresó con nuestra comida y puso nuestras órdenes frente a nosotros. Las palabras que había dicho antes quedaron flotando en el aire, y Bella pareció haberlas ignorado, concentrándose en su comida. Tal vez pensaba que si terminaba su cena de inmediato, esto también terminaría allí mismo.

—Bella, dije que lo siento —esperaba que al menos no hubiera sonado como un idiota al repetir las palabras, pero por alguna razón, todavía sentía que lo parecía.

Ella dejó de comer, colocó los cubiertos suavemente sobre su plato y me miró. —No acepté tener esta cena con usted solo para escuchar su disculpa a medias, David.

Una vez más, sus palabras dolieron. —Sé que suena patético, Bella, y sé que no arreglará lo que hice. Te lastimé incluso cuando desnudaste tu alma ante mí esa noche. Pero yo...

Bella levantó la mano para impedir que siguiera hablando, y me callé de inmediato. —Vine aquí a cenar con usted porque sé que sería grosero de mi parte negarme, especialmente cuando este es mi primer día trabajando con usted. Necesito este trabajo, Sr. Hudson, e incluso si eso significa que tengo que sentarme a cenar con *usted,* lo haré.

Sus palabras eran afiladas como un cuchillo, y podía sentir la culpa royendo el fondo de mi estómago y creciendo, apretando mi corazón y arrastrándolo hacia abajo. Me quedé sin palabras una vez más, así que esta vez elegí el silencio, sintiendo que si decía algo más, solo añadiría leña al resentimiento que me tenía por haber desaparecido hace tres años, y simplemente arruinaría cualquier cortesía y dinámica profesional que tuviéramos actualmente y traería tensión entre nosotros.

El resto de la cena transcurrió en silencio, con solo el suave murmullo de las conversaciones de otras personas flotando entre nosotros y el ocasional choque de los cubiertos contra los platos de porcelana mientras comíamos. No se me ocurría ningún tema para iniciar una conversación, principalmente porque no creía que Bella quisiera hablar conmigo.

En un momento dado, el mesero regresó para preguntarnos si queríamos pedir postre u otra bebida. Pedí un soufflé de chocolate

para ambos, sin esperar a que Bella dijera nada. Era lo menos que podía hacer. Tal vez el postre podría endulzar la noche, aunque fuera un poco.

Pero cuando el mesero regresó, no sé qué pasó. Tal vez se tropezó con algo, pero el soufflé salió volando, aterrizando entre Bella y yo, manchando el vestido crema que ella llevaba. Mis ojos se agrandaron y el calor me subió de inmediato al rostro, no por vergüenza sino por molestia. ¿Cómo pudo...?

El mesero se disculpó profusamente, tratando de limpiar todo, y yo me puse de pie, listo para reprenderlo y gritarle por ser irresponsable. Pero Bella se me adelantó.

En lugar de gritarle o chillar porque su vestido se había arruinado —como habrían reaccionado otras chicas con las que había salido—, le lanzó al mesero una sonrisa tranquilizadora y lo ayudó a limpiar.

—No se preocupe. Los accidentes ocurren —le aseguró Bella, con voz suave y gentil—. Además, soy muy buena descubriendo cómo quitar manchas de la ropa. Soy una especie de experta.

Su tono era ligero y amable, e inmediatamente vi que el mesero se relajaba, con los ojos llenos de lágrimas que no llegó a derramar. —Este es mi primer día de trabajo. Por favor, no deje que me despidan.

Yo quería llamar al gerente y presentar una queja, pero me quedé congelado donde estaba, observando cómo Bella manejaba todo. —No lo haremos. No se preocupe. Como dije, los accidentes pasan, ¿de acuerdo?

Pero él me miró a mí, y Bella siguió su mirada y debió notar mi postura. Bella se levantó y me miró. —No vamos a reportarlo ni a presentar una queja, ¿verdad, David?

David. No se dirigía a mí como su jefe en ese momento. Se dirigía a *mí.* Parpadeé, desconcertado por el repentino cambio en su actitud. —Pero él...

Bella sacudió la cabeza. —Yo soy la que tiene el vestido manchado y no creo que sea para tanto, así que si no es un problema para mí, la víctima, entonces no es un problema.

Fue tan firme al respecto que no me dio espacio para discutir. El mesero seguía disculpándose y dijo que nos traería un postre nuevo

y que el postre arruinado se lo descontarían de su sueldo. Cuando se fue, Bella y yo volvimos a nuestros asientos.

Ella me miró. —¿Puede pagar por el segundo postre que él traerá? Puede descontarlo de *mi* sueldo.

Me quedé mirándola. —¿Qué?

Bella suspiró. —Me siento mal por él. Es su primer día de trabajo y cometió un error, y sé que se lo van a descontar de su sueldo y tal vez incluso lo despidan, dado que este es un restaurante elegante. Es triste que sea alguien que solo intenta cubrir sus necesidades y aun así va a ser víctima de algo que no estaba bajo su control.

Pude sentir que me ablandaba mientras la escuchaba. A pesar de lo dura que se había mostrado antes, la mujer de corazón suave y gentil que no podía sacar de mi mente todavía permanecía allí. —Yo lo pagaré, y no lo descontaré de tu sueldo.

—¿Por qué no?

La comisura de mis labios se curvó en una pequeña sonrisa. —Porque como dijo, lo que pasó estuvo fuera de su control. Y si termina siendo despedido, le daré mi tarjeta de presentación y haré que Recursos Humanos le encuentre un trabajo en la empresa.

Ella levantó las cejas. —Ni siquiera es Navidad todavía. ¿Por qué actúa como Santa Claus?

—Digamos que la Sra. Claus me inspiró para empezar temprano.

Capítulo Dieciséis

Bella

Terminé pidiendo disculpas y diciendo que necesitaba usar el baño. Había estado resistiendo el impulso de salir corriendo de mi silla desde el momento en que David hizo el comentario sobre la Señora Claus, porque la forma en que lo dijo —esa cadencia natural y coqueta en su voz— me recordó tanto a cuando intentaba conquistarme, y el recuerdo de esa noche trajo de vuelta la abrumadora ola de sentimientos que solo David podía provocar.

—¡Oiga! —me llamó alguien cuando salía del baño. Levanté la vista y vi al mesero de antes. Llevaba una bolsa de papel. Me la entregó—. Es el suflé de chocolate para llevar.

Fruncí el ceño. Le había pedido a David que pagara por los que nos trajo después del desorden que hizo, solo para que el restaurante no se lo descontara de su sueldo. —¿Qué es esto? Pagamos por los...

Pero él levantó la mano para detenerme. —Sí, lo sé. La recepcionista me dijo que su acompañante pagó por los nuevos suflés de chocolate que traje. Le entrego esto como agradecimiento. Tenía el presentimiento de que su acompañante habría presentado una queja si usted no hubiera suavizado las cosas, así que gracias, señora. No tiene idea de cuánto me ha ayudado esta noche.

Quise corregirlo y decirle que no era una cita entre David y yo, pero él simplemente me lanzó una sonrisa agradecida y regresó corriendo a la cocina. Me quedé mirando la bolsa de papel en mi mano, sintiendo que el corazón se me encogía un poco. Pensé en todas las veces que me metí en problemas con clientes por accidentes cuando trabajaba en cafeterías pequeñas y en cómo tuve que tragarme las lágrimas que amenazaban con brotar. Fue una suerte que siempre terminé siendo empleada por buena gente, así que no me despidieron de inmediato. Aun así, las palabras rudas no eran lo que uno quería escuchar cuando simplemente estaba haciendo todo lo posible para sobrevivir.

La compasión era gratis, después de todo.

Cuando regresé a la mesa, ya habían recogido todo. David me miraba, con ojos esperanzados. —Te llevaré a casa.

No era una pregunta. No estaba pidiendo permiso. —Está bien. Puedo pedir un Uber.

Lo último que quería era estar en el mismo espacio con David, a solas. Pero David no cedía. Había sido comprensivo todo el día, respetando los límites que yo establecía, así que pensé que no sería tan difícil convencerlo.

—Es tarde, Bella. *Al menos* deja que te lleve a casa.

Incliné la cabeza hacia un lado y lo miré fijamente. —¿Dónde estaba esa preocupación hace tres años?

Las palabras salieron de mi boca antes de que pudiera pensarlas bien, el remanente de una vieja cicatriz que creía desvanecida hacía mucho tiempo, pero que, en realidad, nunca lo hizo. Me mordí el interior de la mejilla por un momento, maldiciéndome mentalmente por lo que dije, resoplé, me di la vuelta y me alejé. Quería mantener mi distancia de él tanto como pudiera.

Ya estaba fuera del restaurante cuando sentí que una mano me rodeaba la muñeca y me jalaba hacia atrás. Me encontré cara a cara con David y sus ojos oscuros y heridos. —Bella, por favor.

—¿Por favor qué? —pregunté, frunciendo el ceño—. ¿Qué quieres de mí, David? Vine aquí porque dijiste que querías invitarme a cenar, y habría sido grosero de mi parte negarme. No quería que algo tan insignificante arruinara un trabajo perfectamente bueno.

—Lo siento.

Ahí estaban, dos simples palabras que sentía que había estado esperando durante tres años. Algo tiró de mi corazón, y fue lo mismo que hizo que mi estómago diera un vuelco. No estaba segura de si era pavor —porque finalmente estábamos reconociendo el pasado después de caminar sobre cáscaras de huevo a su alrededor — pero aquí estaba, expuesto a plena luz.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho...

Contaba en mi cabeza para detenerme, para abstenerme de decir y hacer cualquier cosa de la que terminara arrepintiéndome. Solté mi muñeca del agarre de David e intenté pedir un taxi, pero David

volvió a jalarme. —Te voy a llevar a casa, Bella. Es tarde. Quiero saber que llegaste bien.

—Nunca acepté eso —le dije entre dientes, entrecerrando los ojos hacia él.

—Bella —su voz sonaba derrotada—, por favor. Si no quieres aceptar mis disculpas, entonces al menos déjame llevarte a casa. No podré dormir por la noche si no sé que llegaste bien, ¿de acuerdo?

Tal vez fue la forma en que me miraba —o el tono de su voz— lo que me desarmó por completo. Ya no estaba el CEO dominante, encantador y seguro de sí mismo que había conocido más temprano, ni siquiera el hombre coqueto y engreído que conocí hace tres años. Esta era una versión diferente de David, suave, gentil y casi vulnerable, del tipo que parecía tan frágil que no querías lastimarlo. Cualquier rastro de pelea que tuviera dentro de mí se desinfló rápidamente.

—Oye —su voz conservaba su cadencia suave—, solo quiero saber que estarás bien esta noche. Pasé tres años preguntándome por ti.

No debió decir lo último, porque hacerlo solo abrió una caja de Pandora de emociones en mí. —¿Ah, sí? ¿Vas a decir semejante estupidez después de haber desaparecido? Mira, ¿cuántas veces tengo que dejar claro que necesitamos superar lo que pasó entre nosotros y mantener una relación profesional? ¿No es eso lo que he estado insinuando desde esta mañana?

Por primera vez en mi vida, podía escuchar la aspereza en mi voz, la rabia que había estado hirviendo en lo más profundo, la que pensé que se había disuelto después de aceptar el hecho de que mi vida tomaría otro rumbo tras enterarme de que estaba embarazada de Ellie. Al crecer, siempre había aprendido que aceptar todo tal como era resultaba más fácil que guardar rencor por la situación. Seguir enojada por ello no cambiaba nada. En cambio, solo te absorbía la energía que necesitabas para pensar en una solución.

Pero en ese momento, por alguna razón, era como si todo mi ser hubiera olvidado esa lección. Ahora mismo, miraba a David con un enojo injustificado, y tenía una ferocidad que no sabía que podía poseer. Quizás había subestimado el dolor que sentí en aquel

entonces porque en ese momento, estaba volviendo a la superficie como un fénix que renace de las cenizas.

Pensé que David me gritaría, diría algo más hiriente o humillante, pero solo suspiró. El valet llegó de repente con su auto y él abrió la puerta del lado del pasajero. Quise alejarme, pero de repente David me sostuvo con suavidad y me empujó hacia su auto, de modo que no tuve más opción que sentarme mientras él cerraba la puerta.

Se subió al asiento del conductor, presionó el acelerador y luego arrancó. —Por favor, dime tu dirección.

Apenas procesé lo que había pasado. Un minuto antes estaba furiosa con él fuera del restaurante, empeñada en no dejar que me llevara a casa, y al siguiente estaba sentada en su auto y él me preguntaba dónde vivía. —¿Pero qué te pasa? ¡Esto es prácticamente un secuestro, David!

Él apretaba el volante con fuerza y, por un breve momento, tuve miedo de colmar su paciencia, de que se enojara conmigo mientras íbamos en el auto, porque podría causar un accidente. No podía morir. Tenía una hija que dependía de mí.

—Si esto fuera un secuestro, te estaría llevando a otro lugar y no estaría pidiendo tu dirección, Bella —su voz era paciente mientras hablaba.

—¿Acaso eso lo hace mejor? —siseé, entrecerrando los ojos hacia él—. Detén el auto, David. A estas alturas, prefiero irme caminando.

Pero David no escuchaba. Creo que preferiría conducir sin rumbo hasta que yo cediera y le diera mi dirección antes que escuchar mis exigencias. Me giré para mirar por la ventana. Si él iba a ser testarudo, yo también lo sería. Dos podían jugar a ese juego.

Aunque era un juego que estaba destinada a perder, ya que Ellie me esperaba en casa de Ivy.

Molesta, comencé a escribir mi dirección en el GPS de su auto y esperé a que cargara el mapa. Cuando terminó, volví a centrar mi atención en la ventana. —Gracias.

—Solo quiero ir a casa —respondí en voz baja, odiándome por elegir decir algo en lugar de quedarme callada, porque hablar invitaba a la conversación.

—Lo siento —dijo David, repitiendo las dos palabras una vez más —, por obligarte a subir al auto y llevarte a casa. Sé que no quieres, Bella, pero es tarde. Hablaba en serio cuando te dije que pasé tres años preguntándome por ti.

Apreté el cinturón de seguridad que llevaba puesto. —Detente. No quiero escucharlo. No tienes derecho a remover el pasado. Lo que sea que quieras decir ahora mismo, trágatelo y guárdatelo para ti. No me importa. Nunca me importará.

Él suspiró una vez más. —No quiero pelear.

—Bien. Entonces solo sigue manejando y todo esto terminará.

Pero ambos sabíamos que no iba a terminar. Trabajaría para él como su asistente. Nos veríamos todos los días, pero si eso significaba que todas las facturas estarían pagadas, que habría comida en la mesa y que tendría efectivo para emergencias en caso de que algo malo le pasara a Ellie —Dios no lo quiera—, entonces me arriesgaría.

El silencio se extendió entre nosotros con una tensión palpable mientras yo mantenía los ojos pegados a la ventana, viendo cómo las luces de la calle y los letreros de las tiendas se desdibujaban con el avance del auto de David. —Bella...

Cerré los ojos brevemente, sintiendo que algo se me revolvía por dentro al oír su voz profunda pronunciar mi nombre. —¿Ahora qué?

El auto se había detenido en un semáforo. *Bien, era el que estaba cerca de casa de Ivy.* Estaba a punto de salir de este auto, y sabía que en cuanto se estacionara en la entrada, saldría disparada sin mirar atrás. Mañana podría fingir que nada de esto sucedió, y él no tendría otra opción porque necesitábamos mantener una relación laboral profesional en la oficina.

—¿Cuántas veces tengo que pedirte perdón para que me perdones?

No pude evitar burlarme ante la pregunta, girándome bruscamente para enfrentarlo. —¿Crees que así es como funcionan las disculpas, David? ¿Que basta con decir las palabras mágicas y todo el daño que le causaste a la otra persona desaparece por arte de magia?

Abrió la boca para responder pero la cerró de nuevo, tal vez dándose cuenta de que, una vez más, había dicho lo incorrecto. La luz cambió a verde y, afortunadamente, David avanzó. Giró a la izquierda, luego a la derecha, y finalmente redujo la velocidad frente a la entrada de Ivy y Jason. Nunca me había sentido tan feliz de ver esa entrada.

Rápidamente intenté abrir la puerta, pero no cedía. David aún no había quitado el seguro. Me giré para mirarlo. —Ya me trajiste a casa. Eso era lo que querías, ¿verdad? Querías asegurarte de que llegara bien, y aquí estoy. ¿Por qué no abres la puerta?

Pero David tenía el ceño fruncido y se veía un poco frustrado. Por un breve momento, me aterró haber exagerado con lo grosera que fui durante todo el trayecto y que quisiera despedirme. Después de todo, al final del día, David Hudson seguía siendo mi jefe.

—Bella, sé que lo que hice hace tres años te dolió, y he estado *intentándolo,* ¿de acuerdo? No..., no sé qué hacer, no sé qué decir, no sé qué va a provocarte un arranque o cuáles serán las palabras correctas. De lo único que estoy seguro es de que te lastimé al irme esa mañana después de que bajaras tus defensas conmigo. Fui un imbécil. Lo admito, y no debí haberte hecho eso. Ninguna mujer merece ese tipo de trato, y especialmente tú no.

—Sé que nuestros caminos volvieron a cruzarse apenas hoy y es demasiado para que ambos arreglemos lo que sea que pasó de la noche a la mañana. Sé que no será tan fácil —la voz de David era firme mientras hablaba, al igual que su mirada cuando me vio—, pero te prometo que no dejaré de intentar hasta ganarme tu perdón... hasta conseguir una segunda oportunidad de conocerte como lo hice en aquel entonces. No en el sentido físicamente íntimo con que pasamos esa noche, sino en cómo me permitiste asomarme a tu mente y a tu alma, porque, honestamente, he conocido a muchísima gente en este mundo, pero ninguna ha resonado conmigo de la manera en que tú lo hiciste entonces.

David extendió una mano y por un momento, un instante fugaz, pensé que iba a acariciar mi rostro con la palma de su mano, y sentí que no solo se lo permitiría, sino que también me inclinaría hacia su mano. Pero en cambio, escuché que el seguro de la puerta se

quitaba detrás de mí y que incluso se abría un poco. Cuando lo miré, su mirada permanecía suave y firme.

—Buenas noches, Bella. Nos vemos mañana en el trabajo.

Capítulo Diecisiete

David

Debería abastecer la oficina con latas de Red Bull; tal vez debería pedirle a Bella que me encargue algunas ahora. La cafeína era mi mejor amiga, mi roca, mi compinche; lo único en lo que podía confiar en este momento. Las reuniones eran demasiadas, excesivas; la demanda de mi presencia me hacía desear ser un mutante que pudiera dividirse en diez, y el constante sonar de mi teléfono me daba ganas de lanzarlo con fuerza contra la pared para que se callara de una vez.

Quienquiera que haya dicho que los CEO viven la gran vida no tiene idea de lo que pasa tras bambalinas.

Cuando estábamos fundando la empresa en los primeros días, también estaba ahogado en papeleo y reuniones, pero la mayoría eran orquestadas por mí para poder controlar el ritmo. Todavía podía salir a tomar algo para desestresarme, tal vez acostarme con alguna mujer, descansar y luego repetir el maldito patrón que me parecía divertido a esa edad.

Hoy en día, no es tan fácil. La gente programa citas conmigo a través de mi secretaria y la demanda de mi tiempo es mayor ahora que antes. Todos quieren que Core Axis sea parte de sus negocios y los inversionistas quieren participar. Además, están los otros conflictos internos de la empresa que también exigen mi atención.

Me siento como un niño pequeño atrapado en el cuerpo sexy de un hombre, porque de repente todo esto es demasiado y abrumador.

—¿Sr. Hudson?

Levanté la vista del resplandor de la pantalla de mi computadora al escuchar su voz. Incluso en medio del caos en el que me encontraba, solo su voz lograba devolverme a la realidad. Tenerla como secretaria fue la elección correcta, aun cuando esa decisión estuvo motivada principalmente por la culpa.

Bella estaba de pie junto a la puerta, abrazando su tableta contra el pecho, con su cabello pelirrojo recogido en una coleta alta. Llevaba anteojos de marco grueso que casi ocultaban sus ojos verdes.

—¿Qué pasa?

Solo salió una palabra de mi boca, pero pude notar la irritación en mi voz al preguntar. Aunque la presencia de Bella me tranquilizaba, no erradicaba por completo el estrés bajo el que estaba. Iba a disculparme por mi actitud, pero Bella se quedó allí, imperturbable y firme, como si no le importara que estuviera siendo un imbécil.

Bueno, no es como si ella no hubiera experimentado el peor nivel de tu idiotez, David.

—La llamada de la junta es en diez minutos. El departamento legal pasó la sesión informativa para inversionistas a las tres y Leo ha hecho que su secretaria me llame cada diez minutos para preguntar si puedes darle cinco minutos antes del almuerzo. Dice que es urgente, pero me he dado cuenta de que esa reunión «urgente de cinco minutos» que él o Gavin suelen pedirte consiste en que ustedes se pongan a beber a plena luz del día.

La comisura de mis labios se curvó en una sonrisa divertida. —¿No es la hora feliz en algún lugar del mundo?

Aun así, a Bella no pareció importarle mi broma. —Leo tendrá tres minutos de mi parte si de verdad es urgente. Cuatro si es convincente.

Frunció los labios pero asintió, con sus dedos moviéndose ágilmente sobre la tableta, probablemente para enviarle un mensaje al asistente de Leo. Pero antes de darse la vuelta para irse, me miró una vez más —y juro por Dios que su expresión se suavizó— y luego dijo: —No has comido.

Parpadeé, tomado por sorpresa por su comentario. —No tengo hambre. Sobreviviré.

Bella se mordió el labio. —Dijiste lo mismo ayer y anteayer.

Inhalé profundamente; el hecho de que lo recordara me puso nervioso.

—Estaré bien, Bella. He pasado días sin comer y he sobrevivido. Espera, de hecho, ¿podrías comprarme Red Bull? Mi cabeza se pone insoportable de vez en cuando, lo cual es básicamente mi cuerpo pidiendo cafeína...

—Eso es tu cuerpo siendo dependiente de la cafeína y también pidiendo comida —sentenció Bella, entrecerrando los ojos hacia mí —. He visto a Makayla sufrir lo mismo cuando se queda despierta toda la noche editando sus videos. Saltarse las comidas no te llevará al éxito, David. Te llevará bajo tierra.

Su voz fue suave al decir lo último y no pude evitar sentirme conmovido por su preocupación. Al crecer, a mis padres no les importaba un bledo si comía a mis horas. Nunca estuvieron presentes en mi vida, así que si mis hermanos y yo comíamos en casa o desperdiciábamos su dinero en bufets los días de semana con nuestros compañeros, a ellos les daba igual. Leo y Gavin siempre notaban mis patrones de alimentación —o quizás mi trastorno—, pero nunca intervenían realmente.

—Creo que tenemos algo de ramen instantáneo en la despensa —dije suavemente, pero Bella sacudió la cabeza.

—Te traeré algo de la cafetería, pero tienes que comértelo. No más saltarse comidas, David. No es saludable.

Con esas palabras, salió de mi oficina, y yo me quedé allí sentado, sin saber cómo se suponía que debía procesar todo eso.

Habían pasado dos semanas desde aquella cena con Bella el día de su ingreso, y yo había mantenido mi distancia, para mi pesar. Quería que ella se adaptara primero al entorno laboral antes de intentar seducirla de nuevo para que volviera a mi vida. La única razón por la que habían pasado dos semanas era que últimamente había estado hundido en el trabajo.

Quería volver a caerle bien, que me perdonara por lo que hice en el pasado y, quizás, retomar lo que había sucedido entre nosotros hace tres años. No había estado con nadie desde entonces porque, por alguna razón, Bella Ryan se había instalado en mi mente, y cada vez que intentaba estar con una mujer, ella aparecía en mi cabeza como una señal de advertencia.

Mi teléfono sonó, recordándome la reunión con la junta, y con un suspiro, me levanté del asiento, salí de mi oficina y me dirigí a la sala de conferencias. La reunión me tomó cuarenta y cinco minutos, y cuando terminó, estaba listo para escabullirme de vuelta a la

seguridad y tranquilidad de mi oficina cuando Leo me agarró por el cuello y me obligó a quedarme.

Entorné los ojos hacia él y miré mi reloj. Era casi la hora del almuerzo. —Le dije a Bella que te dijera que solo tienes tres minutos de mi tiempo. Si esto es para convencerme de beber tan temprano, estoy demasiado ocupado para unirme a ustedes, par de bobos.

Leo levantó las cejas mientras se cruzaba de brazos. —Esto es nuevo. Normalmente dirías que deberíamos hacerlo en tu oficina porque tienes un brandy nuevo que aún no has abierto.

—Qué puedo decir —comencé, acomodándome el saco del traje —. Tengo mucho que hacer hoy, del tipo de cosas que ni siquiera me permiten tener tiempo para almorzar.

Gavin soltó un bufido. —Sí, claro. No es como si de verdad almorzaras. Invitándote a tomar algo es la única forma en que logramos que entre algo en tu sistema además de cafeína. De acuerdo, es alcohol, así que no es saludable, pero en algún momento del día te dará hambre y te obligará a comer.

—Ya veré cómo resuelvo esa parte —murmuré, pero pude ver el brillo en los ojos de Leo, como si supiera algo que Gavin y yo no.

De alguna manera, logré escabullirme de la sala de conferencias —por fin— y regresar a mi despacho. Bella estaba junto a la mesa de centro en medio de la habitación, acomodando una comida sobre ella.

Levantó la vista cuando entré y señaló la comida en la mesa. —No estaba muy segura de qué querías, pero me encontré a Leo en la cafetería. Mencionó que te gustaban los wraps de pavo. Sin mayonesa pero con sriracha para darle un toque picante.

Además del wrap, había un vaso lleno de agua con hielo. —Has estado tomando demasiado Red Bull. Necesitas hidratarte.

—El Red Bull es una bebida —mascullé mientras me sentaba y extendía la mano hacia el wrap de pavo, pero noté que había un recipiente pequeño—. ¿Qué es esto?

Bella vaciló un momento mientras fruncía los labios y luego se mordía el inferior. —Es un mini flan de caramelo. Los vendían en la cafetería. Pensé que sería mejor que comieras dulces para desestresarte, en lugar de otra lata de cafeína.

—¿Caramelo? —pregunté, mirando el recipiente.

Ella tomó aire. —Pediste un caramel macchiato aquella vez, con una porción extra de jarabe. No necesité que Leo me dijera que eras fanático de lo dulce. No muchos hombres —incluso con tu estatus de aquel entonces— pedirían una bebida tan dulce frente a una mujer a la que están intentando conquistar. Así que supongo que algo así se quedó grabado en mi memoria.

Las comisuras de mis labios se curvaron en una sonrisa tímida; el pensamiento de que Bella recordara algo de aquel tiempo provocó una oleada de calidez en mi interior, de esa que me gustaba, de la que me hacía querer experimentarla por el resto de mi vida.

—Gracias —dije finalmente en voz baja, pero aún no me senté. Bella no hizo ademán de irse—. ¿Me acompañas?

Ella se burló.

—No, claro que no. Todo el piso estaría lleno de chismes si lo hiciera. Solo... quiero asegurarme de que hayas comido, ¿está bien? Sé lo que se siente trabajar con el estómago vacío, y no es algo que le desee a nadie, incluso cuando esa persona puede permitirse comprarse un bufet cuando quiera.

—No soy un bebé, Bella —le dije con tono burlón mientras las palabras salían de mi boca, pero algo en ellas hizo que se pusiera tensa, obligándola a enderezarse, como si hubiera tocado una herida.

Algo pareció cambiar en ella tras ese comentario. Me lanzó una sonrisa forzada. —Solo come tu almuerzo, Sr. Hudson. Tienes una reunión a las tres con el departamento legal.

Con esas palabras, vi cómo Bella salía de la oficina y me quedé allí sentado, mirando la comida que había preparado en la mesa de centro. Agarré el wrap, le di un mordisco cuidadoso y dejé que las capas se deshicieran en mi boca mientras masticaba. Realmente no tenía mucho apetito. Hubiera preferido una taza grande de americano caliente o dos latas más de Red Bull; igual terminarían en mi estómago, así que, en mi opinión, podía fingir que también eran comida.

Pero estaba comiendo porque la preocupación en el rostro y las acciones de Bella era palpable, y no podía ignorarla. Para ser

sincero, el calor que sentía era el mismo que sentí cuando la conocí por primera vez, como si estuviera rodeado de una calma que nunca podría encontrar en nada, nadie ni en ningún otro lugar del mundo; lo único que solo Bella podía darme.

Sabía que la quería de vuelta en mi vida; a esa conclusión había llegado después de cenar con ella esa noche. Bella seguía despertando mi interés de una manera que nadie lo hacía desde la última vez que la vi. Me había enterrado en el trabajo los últimos tres años, como si hubiera perdido el interés en las citas y las mujeres, pero ahora ese deseo había despertado de nuevo en mí... pero con ella, solo con ella.

Pero necesitaba que Bella me perdonara primero, y yo me había criado en un hogar donde la palabra "perdón" era desconocida y nadie sabía cómo disculparse. Nunca me enseñaron cómo hacerlo, así que no sabía qué se suponía que debía hacer. ¿Debía cortejar a Bella con un gran gesto o escribirle una disculpa romántica y enviársela por correo para que no perdiera el encanto romántico clásico de las cartas escritas a mano?

Terminé el wrap de pavo que Bella me había traído y ya estaba disfrutando del postre de caramelo, dejando que el rico dulce azucarado se derritiera en mi boca, y no pude evitar sonreír. Bien, quizás, además de Bella, la otra cosa que me daba tanto calor eran los dulces.

La sonrisa que se había formado en mis labios desapareció de inmediato cuando escuché la risa ruidosa de Gavin fuera de mi oficina. Fruncí el ceño. ¿Qué era tan gracioso para que estallara en esa molesta carcajada de Gavin? Entorné los ojos a través de las persianas que ocultaban el exterior de mi despacho y noté la silueta de mi amigo... justo en el área donde estaba el escritorio de Bella.

¿Qué demonios estaba haciendo allí?

Me levanté de mi asiento y me acerqué a donde podía ver sus siluetas, y fue entonces cuando escuché la voz de Leo, hablando animadamente con Bella como si se conocieran de toda la vida. Los tres parecían muy compinches, con Gavin sugiriendo casualmente durante la conversación que Bella le pidiera a Makayla que se reuniera con él de vez en cuando.

Luego Leo dijo algo, y el corazón se me subió a la garganta cuando escuché a Bella reír, con ganas y sin complejos, como si Leo fuera el hombre más gracioso del mundo. Algo empezó a revolverse en la boca de mi estómago, y mientras seguía escuchando a Bella reír con Leo, esto no ayudó en nada y más bien lo hizo estallar.

Antes de poder pensarlo bien, me encontré abriendo la puerta de mi despacho. Pesqué a Bella a mitad de una risa, con las comisuras de los ojos arrugadas, la boca abierta en una sonrisa e incluso dándole un golpe en el brazo a Leo. Cuando se dieron cuenta de que yo había abierto la puerta, fue suficiente para que se pusieran serios, aunque Bella todavía intentaba contener la sonrisa, mirando a Leo como si compartieran algún tipo de secreto que solo ellos debían conocer.

El impulso de apretarle el cuello a Leo fue intenso, y casi —*casi*— cedí a él. Pero me mantuve calmado, demasiado calmado. Era el tipo de calma que mis amigos ya sabían que significaba que algo me había hecho enfurecer, porque Gavin se enderezó y Leo me observaba con cuidado.

—Ya terminé con la comida, Bella —dije con los dientes apretados—, y necesito una actualización de mi agenda. Lo único que sé es que tengo una reunión con Legal a las tres. ¿Se añadió algo más?

Bella, sin notarlo, buscó su tableta y se alejó de Leo y Gavin, pasando por mi lado para entrar en mi oficina. Estaba a punto de cerrar la puerta, pero primero miré a mis dos mejores amigos. Incliné la cabeza hacia un lado, con los ojos entrecerrados hacia ellos dos.

—¿Tuvieron tan poco éxito intentando que yo bebiera temprano que pensaron que podrían hacerlo con mi asistente?

—No estábamos aquí para ofrecerle un trago a Bella —dijo Gavin encogiéndose de hombros y señalando una bebida fría sobre el escritorio de ella—. Le trajimos algo de tomar porque fuimos al nuevo café.

Leo se cruzó de brazos, mirándome con una sonrisa burlona.

—No te trajimos uno a ti porque Bella ya me dijo antes que has estado a dieta líquida los últimos días y que le preocupa que no

hayas estado comiendo. Pero parece que elegimos la bebida adecuada para Bella. Al parecer, el matcha verde también le gusta a su jefe.

Capítulo dieciocho

Bella

De: Leo Cheong

¿Quieres ir por unos tragos después del trabajo?

Me quedé mirando el mensaje de Leo durante un minuto entero, sin saber cómo debía responder ni cómo tomármelo. Mi turno terminaba a las cinco y, desde que había empezado a trabajar en Core Axis como asistente de David, había hecho todo lo posible por evitar las horas extra —o incluso socializar con los demás— porque necesitaba ir directo a casa de Ivy a buscar a Ellie. Debería rechazar la invitación y decirle que ya había terminado por hoy, que ya no bebía realmente.

Pero Leo había sido tan amable conmigo desde que empecé. Él y Gavin. Ambos habían suavizado cualquier tensión que hubiera entre David y yo y siempre me hacían reír; a veces, incluso me traían comida y café. Claro, tenía un costo. Otros empleados me lanzaban miraditas, pero yo no les prestaba atención. Estaba centrada exclusivamente en mi trabajo y en salir de allí en cuanto diera la hora. No tenía tiempo para entablar amistades o conocidos si mi objetivo era ganar lo suficiente para renunciar después de un año.

En realidad es idea de Gavin. Quiere salir a tomar unos tragos y estoy cien por ciento seguro de que solo se pondrá a parlotear sobre cuánto desearía que las cosas no hubieran salido mal con Makayla, y ya he escuchado ese guion un millón de veces. Así que, por favor, ¿vienes con nosotros? Aunque sea solo una hora.

Una sonrisa asomó a mis labios mientras leía su mensaje, y sacudí la cabeza, sorprendida por lo fácil que era ser amiga de Leo. De los tres, parecía ser el más fácil para conversar. Gavin era divertido, pero Leo era introspectivo y tenía el tipo de humor que estaba en mi misma onda. Me resultó intimidante y serio cuando lo conocí, pero una vez que se relajaba, era un tipo realmente excelente.

—¿De qué te ríes?

Salté ante el repentino sonido de la voz de David. Me di la vuelta y lo enfrenté. Tenía las cejas fruncidas y las oscuras ojeras bajo sus ojos eran un claro indicio de que no había estado durmiendo bien. Solo había pasado casi un mes desde que empecé a trabajar para él, pero noté cómo había perdido peso. Leo mencionó que era porque todo lo que tenía pendiente parecía haberse acumulado este mes, junto con inversiones, documentos y transiciones dentro de la empresa, y David era quien manejaba todo eso.

—De nada —respondí con un ligero encogimiento de hombros, pero luego me sentí culpable porque era como si le estuviera ocultando algo. Me mordí el labio inferior. Leo y Gavin eran sus amigos primero, no los míos—. En realidad, Leo y Gavin quieren salir a tomar algo y me preguntan si quiero ir con ellos.

David frunció el ceño aún más. —Ellos tienen sus propios asistentes. ¿Por qué te lo piden a ti?

Había cierta aspereza en su voz, y pensé que debía de ser porque estaba estresado y cansado por todo el trabajo que tenía encima. —¿Te invitaron a ti?

Conocí a David y a sus amigos en un bar en aquel entonces, así que era de suponer que beber era su forma de desahogarse del estrés que les producía el trabajo; y también eran fans de beber durante el día. Pero David se limitó a mirarme un momento, soltó un bufido de fastidio y sacudió la cabeza.

—No. No lo hicieron. Quizá la invitación sea solo para ti. —Hizo una pausa, todavía con el ceño fruncido y el fastidio evidente en su rostro—. ¿Vas a ir con ellos?

En realidad no quería ir, aunque sabía que a Ivy no le importaría. Le encantaba pasar tiempo con Ellie, y sabía que a Jason también le gustaba llegar a casa y ver a mi pequeña. A veces, nos pedía que nos quedáramos a cenar solo para poder pasar un poco más de tiempo con ella. Pero podía notar la desesperación en el mensaje de Leo, y había estado rechazando sus invitaciones desde que empecé a trabajar aquí.

—Leo me pide que vaya con ellos, aunque sea una hora —dije en voz baja, mordiéndome el labio inferior.

David no parecía muy entusiasmado con mi respuesta. —¿Por qué pide eso? Él y Gavin pueden salir solos. No son niños pequeños.

—¿Por qué hace que parezca que voy a ser su niñera? —pregunté, con las cejas fruncidas, dejando traslucir mi propio fastidio. ¿Qué le pasaba?

—¡No! No es eso —dijo rápidamente, defendiéndose mientras sacudía la cabeza—. Iré con ustedes. Me vendría bien un trago.

—Tiene una cena de negocios —le recordé—. Con Rowe Systems. Se han esforzado mucho por conseguir una reunión con usted, y esta noche es el único momento en que está disponible.

David apretó los dientes, con la molestia clara y evidente en su expresión. —¿Por qué siempre soy yo el que se queda atrapado en reuniones así?

Lo miré, sin saber qué le había puesto de tan mal humor. —¿Qué te pasa?

Y cuando me devolvió la mirada, fue entonces cuando lo vi: el más mínimo destello de dolor. Se pasó una mano por el pelo, enredando los dedos entre los oscuros mechones mientras se los peinaba. Parpadeó varias veces, como si estuviera volviendo a la realidad del momento.

—Nada —dijo, con voz suave y cansada—. Yo solo... he tenido demasiado trabajo, eso es todo.

Quizá fue la forma en que David se veía en ese instante y la suavidad de su voz al hablar lo que me conmovió, pero apreté los labios y le puse una mano en el hombro. —Oye, puedes reprogramar la cita. Quiero decir, claro, llevan meses intentando conseguir una reunión contigo, pero si estás cansado...

—Estaré bien —respondió David cortante con un pequeño suspiro —. Disfruta tu noche con los chicos, supongo.

Vi cómo David volvía a su oficina —con los hombros tensos y expresión sombría— y sacudí la cabeza. Llevo casi un mes trabajando aquí, pero esta era la primera vez que me encontraba a David con este tipo de humor. Siempre ha estado encorvado en su escritorio, revisando documentos, firmando papeles, aprobando solicitudes y asistiendo a reuniones por Zoom. Sinceramente, en

todo el tiempo que llevo aquí apenas he interactuado con él, lo cual era algo bueno.

Debería ser algo bueno. Pero, ¿por qué me preocupaba por él?

Sacudiendo la cabeza, guardé mis cosas en el bolso y salí, respondiendo a Leo que iría con ellos, pero que no me quedaría mucho tiempo. Él respondió que me esperaría en el estacionamiento y que nos encontraríamos con Gavin en el bar.

Leo estaba apoyado en su Land Cruiser blanco, haciendo girar las llaves en las manos mientras me esperaba. Lo saludé con la mano. —¡Hola!

Se iluminó en cuanto me vio y se ofreció a llevar mi bolso, abriéndome la puerta del copiloto para que subiera. Me maravilló lo espacioso que era su auto. Makayla también tenía un Land Cruiser, pero no era tan espacioso y el interior no era tan bonito como el de Leo. —Oh, vaya.

Leo me miró y se rió entre dientes. —No me digas que te gustan los autos. Eso terminaría de confirmar por qué David está tan loco por ti.

Fruncí el ceño y puse los ojos en blanco. Leo se ha sentido cómodo conmigo en el último mes, ya que hemos tenido muchas más interacciones, y estaba tan a gusto que se atrevía a bromear sobre aquella noche que pasé con David, aunque nunca la mencionamos realmente. Nunca mencionó cómo tuvo que ser él quien me diera la noticia de la partida de David esa vez, ni cómo fue él quien me dejó claro que David no estaba interesado en una relación.

Debería estar molesta con Leo porque él fue quien dijo todas aquellas cosas, pero sabía que solo estaba siendo honesto conmigo, y lo agradecía. Si no fuera por Leo, quizá me habría quedado colgada de David más tiempo del debido, y el dolor habría sido mil veces peor de lo que fue. Y quizá no habría podido concentrarme en amar a Ellie de la forma en que lo hice.

—Nunca tuve auto —dije encogiéndome ligeramente de hombros —. Ni siquiera uno heredado ni nada de eso. No podía permitírmelo, ni siquiera uno de segunda mano. Pero que nunca haya tenido uno no significa que no sepa apreciar un interior bien cuidado. Además,

el tuyo no es tan llamativo como el de David o el de Maki, así que está bien. A Ellie le encantaría este coche.

Esto último se me escapó antes de que pudiera pensarlo. Me quedé helada, cerrando los ojos un milisegundo con la esperanza de que Leo no hubiera captado el desliz. Pero lo hizo. Por supuesto que lo hizo.

—¿Ellie? —repitió el nombre de mi hija, y tragué saliva, pensando en cómo podía salir de la situación.

—La sobrina de Maki —dije, esperando sonar despreocupada. Técnicamente, Ellie era la sobrina de Maki, así que no estaba mintiendo exactamente. Solo esperaba que Leo no indagara demasiado. No tenía ni idea del árbol genealógico de Maki, y en ese momento me sentí agradecida de que Makayla le hubiera hecho ghosting a Gavin y él nunca hubiera cruzado la línea de "conocer a la familia". Tenía el presentimiento de que si lo hubiera hecho, sabría demasiado y, por tanto, Leo también, porque Gavin era un completo bocón.

La mirada de Leo estaba centrada en la carretera, pero lo vi asentir levemente. —Bueno, quizá si ambos estamos libres y Ellie también, podríamos llevarla al parque de juegos o algo así. Mi hermana en Hong Kong tiene hijos, y me gustaría poder pasar más tiempo con ellos, pero como vivo aquí, rara vez lo hago. Sería lindo tener a una niña con quien pasar el rato.

Una pequeña sonrisa asomó a mis labios. —¿Te gustan los niños?

—A los tres nos gustan —respondió con un ligero encogimiento de hombros—. De hecho, las únicas personas de la familia de David con las que él está dispuesto a pasar el rato son sus sobrinos. A veces los lleva a jugar laser tag o paintball. Creo que el tipo se asegura de ser el tío rico y favorito.

Asimilé todo lo que dijo, resultándome difícil imaginar que un hombre fiestero, amante del whisky y adicto al trabajo como David amara a los niños. Pero, de alguna manera, pensarlo hizo que mi corazón diera un vuelco, y la más pequeña —mínima— burbuja de esperanza empezó a gestarse en mi interior; si llegaba el momento en que le dijera a David la verdad sobre Ellie y él aceptara su papel en su vida, me alegraría que él también la amara como yo.

Finalmente llegamos al bar, y Leo dijo que Gavin ya estaba allí y había empezado a pedir bebidas tras encontrarnos una mesa. Todavía no había mucha gente, un marcado contraste con el lugar donde los conocí por primera vez, que entonces estaba lleno de gente. —Nunca he estado en un bar con tan poca gente.

Llegamos junto a Gavin justo cuando hice el comentario. —Eso solo significa que estamos aquí demasiado temprano y la diversión aún no ha empezado. Antes nos encantaba venir cuando estaba lleno para conocer mujeres, pero después de conocerte a ti y a Makayla, hemos preferido pasar el rato aquí a esta hora, cuando hay muy poca gente y todavía podemos escucharnos hablar.

Señaló las bebidas de la mesa. Una botella de Macallan 16 ya estaba allí, junto con dos vasos y una cubeta de hielo. Un vaso ya estaba mediado: el que Gavin estaba tomando. —Aún no he pedido para ti. ¿Qué quieres? ¿Champaña? ¿Una margarita? ¿O algún otro cóctel?

Yo no solía beber realmente. Cuando estaba en lugares como este, Makayla siempre era la que me pasaba algo de beber, y yo me aseguraba de que me durara toda la noche para evitar emborracharme. Pero después de que dejé de amamantar a Ellie, a veces Maki venía a mi departamento con una botella de cerveza fría y me daba una, y Dios, ese sabor refrescante era un alivio.

—¿Tal vez una cerveza? —pregunté, con voz algo avergonzada. Leo y Gavin se miraron, y Leo llamó a un mesero con la mano, pidió mi bebida por mí y luego me indicó que me sentara. El mesero regresó en un minuto y puso una Coors Light helada sobre la mesa.

Leo llenó su vaso con hielo y whisky, y Gavin levantó el suyo para proponer un brindis. —Por una noche de alivio del estrés del trabajo... y tal vez una oportunidad para el amor de nuevo.

Gavin me miraba, haciendo un puchero. —¿Tal vez puedas pedirle que se nos una?

Entorné los ojos juguetona. —Gavin, ¿me invitaste aquí solo para manipular una segunda oportunidad con mi hermana?

Se encogió de hombros ligeramente. —¿No me hace eso como el protagonista de una de las canciones de Taylor Swift? ¿"Mastermind"?

Solté una carcajada. Podía ver por qué sería el rival adecuado para Makayla. Parecía que los dos compartían la misma neurona, y quizá por eso Gavin estaba completamente loco por mi hermana. —Cariño, la desesperación no es el tipo de mi hermana.

La conversación fluyó libremente después de eso, con temas aleatorios que a veces tocaban el trabajo —mostrando el lado brillante e inteligente de ambos— y luego Gavin volvía la conversación hacia Makayla, preguntándome cómo estaba, dónde estaba y si creía que ella le daría otra oportunidad si él aparecía de casualidad donde ella estuviera.

Ni siquiera me di cuenta de que la cerveza que me estaba tomando estaba casi terminada, ni de que la botella de Macallan de la mesa también lo estaba, pero por lo mucho que Gavin hablaba y la mirada vidriosa de sus ojos, supuse que Leo tendría que ser quien lo llevara a casa, lo que significaba que probablemente yo debería pedirme un Uber.

Gavin se disculpó, diciendo que tenía que ir al baño y tambaleándose en su asiento para salir del reservado en el que estábamos. Leo se acercó a mí e inclinó ligeramente su vaso. —Siento que sea tan insistente con lo de volver a ver a Makayla. Debe de ser incómodo para ti.

Sonreí y terminé mi cerveza, sacudiendo la cabeza. —Está bien. Seré sincera, Makayla solo le hizo ghosting a Gavin por mí, para vengarse de David por haberme hecho ghosting de la forma en que lo hizo. Intenté detenerla, pero no escuchó. Gavin no hizo nada malo.

Gavin no era un mal tipo, y sinceramente creo que sería una gran pareja para Makayla. A pesar de su apariencia, Gavin tenía el humor que Makayla siempre buscaba en un hombre. Claro, al principio se sintieron atraídos físicamente, pero el hecho de que a Gavin todavía le gustara y estuviera dispuesto a buscarla a pesar del tiempo transcurrido inclinaba la balanza a su favor.

—Intentaré ayudarlo —dije finalmente—, pero no se lo digas todavía. No quiero que se haga ilusiones. Conozco a mi hermana. A veces, incluso cuando alguien le gusta, deja que su orgullo se interponga.

Leo soltó una risita y asintió. —De acuerdo. Pero, ¿y tú?

—¿Qué pasa conmigo?

Inclinó la cabeza hacia un lado, con sus ojos castaños oscuros interesados. —¿Tú también das segundas oportunidades? Porque creo que conozco a alguien que podría estar interesado en tener otra oportunidad contigo.

Contuve el aliento, desconcertada por su pregunta. Quería fingir confusión, o tal vez desinterés, y desviar el tema hacia otra cosa que no me pusiera en el centro de atención. Pero la mirada de Leo permaneció fija en mí, esperando mi respuesta.

—No me interesa estar con nadie en este momento —dije, asegurándome de sonar firme. Lo último que quería era mostrar lo mucho que me palpitaba el corazón en el pecho. Por primera vez desde que llegamos, deseé que la música estuviera más alta y que sus bajos retumbaran en nuestros corazones.

Antes de que Leo pudiera responder, sentí que alguien se acercaba a nosotros. La mirada de Leo pasó de mí a la persona que se nos había unido, con la sorpresa evidente en su expresión. —Dave, ¿qué haces aquí? ¿No tienes una reunión?

Pero David lo ignoró y me agarró de la muñeca, obligándome a levantarme. —Yo te llevaré a casa.

Retiré mi mano de su agarre, mirándolo con las cejas fruncidas. —¿Qué haces aquí? ¿Y por qué exiges llevarme a casa? Puedo pedir un Uber yo misma.

David respiró hondo y exhaló con brusquedad, justo cuando Gavin volvía dando tumbos a nuestro reservado. Vitoreó al ver a David. —¡Davey! ¡Estás aquí! ¿Quieres que pida otra botella de Macallan? ¿O quieres otra cosa? Tienen Dalmore aquí, pero puede que tengas que colaborar porque está muy, muy por encima de mi presupuesto.

—No. Estás borracho. Leo te llevará a casa. Yo llevaré a Bella.

—¡Pero mi auto! —se quejó Gavin.

—Haré que alguien lo recoja —le aseguró Leo, poniéndole una mano en el hombro—. Es hora de irse a casa, Gav. Has pasado tu límite y no quiero volver a limpiar lo que ensucies.

Leo se volvió hacia mí, con ojos de disculpa. —Te llevaría a casa para asegurarme de que estás a salvo, pero Gavin es difícil de manejar cuando está borracho. Estoy seguro de que David se asegurará de que llegues bien a casa.

Miró a David, que estaba de mal humor junto a mí; no estaba segura de con quién. Pero parecía que él y David estaban conversando con la mirada, porque Leo asintió y soltó una risita amarga, sacudiendo un poco la cabeza antes de agarrar a Gavin por la cintura y ayudarlo a ponerse de pie después de que se hubiera desplomado en el reservado.

—Gracias por acompañarnos, Bella. Y perdón por este imbécil de aquí —Leo señaló con la cabeza a Gavin y luego miró brevemente a David, como si quisiera decir algo más pero prefiriera no hacerlo—. Deja que él te lleve a casa. Sé que solo te tomaste una cerveza, pero me ayudará a dormir mejor por la noche saber que no te llevó un extraño cuando tienes alcohol en el cuerpo.

Se fue con Gavin después de eso, dejándome a solas con David. A regañadientes, seguí a David fuera del bar y nos paramos frente a su auto; ninguno de los dos hacía ningún movimiento. Me giré para mirarlo. Las cosas habían estado bien con nosotros últimamente: profesionales y civilizadas. Claro, hubo momentos y ciertas frases que cruzaron la línea, pero la línea seguía existiendo... hasta ahora.

—¿Qué haces aquí? Tenías una reunión —le dije, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Súbete al auto, Bella —dijo con voz cansada.

Pero seguía indignada. —No. Quiero saber por qué viniste. Quiero saber por qué estás de repente tan molesto y estuviste a punto de sacarme a rastras del bar incluso cuando estaba con gente que conocías. ¡Por qué estás tan enojado!

David respiró hondo y se apretó el puente de la nariz, apretando los labios. —Porque no... ¡no me gusta, ¿está bien?! No me gusta verte salir con otros tipos.

Fruncí el ceño. —¿Qué te importa a ti si salgo con otras personas? Eres mi jefe. Lo que yo haga fuera de la empresa no debería ser asunto tuyo.

David me miró y, por un breve momento, lo vi: el destello de vulnerabilidad en sus ojos, el dolor silencioso. —Porque Leo y Gavin sí pueden pasar el rato contigo de esa manera, pero si yo soy el que pregunta, tú me rechazas y me recuerdas que no cruce la línea, me recuerdas lo que hice, me recuerdas la forma en que te lastimé en aquel entonces. Desearía poder hacer eso también, Bella: que pudieras sentirte cómoda conmigo de la misma forma en que te sientes cómoda con ellos.

Capítulo Diecinueve

David

Mis manos apretaban el volante con fuerza. Todavía estaba frente a la casa de Bella. Ella se había bajado hacía diez minutos y yo seguía ahí, sentado en mi auto, mirando el pavimento de grava a través del parabrisas. Había una parte de mí que quería llamar a su puerta y decirle la verdad: *estaba celoso.*

Estaba celoso porque sentía algo por ella, pero ¿cómo se suponía que iba a decirle eso? ¿Cómo explicárselo cuando ni siquiera yo mismo podía entenderlo del todo? ¿Cómo fue que me enamoré de esta chica hace tres años? Solo fue una noche. Ni siquiera pasaron veinticuatro horas. *¿Cómo es que logré enamorarme de ella en ese corto tiempo?*

Ahí estaba. Ahí estaba la admisión de la verdad que tanto me había esforzado por ignorar porque no me parecía lógica, y yo creo que las cosas deben tener sentido. Pensé que me sentía atraído por Bella por su belleza, por su cuerpo, porque esa noche se hacía la difícil. Pero tres años después de desaparecer de su vida, nunca la olvidé.

Nunca olvidé su convicción de vivir una vida sencilla, la forma en que funcionaba su mente, la manera en que reía y sonreía y me miraba con una dulzura que nunca antes había visto en los ojos de nadie. Fue tan fácil —enamorarme de ella— que ni siquiera me di cuenta de que lo había hecho, e incluso ahora que mantenía la distancia, incluso cuando ella era firme con la línea que había trazado, seguía sintiéndome completamente cautivado por ella.

Un repentino golpe en la ventana me sacó de mi ensimismamiento, haciendo que mi cuerpo diera un brinco de sorpresa. Afuera, escuché una risita divertida, pero un rostro familiar me miraba con una pequeña sonrisa. Bajé la ventanilla. Solo la había visto una vez —la noche en el bar—, pero Gavin la había mencionado tantas veces en los últimos tres años que sentía que la conocía de mucho tiempo atrás.

—¿Makayla?

Ella asintió. —¿David, verdad? ¿Qué haces afuera de la casa de mis padres? ¿Viniste a buscar a Belly? ¿Hay alguna emergencia repentina de trabajo que la obligue a salir tan tarde? Le pagarán horas extras, ¿cierto?

Solté una risa seca y abrí la puerta del auto para salir. Sentía las piernas rígidas por haber estado sentado en el auto más tiempo del debido. —También me da gusto volver a verte, Makayla. Y no, estoy aquí porque la traje a casa. Salió a beber con Leo... y con Gavin.

Mencioné a Gavin al final a propósito, solo para ver si había alguna reacción de su parte. La hubo: sus ojos se entrecerraron mientras me miraba. —Sabes, aunque Belly haya entrado a tu empresa y trabaje como tu asistente, eso no significa que estés perdonado por lo que le hiciste. Como su hermana, tengo todo el derecho de darte una paliza, y solo porque sea mujer no significa que no pueda. Soy cinta negra en Taekwondo, David Hudson.

Pasándome una mano por el cabello, solté una pequeña risa pero asentí. —Para ser honesto, no me importaría que me dieras una paliza. Quizás me aclare un poco las ideas.

Makayla ladeó la cabeza y miró hacia la casa. Seguí su mirada y me pregunté qué estaría mirando. ¿Estaba Bella observando desde la ventana? Pero las persianas estaban cerradas y podíamos ver el parpadeo de la luz de una habitación —tal vez alguien estaba viendo televisión—, así que no podía ser ella, ¿verdad?

—Está bien, te la dejaré pasar por ahora. ¿Qué dices? ¿Me invitas a una cerveza fría de la tienda de conveniencia de la esquina y no te golpeo esta noche?

Su oferta me confundió. —¿Por qué?

Makayla me miró por un momento y se encogió de hombros. —No soy tonta, Hudson. Ya dejaste a mi hermana, pero sigues aquí, con esa cara... como si pudieras quemar un agujero en el suelo con la intensidad con la que lo estabas mirando. Dijiste que Belly solo fue a beber con tus amigos. Algo te molesta, y yo soy lo que en Filipinas llaman una *Marites*. Así que, cuéntame, querido CEO, dime qué tienes en mente.

Miré hacia la casa pero acepté su oferta, y los dos caminamos hacia la tienda de conveniencia más cercana a su hogar. Agarré

cuatro latas de cerveza —dos para cada uno— y luego me senté afuera de la tienda con ella. Ambos limpiamos la parte superior de las latas antes de abrirlas, dándole un trago antes de decir nada.

—¿Por qué desapareciste así de la vida de mi hermana? Yo te estaba apoyando, ¿sabes? Claro, quería que ella tuviera una noche de diversión solo para que entendiera la emoción de todo y dejara de ser la Virgen María y tal vez se encaminara hacia María Magdalena, pero no pensé que la estaba mandando en dirección a Judas.

La miré fijamente, procesando todo lo que acababa de decirme. —¿Qué?

Ella se rió. —Oh, lo siento. Paso demasiado tiempo en internet y tengo el hábito de aprender de todo. Pero solo responde la pregunta, Hudson.

Rebusqué en mi chaqueta, saqué un cigarrillo, lo encendí y le di una calada. Incluso le ofrecí uno a Makayla, pero ella lo rechazó. —¿Me darás un golpe en la cabeza si te digo que me aterraba estar con ella? Por eso desaparecí.

Esperé el golpe después de decir eso, pero Makayla no se movió. En cambio, le dio un sorbo a su bebida. —No, no lo haré.

—¿Me odias porque mi razonamiento fue insignificante?

—Sí.

—Bueno, maldita sea.

Ella se rió. —Maldita sea, en efecto. Pero el caso es que lo entiendo. Tenías miedo. Estabas en el punto más alto de tu carrera y, de repente, la vida te lanzó algo inesperado y no sabías cómo manejarlo. Te odio por lastimar a mi hermana, sí, pero sería una hipócrita si dijera que no entiendo cómo pudiste dejar ir a alguien tan genial como Bella de la forma en que lo hiciste.

—¿Es porque tú le hiciste lo mismo a Gavin?

Ella resopló. —Desaparecí de su vida solo para que pudieras presenciar personalmente cómo lastimaste a mi hermana. Lo hice para quedar a mano.

—¿Quedaste a mano a costa de alguien más?

—¡Oye, a qué viene ese juicio! ¡Yo no te juzgué a ti! ¿No puedes ofrecerme la misma consideración?

Le di otra calada a mi cigarrillo y expulsé el humo, sonriendo. —Lo siento. Pero realmente lo dejaste mal, ¿sabes?

Makayla murmuró algo entre dientes, algo que no logré captar del todo. —¿Entonces qué vas a hacer ahora? ¿Vas a recuperarla? ¿Todavía sientes algo por ella?

Me estaba lanzando las preguntas como ametralladora y no estaba seguro de cuál responder primero. —Primero, no estoy muy seguro de qué se supone que deba hacer. Planeo ganarme su perdón, pero también quiero mantener mi distancia por respeto a los límites que ella está marcando. No quiero ser invasivo. Después de todo, ahora tenemos una relación diferente.

—Segundo, sí quiero recuperarla. Ella es... diferente, ¿sabes? Me di cuenta la noche que nos conocimos, cuando llegué a conocerla más. La visión de la vida de Bella, la forma en que funciona su mente... Dios, es tan sexy. Es tan malditamente atractiva. Siempre me mantuvo a raya, e incluso cuando lo hacía, me seguía atrayendo. Y tercero, sí, todavía siento algo por ella. No me habría quedado sentado en mi auto diez minutos después de que ella hubiera entrado a tu casa si no fuera así.

—Sentarte en tu auto tanto tiempo no significa que sientas algo. Quizás solo estás cansado —rebatió Makayla con voz inexpresiva.

Tuve la sensación de que quería que lo dijera en voz alta. —Estoy enamorado de tu hermana, Makayla, y no sé qué hacer con los sentimientos que tengo porque esta es la primera vez en mi vida que siento esto por alguien.

Makayla sonrió, satisfecha con mi respuesta. —Bien. Entonces será mejor que te ganes su perdón. Te estaré apoyando.

Sus palabras me aligeraron el ánimo. —Bueno, es bueno saber que estás en mi equipo.

Makayla y I caminamos de regreso a su casa y yo me subí a mi auto. Ella se dirigía a la puerta principal cuando se detuvo y me miró. —Pero solo para que lo sepas, soy muy consciente de que Leo es un buen tipo. Si Bella me dice que él ha estado mostrando interés en ella, que tal vez le gusta, cambiaré mi apoyo hacia él en un abrir y cerrar de ojos. Entre ustedes tres, él es el más decente.

Con esas palabras, Makayla desapareció en la misma casa en la que estaba Bella y yo arranqué el auto. Cualquier alivio que hubiera sentido antes fue reemplazado por los mismos celos que sentí cuando escuché a Bella reírse de algo que Leo había dicho y cuando mencionó que él la había invitado a tomar algo después del trabajo. Estaba de un humor sombrío cuando llegué a mi departamento y, al entrar, el maldito demonio estaba descansando casualmente en mi sofá.

Por puro resentimiento, hice una bola con mis calcetines y se los lancé directo a la cara. El impacto lo hizo estremecerse y me fulminó con la mirada. —¿Qué demonios te pasa?

—¡¿Por qué la sacaste a salir?!

Frunció el ceño. —¿De qué diablos estás hablando? ¡Yo no saqué a nadie! Solo fui a beber con Gavin y Bella.

—¡Exactamente! —dije con exasperación—. Invitaste a Bella. La invitaste a beber. Estás siendo tan malditamente agradable con ella.

Leo todavía parecía desconcertado. —Porque *soy un buen tipo.* No entiendo por qué te estás haciendo tanto drama, Dave.

El suspiro de exasperación que solté fue casi involuntario porque sentía que estaba hablando con una pared. —¡Porque estás siendo el tipo de hombre que se supone que debería ser yo! ¡Te estás metiendo entre nosotros! No lo puedo creer, Lee. Sabes que me gusta. Demonios, eres consciente de que he estado enamorado de ella por tres años.

El silencio llenó el espacio mientras mi confesión parecía ocupar cada rincón de la habitación. Leo me miró con los ojos muy abiertos y luego, lentamente, una sonrisa se extendió por su rostro y comenzó a reírse, como si encontrara todo lo que acababa de decir terriblemente hilarante.

—Espera, ¿estás celoso de mí? —dijo entre risas. Incluso estaba aplaudiendo—. Dios, ¿sabes cuánto tiempo he estado esperando este momento? ¿Cuántas veces he deseado que hubiera una chica que te gustara y a la que también le gustara yo? Porque ¿cuántas veces pasó eso entre nosotros? Todas las chicas a las que intenté impresionar en la universidad se volvían locas por ti cuando las llevaba a nuestro viejo departamento y te conocían.

—¡No es mi culpa ser guapo!

—Y no es *mi culpa* que arruinaras las cosas entre tú y Bella y que ella se sienta más cómoda conmigo ahora de lo que se siente contigo. —Leo cruzó los brazos sobre el pecho, mirándome con suficiencia. Quise darle un golpe en la cabeza, pero terminé sentándome a su lado en el sofá y suspirando—. Sabes, hace tres años te dije que lo intentaras, pero tú insistías en que Bella era una distracción.

Le lancé una mirada furiosa. —Podrías haberte esforzado más en convencerme de eso, sabes, y tal vez entonces no estaría en este lío.

Leo me dio un golpe en la cabeza. —No me eches la culpa a mí, idiota. Que estés en este lío es obra tuya y, además, has sido distante con Bella en la oficina. Aparte de las cosas que necesitas que haga por ti, ella es básicamente invisible para ti.

—¡Eso no es cierto! —argumenté—. Solo he estado tratando de darle espacio, ¡pero ahora me doy cuenta de que no es una buena idea porque tú has estado apareciendo como el Príncipe Azul!

Leo se rió a carcajadas e incluso hizo el gesto de limpiarse las lágrimas de los ojos. —Hermano, te vi irte en picada estos últimos tres años porque no estabas con Bella. No soy tonto, ni soy un patán. No te la estoy robando. Pero dejemos una cosa clara...

Lo miré con el ceño fruncido. —¿Qué?

Las comisuras de sus labios se curvaron en una sonrisa burlona. —Bella es una persona maravillosa. Si le rompes el corazón y lo arruinas por segunda vez, no me hago responsable de qué tipo de sentimientos termine teniendo por ella, así que será mejor que te asegures de que cuando te la juegues esta vez, anotes.

Capítulo Veinte

Bella

Al principio todo fue sutil: dulces y chocolates en mi escritorio, de esos pequeños para que nadie más fuera de mí los notara. Una vez, apareció una rosa blanca acomodada cuidadosamente entre las páginas de mi cuaderno. Luego, fue una taza de matcha caliente, todavía humeante, de una tienda que yo sabía que era bastante cara.

Pensé que eran Leo o Gavin. Gavin, para disculparse. Leo, simplemente porque era amable. Pero cuando les pregunté, negaron rápidamente con la cabeza y me dijeron que no tenían nada que ver. Fuera de ellos, no tenía otros amigos en la oficina. Claro, Claudia y Maria eran amables conmigo, pero nunca salíamos juntas, y nadie me invitaba a almorzar, así que normalmente me quedaba sola si Leo y Gavin estaban ocupados.

Solo había una persona más con más probabilidades de estar haciendo todo esto, y no estaba muy segura de si debía confrontarlo... o tal vez simplemente me daba miedo hacerlo. Así que guardé silencio al respecto. No ignoré los regalos. Me comí los dulces y los chocolates e incluso puse la rosa solitaria en una taza para que no se muriera. Pero las cosas cambiaron por completo cuando, un día, David me pidió que fuera a su oficina.

—¿Necesita algo? ¿Quiere que le pida el almuerzo?

—Ya pedí el almuerzo.

—Ah, ¿ya llegó? ¿Tengo que ir a buscarlo a la recepción?

David sacudió la cabeza. —No, ya hice que alguien lo trajera.

Fruncí el ceño. —Entonces, ¿para qué me llamó?

Alguien llamó a la puerta y David le dijo que pasara. Era uno de los empleados de limpieza de la empresa, traía unas bolsas de papel madera que debían estar llenas de comida. Le entregó un poco de efectivo al empleado como agradecimiento y luego procedió a acomodar la comida en la mesa de centro con total naturalidad, como si llevara mucho tiempo haciendo esto.

Y luego, cuando todo estuvo listo, me miró con una sonrisa en el rostro. —Para almorzar juntos. Vamos a comer, Bella.

Me quedé de pie, mirando a David como si le hubiera salido otra cabeza porque, ¿qué demonios estaba haciendo? —¿Quiere almorzar conmigo? ¿Aquí? ¿En su oficina?

Él miró a su alrededor, frunciendo el ceño por un momento, y luego se encogió de hombros. —La comida que pedí es para dos. No veo a nadie más por aquí. Así que sí, quiero comer contigo, en mi oficina, justo ahora.

—Puedo llamar a Leo o a Gavin.

—Ambos tienen almuerzos de negocios. No la habría llamado si supiera que estaban disponibles. —Pero incluso mientras decía eso, realmente no creía que lo dijera en serio. Por alguna razón, empezaba a tener la sensación de que el David que tenía delante ahora mismo era el mismo hombre que conocí hace tres años: persistente e inquebrantable, seguro de lo que quería, y no se detendría hasta conseguirlo.

Finalmente, David dejó escapar un suspiro. —Me estoy empezando a sentir solo comiendo por mi cuenta, Bella, así que por favor, solo toma asiento y come conmigo. Pedí suficiente para los dos.

Tal vez fue el olor de la barbacoa coreana colocada precariamente en la mesa de centro o el hecho de que la única vez que podía comerla era cuando Makayla se antojaba —lo cual no era frecuente— lo que me hizo decidirme a sentarme en el sillón extra y empezar a servirme comida. David acercó un plato hacia mí, y los dos comenzamos a comer tranquilamente en un silencio cómodo, y tal vez incluso amigable.

Me venían a la mente preguntas que quería hacerle pero que no lograba expresar. Tal vez tenía miedo de arruinar el momento, o tal vez no quería escuchar su respuesta. Las cosas entre David y yo iban bien. Claro, hubo momentos en los que nos adentramos en aguas peligrosas, pero él respetaba los límites que yo había establecido y nunca intentó cruzarlos por completo.

Hasta ahora, supongo.

—Pedí café —dijo David de repente—, y también hice que uno de los empleados lo trajera para nosotros. Le pedí un latte de vainilla. Su orden no ha cambiado, ¿verdad?

Recordé la noche en que me llevó a la cafetería después de que salimos de la discoteca. Él lo recordaba igual que yo recordaba que a él le gustaban los dulces. —Sí. Latte de vainilla. Sigo pidiendo lo mismo.

David asintió lentamente cabeceando. —¿Puedo hacerte una pregunta personal?

Fruncí el ceño mientras envolvía un trozo de carne en lechuga y me lo metía en la boca después de mojarlo en la salsa. —Está bien, pero no la responderé si siento que invade demasiado mi privacidad.

—¿El latte de vainilla es su verdadera preferencia de café o lo pidió en aquel entonces porque era lo más barato del menú?

Incliné la cabeza hacia un lado. —Hmm. En aquel entonces, me dijo que elegir vainilla era mi sello. Recuerdo que usó las palabras...

—Seguro y predecible —terminó él por mí con un ligero encogimiento de hombros—, pero por cómo terminó esa noche, usted no fue exactamente predecible.

Entorné los ojos ante su afirmación, sorprendida de que estuviera eligiendo abrir un tema que sabía perfectamente que teníamos prohibido discutir. —David...

Él bajó sus palillos y dejó escapar un suave suspiro. Se quedó callado un momento, con el ceño fruncido mientras miraba la comida en la mesa, y luego, lentamente, levantó la mirada para encontrarse con la mía. —Lo siento, Bella.

Las palabras quedaron flotando en el aire; una disculpa silenciosa y sencilla a la que podría haber añadido más explicaciones —para defenderse, para parecer mejor y más humano— pero no lo hizo. Lo dejó así, y por alguna razón, esas dos palabras fueron suficientes para mí. Sonaron más sinceras que cualquier cosa que me hubiera dicho antes.

—¿Por qué se disculpa de nuevo? —pregunté en voz baja.

Él tragó saliva y se encogió un poco de hombros. —Solo quería hacerlo, supongo. Decir esas palabras sin ninguna razón añadida o argumento que me hiciera quedar como un hombre mejor o lo que sea.

Recordé cuando me invitó a cenar. Esa noche, me había dicho que quería ganarse mi perdón, que quería otra oportunidad para

conocerme, y luego pensé en cómo había actuado la noche que salí a beber con Leo y Gavin. Fue la única vez que David actuó de esa manera: molesto y enérgico, pero aun así totalmente contenido y derrotado.

Frente a mí, David miraba fijamente la comida, como si fuera a transformarse en otra cosa si le ponía suficiente fuerza de voluntad. —Estaba celoso anoche, no porque salieras a beber con Leo y Gavin, sino por lo cómoda que estabas con ellos, especialmente con Leo. Allí —aquí— no hay una animosidad oculta entre ustedes dos.

Puede que Leo fuera quien me diera la noticia de que David se había ido esa mañana, pero no guardaba rencor contra él. No era más que un mensajero. —David, Leo y Gavin no fueron los que desaparecieron sin dejar rastro. Es cierto que Gavin también pagó los platos rotos por lo que me hiciste porque Makayla se puso difícil, pero ¿cómo no voy a estar cómoda con dos personas que nunca hicieron nada para lastimarme?

Ahí estaba, lo puse todo sobre la mesa. Sentía que habíamos estado andando con pies de plomo con el tema, y pensé que si trazaba una línea, podríamos mantener las cosas profesionales. Pero era difícil predecir a David. En un momento respetaba totalmente mis límites, y al siguiente actuaba como si fuera mi dueño, convirtiéndose en un monstruo de ojos verdes.

—Lo sé —dijo con voz suave mientras agarraba un trozo de carne con los palillos y preparaba un envuelto en sus manos. Luego, me lo ofreció antes de preparar otro para él. Lo miré fijamente, tratando de descifrar qué estaba haciendo o qué pasaba por su mente. Cuando finalmente levantó la vista y se encontró con mi mirada, fue cuando lo vi por primera vez desde que nos habíamos reencontrado.

David estaba herido. Y no tenía sentido para mí.

—¿Por qué le molesta tanto? —pregunté, incapaz de contenerme más. —No hay nada entre nosotros. Lo que tuvimos está en el pasado, y seguirá en el pasado. Me lastimaste en aquel entonces, David, y aunque ahora pueda aceptar tu disculpa, eso no significa que esté abierta a estar contigo de esa manera... o de cualquier otra que no sea como mi jefe.

¿Pero por qué, incluso cuando decía esas palabras —incluso cuando rezaba a cada dios que conocía— no podía oír convicción en mi propia voz? Sonaban huecas, incluso para mí, y tuve la sensación de que para David era lo mismo porque me estaba mirando fijamente ahora, con sus ojos oscuros enfocados únicamente en mí, como si yo fuera lo único en la habitación que pudiera ver en 4K.

—¿Y si la quiero de nuevo? ¿Y si la anhelo de una manera que usted desearía que no lo hiciera, pero de la manera en que siempre lo he hecho?

Casi me atraganto con la carne que intentaba comer cuando hizo esa pregunta, arrepintiéndome de haber hecho ese espectáculo de comer para fingir indiferencia porque no esperaba que dijera tal cosa, que preguntara tal cosa... que se desnudara emocionalmente frente a mí.

—¿Qué?

La mirada de David permaneció firme e inquebrantable, como si estuviera escudriñando directamente mi alma, hablándole directo a mi corazón. —Estaba celoso porque desearía que pudieras estar tan cómoda conmigo como lo estás con mis amigos, pero también porque me vuelve loco saber que otros hombres pueden estar contigo, pueden acercarse a ti, pueden hablar contigo... *hombres que no soy yo.* Quiero ser el único para ti, Bella.

—Anhelo tanto amarte que me duele físicamente no poder hacerlo libremente.

Capítulo Veintiuno

Bella

Es *posible* que esté sufriendo un ataque de pánico. No deseaba nada más que marcar por fin mi salida de la oficina y correr al refugio seguro de mi hogar —bueno, el de Ivy, ya que Ellie estaba allí—. Cuanta más distancia pusiera entre Core Axis y yo, o cualquier lugar donde estuviera David, más relajada me sentiría.

Pero, como las vueltas del universo lo quisieron, estaba atrapada en la oficina porque la junta directiva había convocado a una reunión de emergencia y, como asistente de David, yo debía estar presente. Parecía haber un problema con las acciones o algo así —y realmente debería estar prestando atención en caso de que David me pida el acta de la reunión—, pero no podía concentrarme.

Anhelo amarte tanto que me duele físicamente no poder hacerlo libremente. Su voz cuando pronunció esas palabras, la forma en que sus ojos se clavaron tan profundamente en los míos... todo se repetía en mi cabeza como si alguien lo hubiera puesto en un bucle y el dispositivo hubiera fallado, así que ahora estaba estancada con esas palabras por el resto de mi vida.

Nunca había querido salir huyendo de una habitación tanto como cuando las palabras de David calaron hondo en mí. Afortunadamente, los golpes en la puerta me sacaron de mi ensimismamiento y devolvieron la lógica a mi cerebro bajo la forma de Claudia queriendo reunirse con David. Casi la beso de la gratitud, y salí disparada de su oficina a una velocidad mayor que la de la luz.

Pero cualquier distracción —o escape por los pelos— que tuve antes, se había disipado. Estaba de vuelta en la misma habitación con David, y lo único que se interponía entre nosotros era la montaña de papeleo y los problemas de la empresa que exigían su atención, y aquellos que yo debía leer antes de entregárselos para que los revisara.

En algún momento, David soltó un fuerte suspiro y se pasó una mano por el cabello, reclinándose en su silla y mirando al techo antes de frotarse las manos sobre el rostro. Lo miré, y una punzada de preocupación me recorrió. Después del almuerzo, había estado

tan inundado de trabajo que la única vez que había vuelto a salir de su despacho fue para la reunión de emergencia.

—Esto es agotador—murmuró, todavía mirando al techo—. Uno pensaría que después de trabajar duro para llegar a este punto, finalmente podría salir a las cinco, tal vez relajarme en mi bote y esas cosas.

Me reí para mis adentros, imaginando a David en esa situación. —Eso te encantaría. Pero, por otro lado, no creo que relajarse sea lo tuyo. Eres más del tipo parrandero.

—Podríamos ir de fiesta en mi yate—dijo David rápidamente—, si eso es lo que quieres, pero siento que preferirías estar recostada en una silla con un libro.

Fruncí el ceño. —¿Por qué estaría yo en tu bote?

—Porque te vas a enamorar de mí—dijo con tal sencillez, con tal confianza, que sentí que mis mejillas se calentaban. Tuve que bajar la mirada, concentrándome en la tableta en mis manos, maldiciéndolo en mi cabeza por ser tan galán.

—Debería preparar café—, dije, poniéndome de pie de repente, desesperada por salir de la habitación.

—Puedo pedir que traigan un poco.

—No, creo que un café caliente vendría bien. El que tenemos en la cocineta de este piso debería estar bien.

—Sabe a basura, Bella.

—¿Cómo sabes a qué sabe la basura? ¿Acaso has comido porquería?— Tal vez era mi ansiedad, o tal vez mi cerebro estaba fallando por completo, razón por la cual terminé diciendo semejante tontería.

David se rió de mí, divertido. Luego se levantó, y de repente me quedé clavada en mi sitio, observando cada uno de sus movimientos. Se quitó el saco y lo colocó pulcramente en un perchero antes de subirse las mangas hasta los antebrazos, dejando sus venas y músculos a la vista. Caminó hacia un lado de su oficina, abriendo unos gabinetes negros que revelaron un rincón de café.

—¿Desde cuándo tienes eso?

Me lanzó una mirada y se encogió ligeramente de hombros mientras empezaba a moler los granos de café y a pesarlos antes de

añadirlos con cuidado a un filtro de papel. Luego puso a calentar una tetera de cuello de cisne. Se puso frente a mí, apoyándose en el mostrador y cruzando los brazos sobre el pecho. Su camisa de vestir blanca le hacía justicia a su pecho musculoso, acentuándolo aún más.

Y Dios, mi cerebro... Los recuerdos de aquella noche me inundaron en ese mismo instante. La forma en que David me había sostenido en sus brazos, cómo se sentía su cuerpo contra el mío. Solté un suspiro tembloroso mientras esperaba su respuesta, haciendo lo posible por mirar la tetera que estaba calentando. Casi podía ver el vapor saliendo de ella.

—Desde hace un tiempo. Antes de tener asistente —o una que se quedara tanto tiempo como tú—, yo mismo preparaba mi café. Me gusta hacerlo yo mismo porque me permite distraerme de la montaña de papeleo y reuniones que requieren mi atención.

—¿Cómo es que no te preparas el café tú mismo ahora que estoy aquí?

—Porque usaría cualquier excusa que se me ocurriera con tal de verte entrar en mi oficina.

La tetera silbó y David comenzó a verter lentamente el agua sobre el papel de filtro. El fuerte aroma del café inundó su oficina, pero mi corazón ya latía con fuerza, y tenía la sensación de que no eran palpitaciones provocadas por la cafeína. Observé cómo David servía el café en dos tazas y luego me tendía una con una sonrisa.

Pensé que volvería a su escritorio, pero decidió sentarse de nuevo en el sofá, justo frente a mí. Sorbió su café, con los ojos clavados en mí.

—¿No vas a sentarte?— preguntó con calma, y yo me senté lentamente frente a él, con mi ritmo cardíaco todavía tan errático como los pensamientos que pasaban por mi mente.

Tomé un sorbo lento de café, percibiendo las notas de caramelo que perduraban en la taza.

—Hay azúcar si quieres, ¿o soy lo suficientemente dulce para ti?

Lo dijo con tanta picardía, con una leve sonrisa jugando en sus labios mientras pronunciaba esas palabras, y tomó otro sorbo lento de su propia taza.

Cielos, ¿este hombre sabe el efecto que tiene en mí? Estaba entrando en una espiral interna frente a él, y él estaba teniendo un espectáculo en primera fila y claramente lo disfrutaba.

Concéntrate, Bella. Estás cerca de los treinta. ¡Ya no eres una maldita adolescente hormonal! Pero, Dios, mi mente no dejaba de repetir la noche que David y yo compartimos hace tres años, como si fuera un tesoro que mi mente hubiera desenterrado de lo más profundo de mi cerebro, incluso cuando pensaba que lo había enterrado y olvidado por completo.

—Bella—la voz de David sonó profunda cuando pronunció mi nombre; el sonido reverberó hasta mi núcleo—. Necesito que dejes de mirarme así, porque me recuerda demasiado a cómo estabas esa noche.

Tragué el nudo que tenía en la garganta. La temperatura de la habitación parecía subir, volviéndose más sofocante. Casi podía sentirme sudar. No estaba segura de si todo estaba en mi cabeza o si el calor repentino era una experiencia compartida. —¿Y cómo estaba yo esa noche?

La pregunta salió de mi boca antes de que pudiera reconsiderarla, antes de que pudiera siquiera pensar en detenerme antes de preguntar algo así. Pero ya estaba allí, flotando en el aire, casi tangible. Mis ojos se abrieron un poco después de darme cuenta, y quise retirar las palabras, atraparlas en el aire y forzarlas a volver a mi boca, o desear tener algún tipo de magia que pudiera engañar a David para que olvidara lo que acababa de decir.

Pero todo estaba dicho y hecho, y esa simple pregunta fue suficiente para desvanecer lentamente la línea que yo había trazado cuando me contrataron para el puesto. Fue como si algo en David encajara en su lugar; casi podía ver los engranajes en su cabeza girando. Se estaba dando cuenta de mi lucha interna y podía o bien aprovecharse de mis defensas repentinamente bajas o dar un paso atrás y dejarme decidir.

—Hiciste que no quisiera a nadie más que a ti—, dijo en voz baja. —Seré honesto, Bella. Intenté estar con otras mujeres después de ti, pero ninguna pudo compararse jamás con la noche que pasé contigo.

—Solo dice eso porque usted se llevó mi virginidad. Sigue pensando que las palabras dulces pueden convencerme.

—Cariño, tú y yo sabemos que no importa cuánta azúcar le ponga a mis palabras, nunca será suficiente para tenerte.

Podía intentarlo con todas mis fuerzas, construir muros más altos de lo que ya eran, pero cada palabra que David decía, cada mirada, derrumbaba cada maldito ladrillo que yo intentaba colocar. No estaba segura de qué me estaba pasando. Sabía en lo más profundo de mi corazón que seguía siendo racional, que aún podía convencerme de no hacer esto, pero Dios, *mi cuerpo.* Mi cuerpo sabía lo que quería —lo que *necesitaba*— y él estaba justo ahí, frente a mí.

Solo una noche, Bella. Una noche con tus defensas bajas, una noche con David Hudson una vez más. ¿Por qué no te rindes y ya?

Dios, tenía todos los impulsos de arrancarme el cabello si eso significaba que podía eliminar esos pensamientos de mi cabeza. Ni siquiera podía culpar de mi decisión al alcohol esta noche. Lo único a lo que podía culparla era a la pura lujuria y el deseo, a un momento en el que soy totalmente humana y cedo a lo que mi cuerpo quiere. Tal vez los hombres no eran los únicos impulsados por sus hormonas; las mujeres también.

Y esta noche, yo estaba dispuesta a ser una víctima. *Me ofrezco como tributo.*

—Y ahora mismo, si le digo que yo también lo quiero, ¿qué hará? — pregunté, con la voz tan baja que casi era un susurro, pero David y yo éramos los únicos en la habitación y él escuchó la pregunta con total claridad.

Vi el cambio en su conducta rápidamente. Sus pupilas se dilataron —y estaba convencida de que era el deseo lo que llenaba sus ojos— y, en un abrir y cerrar de ojos, David estaba parado justo frente a mí. —La decisión es suya, Bella. Siempre ha sido suya. ¿*Usted me quiere*?

Se inclinó más cerca cuando hizo la pregunta, sus brazos me rodearon al apoyarse en los brazos de la silla donde yo estaba sentada. Inhalé su aroma —madera de cedro y salvia, y el más mínimo aroma a humo de barbacoa— y me desmoroné ante él.

—Lo quiero.

David no hizo ningún movimiento de inmediato. Permaneció inmóvil donde estaba, tan malditamente cerca de mí que podía sentir su aliento en mi piel, pero todavía lo suficientemente lejos como para contenerse si era necesario. No sé por qué se seguía conteniendo cuando yo ya le había dado permiso —tal vez me estaba dando una última oportunidad para retractarme de todo.

Lentamente, su mano subió —pausada y deliberada—, sus dedos trazaron mi mandíbula, inclinando mi rostro hacia arriba para encontrar su mirada. —Dígame que me detenga, Bella.

Pero no lo hice. En cambio, fui yo quien hizo el movimiento. Presioné mis labios firmemente contra los suyos, y eso fue todo lo que necesitó para desatar todo el deseo que había intentado mantener enterrado en su interior.

Su boca se movió contra la mía como si estuviera hambriento de tal intimidad, como si no hubiera besado a nadie en mucho tiempo, como si hubiera estado esperando a que yo llegara a su vida; no fue precipitado ni brusco, pero mientras sus labios se movían contra los míos, pude sentir la devastadora certeza de cuánto me deseaba.

Todo a nuestro alrededor pareció haber desaparecido mientras me derretía en los brazos de David. Me guio hacia el sofá, empujándome suavemente sobre él para romper nuestro beso. Su boca ya estaba inflamada. —¿Quiere esto, Bella?

Ahí estaba de nuevo: David pidiendo permiso. Asentí con la cabeza, mientras cada pensamiento lógico desaparecía de mi mente. —Sí, lo quiero, David.

No necesitó que se lo dijeran dos veces. Desapareció de mi vista una fracción de segundo para cerrar con llave la puerta de su oficina y, cuando volvió, separó mis piernas y me quitó la falda y las bragas que llevaba puestas.

Sus ojos estaban nublados por la pasión mientras me miraba, sus dedos se sumergieron en mi centro, sintiendo lo húmeda que ya estaba por él. Yo ya estaba perdida en la lujuria y el deseo, cediendo a las necesidades que me había dicho a mí misma que no tenía.

Pero Dios, lo necesitaba. Lo necesitaba dentro de mí *ahora.*

Capítulo Veintidós

David

Trabajé duro toda mi vida para alcanzar el tipo de éxito al que siempre había aspirado desde niño, más allá de la riqueza y la influencia de mi familia, pero solo hasta ahora podía decir que era verdaderamente, y sin duda alguna, *feliz.* Dios, hasta iba silbando cuando llegué al trabajo y dándole los buenos días a cada persona con la que me cruzaba. Las miradas de sorpresa en sus rostros llamaron mi atención, pero no me importó. Diablos, podría darles a todos un bono repentino solo porque estaba emocionado. Pero eso podría causar un agujero en nuestras finanzas, así que tal vez simplemente podría pedir café para todos.

Llamé a la cafetería y les pedí que llevaran café a cada empleado en cada piso —incluso a ellos mismos— y dije que les daría mi tarjeta personal más tarde para pagar todo. Bella ya estaba en su escritorio cuando llegué a nuestro piso, y le guiñé un ojo al pasar; los dos compartimos una sonrisa secreta antes de que yo cerrara la puerta de mi oficina.

Cerca de una hora después, Leo y Gavin irrumpieron en mi oficina, ambos mirándome con sospecha. Leo levantó la taza de café que tenía en las manos. —Sé que eres generoso, Dave, pero no eres del tipo que invita a la gente en un día *cualquiera*.

—¿Vinieron los dos a mi oficina para agradecerme por la bebida o para hacer preguntas?

—¿Cuándo te hemos dado las gracias alguna vez? —preguntó Gavin, sentándose despreocupadamente en el sofá. Mi mente voló a la noche anterior, a las cosas que ese sofá había presenciado. Maldita sea. Me reí para mis adentros mientras me levantaba y me dirigía al rincón del café en mi oficina, que apenas había usado desde que Bella empezó. Pero después de la noche anterior, le prepararía una taza cada día por el resto de mi vida.

Empecé a calentar la tetera mientras medía los granos que iba a usar. Estaba preparando café para Bella y para mí, excluyéndonos a propósito de la invitación que le hice al resto de la empresa. El café

de la cafetería no era malo, pero después de anoche, prepararle café podría ser mi nueva actividad favorita en el mundo.

Mientras esperaba que el agua hirviera, usé el intercomunicador y le pedí a Bella que entrara. Cuando entró, yo ya estaba vertiendo el agua lentamente sobre el café molido. Leo y Gavin levantaron la cabeza como suricatos al verla entrar.

Ella ladeó la cabeza, con expresión confundida. —¿Qué está pasando?

Terminé su taza y me acerqué a ella, entregándosela suavemente, con cuidado de no derramar el líquido caliente en sus manos, y le di un beso en el costado de la cabeza: una demostración total de afecto. Leo estaba a mitad de un sorbo cuando lo vio, mientras que Gavin, que ya estaba bebiendo el suyo, lo escupió cómicamente justo después. Desafortunadamente, cayó sobre Leo.

—¿Qué carajos? —se quejó Leo, fulminando a Gavin con la mirada mientras se ponía de pie. Los ojos de Bella se agrandaron y se apresuró a dejar su taza en la mesa de centro antes de agarrar una caja de pañuelos de mi escritorio para dárselos a Leo—. Te lo juro por Dios, Gavin, voy a matarte un día y a enterrarte en algún lugar donde nadie encuentre tus restos.

Pero a Gavin ni siquiera le perturbó lo que le hizo a Leo. Ni siquiera creo que se diera cuenta. Nos miraba fijamente a Bella y a mí, y luego levantó un dedo, señalándonos a los dos. —¿Ustedes dos están..., pasó algo..., ustedes dos están juntos?

Bella se quedó gélida. Puse los ojos en blanco, acercándome a ella una vez más y pasando perezosamente un brazo sobre sus hombros, atrayéndola hacia mí. —Lo que seamos no es asunto tuyo, Gavin, pero si el mundo se acabara hoy, no habría lugar en el que prefiriera estar que al lado de Bella.

Centré mi atención en Bella, que me miraba como si intentara desesperadamente leerme la mente. Debía de estar confundida porque no habíamos discutido nada anoche. Honestamente, estábamos tan perdidos el uno en el otro que perdimos la noción del tiempo, y cuando llevé a Bella a casa, ella literalmente salió corriendo de mi auto como si llegara tarde a algo.

Ella me envió un mensaje anoche, diciéndome que aunque lo que pasó entre nosotros era todo lo que no quería que ocurriera, al final fue su elección que sucediera. Me dejó claro anoche que me deseaba, de la misma manera que yo la deseaba a ella. Puede que no haya sido una confesión de amor, pero para alguien sin experiencia en tales asuntos, yo estaba dispuesto a aceptar lo que fuera esto antes de elegir ponerle algún tipo de etiqueta.

Bella me tomó de la mano, acercándome más. —¿Qué estás diciendo, David?

—Que quiero estar contigo, y mis amigos están aquí para ser testigos de eso —dije con una sonrisa, mientras mi pulgar acariciaba su mano.

Ella frunció el ceño, con el miedo brillando en sus ojos. —Soy tu asistente. No creo... lo de anoche... sé lo que dije... pero...

—El secreto está a salvo con nosotros, Bella —intervino Leo. Su camisa estaba manchada, pero ya no parecía tan molesto—. Ni siquiera Gavin ni yo queremos que las cosas se te compliquen aquí. Algunos de los empleados tienen... una especie de relación parasocial con nosotros. Como todos seguimos disponibles, piensan que pueden conquistarnos si nos coquetean todo el tiempo.

Ante sus palabras, Bella entrecerró los ojos y me miró. —Cuando me contrataste, me dijeron que todos los mensajes dirigidos a ti pasarían por mí, pero que habría algunos que tú gestionarías personalmente. ¿No me digas que has estado recibiendo propuestas indecentes y disfrutándolas? *¿Y respondiéndolas?*

Mis ojos se abrieron ante su acusación. No llevábamos ni una hora en lo que fuera que fuera nuestra relación, y ella ya me estaba regañando. —¡No! Por eso pedí que algunos mensajes me llegaran directamente, para poder rechazarlos todos personalmente. Si llegaban a una asistente, les daba a esas mujeres la idea de que tal vez tendrían una oportunidad, y ninguna de ellas la tendrá nunca porque la única mujer que he querido eres tú.

—Qué galán —comentó Leo, riendo entre dientes.

Parecía que Leo estaba genuinamente feliz por Bella y por mí, pero Gavin estaba de mal humor. —¡Esto no es justo! ¿Cómo es que

tú te quedas con la chica otra vez y Makayla todavía me tiene bloqueado en las redes sociales?

Se estaba quejando, lo que hizo que Bella soltara una carcajada. —Maki ha estado tan ocupada últimamente que no nos hemos visto en toda la semana. Pero le enviaré un mensaje y le preguntaré si está libre esta noche para cenar y les organizaré una cita.

Gavin se iluminó ante la idea, pero se volvió hacia mí. —Vas a reservar todo el restaurante para mi maldita cita.

—¿Por qué demonios haría eso? —pregunté, atrayendo a Bella más hacia mí e inhalando el dulce aroma de su champú. *Dios, olía tan bien.*

—Porque podría haber tenido una oportunidad con Makayla hace tres años si no hubieras desaparecido de la vida de Bella —dijo Gavin, mirándome como si yo fuera la razón de su miseria.

Bella soltó una risita a mi lado. —No se equivoca. Maki se negó a verlo por mi bien. Pensó que si yo no podía vengarme de ti, ella se vengaría con Gavin.

—¡Yo solo fui una víctima colateral! —se quejó Gavin, mostrándose exageradamente dramático. *Este hijo de perra.*

—Está bien —dije, porque sentía que Bella me miraba con los mismos ojos de perrito que Gavin, aunque él no se veía ni de cerca tan adorable como ella—. Te avisaré cuando haya reservado un restaurante para ustedes dos. Bella ni siquiera ha contactado a Makayla todavía.

Gavin lanzó un puñetazo al aire. —¡Podría besarte ahora mismo, hermano! Todos iremos en citas dobles, a cenar y de aventuras, y no incluiremos a Leo porque es un maldito arrítmico.

Leo le dio un golpe en la nuca. —Solo porque no estés al tanto de mi vida amorosa no significa que no esté saliendo con nadie, idiota.

Los dos salieron de mi oficina, todavía discutiendo como los niños pequeños que siempre fueron, dejándonos por fin a Bella y a mí en paz. Me giré para mirarla, entrelazando mis manos con las suyas y sujetándolas con fuerza, como si pudiera desaparecer frente a mí si no lo hacía.

—¿Estás de acuerdo con lo que dije? De que quiero lo que tenemos ahora...

Ella respiró hondo. —Realmente no tenemos una etiqueta para lo que es esto, David, pero seré honesta, me aterra ponerle una etiqueta. Todo lo que sé es que me gusta lo que es, y puede que necesite algo de tiempo para procesarlo todo.

Por alguna razón, mi cerebro lo tradujo como que Bella no estaba al mismo nivel que yo —que no estaba enamorada de mí de la forma en que yo lo estaba de ella— y me prometí a mí mismo que me aseguraría de que se enamorara de mí, tan fácilmente como yo me enamoré de ella.

Ella me tocó la mejilla suavemente. —Mejor me aseguro de enviarle un mensaje a Makayla. Tengo la sensación de que Gavin podría hacer un berrinche si esto no se concreta.

Me reí. —¿Vienes a mi casa conmigo esta noche?

Ella se quedó quieta ante la pregunta, mordiéndose el labio inferior y reflexionando. —En realidad... tengo algo planeado con los padres de Makayla esta noche.

—¿Qué hay del fin de semana?

—Tengo que hacer algo de limpieza y lavar la ropa... —su voz se fue apagando, y por un fugaz segundo, me pregunté si no quería pasar tiempo conmigo—. Puedo estar libre el domingo para el almuerzo. Si quieres, podemos pasar tiempo juntos entonces. Pero tengo que estar en casa para la cena.

—¿Qué, tienes toque de queda o algo así? —pregunté, frunciendo el ceño.

Ella soltó una pequeña risa y sacudió la cabeza. —Hay simplemente... algunas cosas que tengo que hacer en casa. Te diré... cuando sea el momento adecuado, te lo diré. No te preocupes por eso por ahora.

Capítulo veintitrés

Bella

Compras. Surtí cada estante que tenía en la pequeña cocina de mi pequeño departamento y también llené el refrigerador. Incluso le compré a Ellie algunos bocadillos que sabía que le gustaban pero que rara vez comía porque no me alcanzaba el dinero. *Limpieza del departamento.* Todo quedó reluciente. *Lavandería.* Era una montaña que logré conquistar, pero todo quedó lavado, seco, doblado y en nuestros armarios.

Me tomó todo el fin de semana... bueno, solo la totalidad del sábado y la mañana del domingo porque terminé reuniéndome con David para almorzar. Ellie estaba con Ivy y Jason. Ella está allí todos los días de semana, y nunca se cansan de tenerla cerca. Ivy todavía está tratando de convencerme de que simplemente me mude con ellos para no tener que pasar a buscar a Ellie y luego irnos a nuestro departamento. Después de todo, a veces termino quedándome dormida en su casa si estoy demasiado cansada del trabajo. Llegó al punto en que incluso dejé algo de ropa allí.

Acababa de regresar a mi departamento. Jason dijo que traería a Ellie a casa más tarde, después de que ella cenara. Habían ido al centro comercial y tenía la sensación de que los dos la habían consentido demasiado y que volvería a casa con un montón de juguetes y ropa.

Mientras Ellie se divertía con Jason e Ivy... yo lo pasé muy bien con David. No hubo sexo de por medio, simplemente pasamos todo el día en su departamento. Intentó —y falló— prepararme el almuerzo, tanto que terminó pidiéndole a su chef personal que viniera a cocinar para nosotros. Intenté decirle que no tenía que hacerlo, que yo podía rescatar lo que él estaba intentando cocinar o tal vez prepararnos un almuerzo rápido con cualquier cosa que tuviera en la cocina; y tenía de todo.

Pero David insistió en que viniera su chef personal, y creo que el chef pudo haberse arrepentido de venir porque me quedé en la cocina observándolo cocinar, y David me rondaba dondequiera que estuviera: rodeando mi cintura con sus brazos, apoyando su barbilla

en mi hombro, besando mi nuca, todo mientras yo intentaba tomar notas sobre cómo preparar el pastel de salmón que él estaba haciendo.

Estaba revisando mi celular, descansando en el sofá, cuando la puerta de mi departamento se abrió de par en par y Makayla entró dramáticamente. —¡Tú!

Me señaló con el dedo y mis ojos se abrieron de par en par; el celular cayó en mi regazo y levanté las manos en señal de rendición. —¿Qué hice?

Makayla entró decidida, dejando caer su bolso al suelo. —Estamos en problemas, Bella.

Fruncí el ceño. —Necesito más contexto, Maki. ¿Por qué estamos en problemas? ¿Es por Gavin?

—¡Es por Gavin! —exclamó ella, dejando caer la cabeza contra el respaldo del sofá mientras miraba al techo—. No debiste haber intervenido.

No pude evitar reírme de ella. —Maki, te has enamorado antes. Con hombres que tenían señales de alerta, debo añadir. Pero Gavin parece un buen tipo. Si estás empezando a sentir algo por él después de dos citas, no es el fin del mundo.

Maki se enderezó en su asiento y me miró. —No se trata de Gavin y de mí, Belly. Se trata de ti, de Ellie y de David.

—¿Qué? —Mi corazón se aceleró de repente; la ansiedad me invadía rápido y con fuerza cada vez que mencionaban a Ellie en una situación en la que no estaba segura de si era buena o mala—. ¿Por qué la incluye a ella?

Makayla suspiró. —¿Recuerdas cuando Ellie se quedó conmigo la última vez y que estuve tan ocupada esta semana que apenas limpié y ordené mi departamento? Los juguetes de Ellie estaban por todos lados. Y lo olvidé por completo, así que cuando invité a Gavin a pasar...

Su voz se apagó y suspiró, cerrando los ojos por un momento. —Le dije que se pusiera cómodo y me fui directo al baño porque necesitaba orinar. Cuando salí, él estaba mirando fotos de Ellie y mías. Tenía uno de sus juguetes en la mano. Y luego me miró y,

Dios, Belly, sentí que se me caía el alma al suelo porque se veía tan *destrozado*.

Mi corazón dio un vuelco y luego se me hundió en el estómago, probablemente de la misma manera que el de Makayla poco antes cuando vio la reacción de Gavin. —Belly, él pensó... pensó que... pensó que Ellie era mía. Dios, pensó que Ellie era *nuestra.*

—Estaba tartamudeando frente a mí, haciendo preguntas, entrando en pánico, y yo estaba demasiado atónita para hablar, ¿entiendes? Me tomó desprevenida. No pude responder ninguna de las preguntas que Gavin me hacía. Se molestó porque no le contestaba. Se fue furioso de mi casa y me tomó un tiempo entender completamente lo que estaba pasando.

—Podría haber ido tras él primero, Belly, pero la historia de Ellie no me corresponde contarla. Es la tuya —dijo Makayla con voz suave. Tomó mi mano—. Sé que está pasando algo entre David y tú ahora, y es algo bueno. Por eso no creo que se enoje si finalmente se entera de lo de Ellie. Si quieres mantener lo que tienes con él, si tus planes han cambiado por él, entonces creo que ya es hora de que Ellie conozca a su papá y de que David sepa que tiene una hija.

Lo único que pude hacer fue mirar a Makayla y sentir *todo a la vez.* Vergüenza, porque había estado ocultando a Ellie de David como si no estuviera orgullosa de tenerla en mi vida, cuando eso no era verdad y nunca lo sería. Culpa, porque estaba lastimando a las personas que amaba y que eran cercanas a mí: a David y a Ellie, porque les estaba ocultando la verdad, y a Makayla y a Gavin, porque estaban envueltos en un lío que yo había provocado. Impotencia, porque había pasado por cosas peores en la vida, pero era solo ahora que no estaba segura de lo que debía hacer.

—Maki...

Makayla tomó aire. —Belly, te amo con todo mi corazón, pero seré honesta: me dolerá si decides seguir ocultando la verdad. A todos. Porque podría arruinar lo que tengo con Gavin ahora, y sí, será egoísta de mi parte, pero si hicieras eso, ¿no sería también egoísta de tu parte?

Me quedé mirando mis manos en mi regazo. —¿Cómo se suelta una bomba de este tipo a alguien de quien te acabas de enamorar?

El silencio que siguió a mi pregunta fue ensordecedor porque, por primera vez desde que conocí a David hace tres años, finalmente tuve el valor de ponerle nombre a los sentimientos que siempre había tenido por él, pero que me había desesperado por ignorar y no nombrar. A mi lado, Makayla puso una mano en mi mejilla. —Oh, Belly.

Me atrajo hacia un abrazo, tan fuerte como si pudiera remendar cualquier pieza rota dentro de mí. Siempre me abrazaba así, pero en este momento, yo se lo devolví con la misma intensidad porque sabía que esta vez no era la única que salía herida por la situación. Cuando nos separamos, acuné el rostro de Makayla con mis manos.

—Lamento que estés metida en este lío, Maki —le dije suavemente—, y tal vez no sepa cómo decírselo a David, pero buscaré a Gavin primero. Antes de que termine contándoles a Leo y a David. Antes de que termine arruinando lo que pasa entre ustedes dos.

Makayla se disculpó para ir al baño una vez más, y yo abrí mi celular y llamé a Gavin, preguntándole dónde estaba. Quería preguntarles a Leo o a David primero, pero pensé que eso podría alertarlos de que algo estaba pasando. Gavin solo dijo que me enviaría su ubicación, y me aterrorizaba un poco que pudiera estar borracho e incoherente.

Le dije a Makayla que se quedara en mi departamento y esperara a que Ellie llegara a casa. Ella me ofreció las llaves de su auto, pero las rechacé. Dudaba que estuviera en el estado mental adecuado para manejar en este momento. En su lugar, pedí un Uber.

El bar en el que estaba Gavin estaba a unos treinta minutos de mi departamento, pero todavía estaba allí cuando llegué, aferrado a una botella de Chivas medio vacía y con un vaso frío en la mano.

—Gavin —lo llamé y él se giró para mirarme. Tenía los ojos ligeramente vidriosos. Estaba alegre, pero lo suficientemente sobrio para entablar una conversación.

Sonrió al verme, pero inmediatamente su gesto se transformó en un ceño fruncido. —¿Por qué no me lo dijiste, Bella? Pensé que éramos amigos. Tú misma lo dijiste. Yo no fui quien te lastimó. Fue David. Entonces, ¿por qué me ocultaste a mi hija?

Me mordí el interior del labio inferior, sin saber cómo se suponía que debía empezar esta conversación. Decidí simplemente ir con la verdad.

—Gavin, esa niña que viste en la foto, se llama Ellie —le dije suavemente, observándolo de cerca. Él cerró los ojos, como si el nombre de mi hija fuera una daga en su corazón—. Ellie es mi hija, Gavin. Makayla la ama como si fuera propia, pero Ellie es mi carne y mi sangre.

Observé cómo su rostro se contorsionaba del dolor a la confusión mientras me miraba. —¿Quieres decir...?

—Ellie no es tu hija.

Eso fue todo lo que dije, dejando que las palabras flotaran mientras él lo deducía por sí mismo. Le tomó un momento, pero la comprensión amaneció en sus ojos. —Ellie es tu hija... ¿eso significa...?

—David es su padre. —Ahí estaba: la verdad al descubierto.

Gavin se llevó el vaso a los labios, bebiendo un sorbo de su trago mientras procesaba todo lo que acababa de decirle. —Reaccioné de forma exagerada, Bella.

Solté una risa suave y asentí. —Lo hiciste, Gavin.

—¿Pero por qué Makayla no me lo dijo simplemente?

—Porque la historia no le correspondía a ella contarla. Mi hermana puede ser difícil de tratar a veces, pero es respetuosa con los límites de las personas —respondí.

Se quedó callado un rato y me pregunté si debía irme ya. O si debería pedir un Uber para Gavin. O decirle que esperara a Makayla aquí.

—Tienes que decirle la verdad, Bella —dijo Gavin después de un rato, con voz suave y calmada—. David merece saber que tiene una hija, y así como me rompió el corazón cuando pensé que Ellie era mía, también le romperá el suyo.

Gavin me miró, con una expresión seria que nunca antes le había visto. —Mi mejor amigo pudo haberte lastimado antes, y pudo haber sido un imbécil, pero merecía la verdad, y tú se la robaste. Sé que tuviste tus razones, pero tienes que decirle la verdad ahora, Bella.

—¿Decirme qué?

La voz de David me paralizó frente a Gavin, y mis ojos se abrieron de par en par mientras me giraba lentamente. David estaba de pie detrás de mí, con aspecto confundido. Sus ojos pasaban de mí a Gavin, frunciendo el ceño.

—¿Qué haces aquí, Bella?

—David...

Algo cruzó por sus ojos, algo que no logré captar del todo. —¿De qué está hablando Gavin? ¿Qué estaban discutiendo ustedes dos?

—Bella vino a verme para aclarar las cosas —intervino Gavin, con una mano en la frente. Había terminado el trago que tenía y estaba a punto de servirse otro.

—Me llamaste porque dijiste que Makayla te rompió el corazón. Entonces, ¿por qué está Bella aquí? —La voz de David sonaba ligeramente frenética—. Por favor, no me digas que estás aquí para decirle a Gavin que él no será el único con el corazón roto. No me digas que vas a romper el mío también.

—Oh, lo hará. —Juro por Dios que quería estrangular a Gavin en ese mismo instante.

Pero la mirada de David estaba centrada en mí. —Pensé que yo te gustaba, Bella. Pensé... pensé que estabas lista para enamorarte de mí. Pero ¿no puedes simplemente... quedarte conmigo un poco más, hmm? Haré lo que sea necesario, esperaré el tiempo que sea, para que me ames de la manera en que yo te amo a ti.

—Dios, eres tan estúpido, Dave —se quejó Gavin—. ¡Tienes una hija con ella!

Ahí estaba: la verdad dicha en un tono molesto por alguien borracho e irracional, contada de una manera que nunca imaginé que sería.

Dios, esto era un desastre.

Lentamente, la expresión de David cambió a una de confusión, y me miró con el ceño fruncido y ojos interrogantes. —Gavin, cuando nos llamaste antes, nos estabas contando que Makayla te ocultaba un hijo. Ahora, me estás diciendo que tengo una hija con Bella. ¿Cuántos tragos te has tomado?

Deseaba que Gavin se callara, pero había estado bebiendo, e incluso sobrio, Gavin siempre era un bocón. —Hermano, deja de ser

estúpido. Lo dije en serio. ¡Tienes una hija con Bella! ¿Cómo se llamaba, Bells? ¿Ella? ¿Elaine? Dios, realmente soy malo con los nombres, ya sabes.

Leo llegó discretamente, analizando la situación. No estaba segura de si había estado escuchando la conversación como lo había hecho David antes de hacerse notar. Pero Leo nos observaba a cada uno, y deseé en silencio que Leo pudiera leer la mente para que supiera que prácticamente le estaba rogando que me ayudara a calmar la situación.

—Bella —dijo David con calma, con la mirada fija en mí. Dudaba que en ese momento le importara su amigo borracho. Estaba enfocado únicamente en mí—. ¿Qué está diciendo Gavin?

Me sentí como un animal acorralado. No me quedaba más remedio que decirle la verdad, allí mismo. Dios, ni siquiera había pensado en cómo se lo iba a decir a David, pero ahora me sentía obligada.

—Gavin pensó que tenía una hija con Makayla —dije, esperando que mi voz sonara firme aun cuando sabía que todo dentro de mí temblaba de miedo—. Vio fotos en su casa de una niña, además de juguetes esparcidos. Supuso que Ellie era suya.

David permaneció paciente, esperando que dijera más. Respiré hondo, tratando de centrarme en el momento. —Ellie no es la hija de Gavin y Makayla. Es mía. Me quedé embarazada hace tres años y la tuve. Cuando me preguntaste qué había estado haciendo en los últimos años, he estado haciendo lo posible para mantenerla a ella, a *nuestra hija.*

El silencio que siguió a mi confesión fue ensordecedor, hasta el punto de que incluso el bajo estruendoso de la música en algún lugar del bar se convirtió en nada más que un latido... o tal vez estaba escuchando el mío propio. Mis dientes se hundieron en mi labio inferior mientras anticipaba la reacción de David. Cuando di a luz a Ellie y juré que la criaría por mi cuenta, y que solo le hablaría de David cuando ella fuera lo suficientemente mayor para entenderlo, hubo momentos en los que me pregunté cómo reaccionaría él ante la noticia.

Pero en aquel entonces, pensaba que Ellie sería más grande, que podría ser una situación diferente. No necesariamente mejor que la actual, pero al menos habría tenido más años de preparación encima, a diferencia de ahora.

—¿Tengo una hija? —Aunque sonara a pregunta, tuve la sensación de que no lo era. David lo dijo con tanta incredulidad, como si apenas pudiera asimilar la idea. Esperé su furia, los gritos, los insultos lanzados en mi dirección por ser egoísta y habérselo ocultado.

Lo que recibí fue peor que eso: fue David mirándome con tanto dolor en sus ojos. —¿Pensaste que yo era tan imbécil que no era apto para ser el padre de nuestra hija?

Fue el quiebre en su voz, el brillo de las lágrimas contenidas en sus ojos, la forma en que supe que él también estaba intentando desesperadamente mantenerse entero. —Necesito... necesito pensar.

David salió rápidamente de la sala, dejándonos a Gavin, a Leo y a mí. Gavin se había desplomado de nuevo en el asiento, la situación probablemente lo estaba volviendo sobrio... al menos lo suficiente como para que finalmente se callara. Leo se me acercó lentamente y me entregó un pañuelo. Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba llorando.

—Creo que es hora de que todos nos vayamos a casa —dijo finalmente Leo, dándome una suave palmada en el hombro.

—¿Y David? No creo que esté en condiciones de conducir, Leo. Deberías asegurarte de que esté a salvo—

—David puede cuidarse solo, incluso cuando está en ese estado —me dijo Leo con calma—. Además, me mataría si se entera de que no te llevé a casa.

Apreté el agarre de la correa del bolso que llevaba. —Leo, ¿crees que David esté enojado conmigo?

—Absolutamente —dijo encogiéndose ligeramente de hombros, mientras ayudaba a Gavin a levantarse—, pero también sé que está enamorado de ti. El enojo no es más que una emoción extraída del dolor. Lo heriste al ocultarle una verdad tan grande, pero creo que una vez que lo procese, lo resolverá.

—¿De verdad lo crees?

Leo me miró y me ofreció una sonrisa amable. —Lo sé, Bella.

Capítulo veinticuatro

David

Supe que era Leo quien entraba en mi departamento antes de que se hiciera notar. Estaba desparramado en medio de mi sala, con una botella de whisky sin tocar y hielo derretido sobre la mesa de centro. Quería ahogarme en alcohol, pero por alguna razón, no podía hacerlo. Sabía que beber no adormecería el dolor que sentía en ese momento.

—Bella está a salvo en casa. Gavin está con Makayla. Creo que ella lo llevó a su departamento para hablar. Es bueno que él esté lo suficientemente sobrio como para tener una conversación seria ahora —me informó Leo, sirviéndose un trago.

—¿Realmente fui un villano tan grande para ella como para que me ocultara algo así, Leo? —solté la pregunta sin rodeos, sin importarme el hecho de que no tenía nada que ver con la información que me acababa de dar.

Leo estaba sentado en el sofá por encima de mí y suspiró. Sentí que se inclinaba más cerca. —Hace tres años, la primera vez que la conociste, me dijiste que Bella era diferente y eso te aterrorizaba. El encantador, enigmático y persuasivo David Hudson, rindiéndose ante una chica. Verte así fue algo nuevo para mí.

No estaba seguro de adónde quería llegar con lo que decía, porque no coincidía con la pregunta que le había hecho. —Nunca entendí realmente qué veías en Bella, Dave. No tuve oportunidad de conocerla en aquel entonces, pero estaba seguro de que debía tener algo especial si te tenía así, comiendo de su mano. Y después de conocerla ahora, lo entiendo.

Leo tomó un sorbo de su trago. —Ella ha pasado por mucho en la vida. Nunca se avergonzó de decir que estuvo en hogares de acogida y que fue adoptada por la familia de Makayla. Pero para alguien que ha pasado por tales cosas, que dejaras de contactarla sin explicación debe de haberla hecho sentir sola de nuevo, como si no valiera el tiempo de nadie, y debe de haberle recordado lo desafortunada que fue con la vida al principio.

Nunca lo había pensado de esa manera. Había admirado a Bella por querer llevar una vida sencilla, por querer que el éxito en su vida significara poder vivir cómodamente, a diferencia de cómo todos los demás aspiraban a ello. Realmente nunca pensé demasiado en su pasado porque, cuando tuvimos esa conversación, parecía una persona que solo miraba hacia el futuro.

—Pero si tan solo me lo hubiera dicho entonces, yo no habría... Me habría casado con ella en ese mismo instante, Leo. No me habría importado si solo nos conocíamos desde hacía apenas veinticuatro horas. Me habría casado con ella.

Leo soltó una carcajada divertida. —Te habrías casado con ella porque estaba esperando un hijo tuyo, y dudo que Bella hubiera aceptado algo así.

Me hundí la cara en las manos. —¿Por qué me lo ocultaría?

—A veces el orgullo nos vuelve irracionales, e incluso alguien tan inteligente como Bella... sigue siendo humana —me dijo Leo con suavidad—. Tú lo sabrías, ¿no? Construiste tu propio imperio por puro orgullo porque no querías ser visto como un Hudson más en este mundo; un imperio de tu propia sangre, sudor y lágrimas, sin ninguna influencia del mundo en el que naciste.

Apreté los puños, pensando en la vida a la que le había dado la espalda. Parecía que había sido hacía una eternidad. Apenas he tenido contacto con alguien de mi familia aparte de mis hermanos, solo para poder interactuar con mis sobrinos y sobrinas. Si no fuera por ellos, habría cortado toda conexión que tenía con ellos.

Al crecer, fui testigo de la falta de calidez en mi familia. Intenté ser el tipo de tío que deseaba haber tenido de niño, el tipo de persona que no te hacía sentir como si estuvieras siempre al límite. Todo este tiempo, hubo una niña en el mundo para quien yo podía ser esa persona, *para quien yo debía ser esa persona,* y no tuve esa oportunidad.

—Mi hija estuvo creciendo durante tres años y yo ni siquiera lo sabía. Ni siquiera sospechaba que existía —dije, con la voz casi en un susurro, mientras el dolor de tal verdad me atrapaba una vez más —. Ya me perdí tantas cosas de su vida, Leo. ¿Crees que... cuando

dijo su primera palabra... crees que Bella pensó en mí y en lo mucho que me habría gustado escucharla?

La mirada de Leo se suavizó y me dio una palmadita suave en la rodilla. —No lo sé, Dave. Creo que en lo único en lo que Bella se enfocaba era en asegurarse de tener lo suficiente para cuidar a tu hija. Creo que estaba demasiado enfocada en proveer y sobrevivir.

—Podría haber venido a buscarme —dije en un susurro derrotado, incapaz de asimilar el hecho de que Bella eligió deslomarse trabajando y criando a una niña ella sola.

Mi amigo asintió. —Lo sé, Dave, pero han pasado tres años, y esos son tres años que no podemos recuperar.

—Precisamente —dije, y la palabra supo amarga en mi boca—. Pasaron tres años y yo no estuve allí para ver crecer a mi propia hija. Ya me perdí demasiadas cosas.

—Y si sigues lamentándote, te perderás más —dijo Leo, con voz tranquila—. Mira, David, no estoy siendo cruel ni nada. Entiendo que tienes derecho a guardar luto por el tiempo que has perdido con tu hija. Demonios, también puedes estar enojado con Bella si quieres. Pero David, ya has perdido tiempo con tu hija. Si dejas que el dolor te supere, si dejas que la ira se apodere de ti, ¿cuánto tiempo más con ella estás dispuesto a perder?

Me quedé callado un momento, asimilando todo lo que Leo intentaba decir. —Hoy temprano, solo intentaba descubrir cómo podía ser una buena pareja. Y ni siquiera estaba seguro de qué tipo de pareja era. No definí la relación que tengo con Bella. A lo mucho, es solo un «vínculo», como dice la generación más joven hoy en día.

—Ahora, de repente, soy el papá de alguien, Leo. Soy el papá de *alguien*. ¿Cómo... no creo... estoy seguro de que soy capaz de muchas cosas. Me ha ido bien con nuestra empresa. Me ha ido tan bien que tengo mi propio imperio fuera de la fortuna de mi familia. Pero ni siquiera sé cómo empezar a ser el papá de alguien, y mucho menos de una niña que ya tiene tres años.

Leo no me respondió de inmediato, pero claro, ¿qué podía decir? Él era soltero y, aunque no andaba de fiesta y acostándose con chicas como solía hacerlo yo, no se había convertido en padre de la

noche a la mañana. Pero finalmente, todo lo que hizo Leo fue levantarse y tenderme la mano.

—¿Por qué no duermes un poco para que se te pase, Dave? Sé que no es la mejor solución ahora mismo, pero no creo que yo pueda ofrecerte una tampoco. Tal vez por la mañana tengas la mente más despejada para pensar —me dijo Leo con suavidad. Asentí de acuerdo y me levanté, listo para retirarme a mi habitación y dar por terminado el día.

Leo estaba a punto de salir de mi departamento cuando se dio la vuelta para llamarme. Me giré para mirarlo. —No creo que nadie en el mundo sepa cómo ser padre, David. Como todo lo demás, no hay un manual sobre cómo serlo. Si existiera, estoy seguro de que la gente lo habría comprado y quienquiera que lo haya escrito estaría ganando millones ahora. Todo lo que puedes hacer es intentarlo. Creo que eso es lo que hizo Bella. No fue fácil, pero no creo que nada lo sea nunca.

Tal vez estaba emocionalmente agotado, porque me quedé dormido en el momento en que mi cabeza tocó la almohada. Sin embargo, no fue un sueño tranquilo; fue inquieto y, de vez en cuando, sentía que daba vueltas en la cama, despertándome por un breve momento antes de obligarme a dormir de nuevo hasta que finalmente llegó la mañana.

Me quedé allí acostado mientras un rayo de sol se filtraba por las cortinas, y me quedé mirando la pintura blanca del techo alto de mi dormitorio. No estaba seguro de por qué miraba el techo con tanta fijeza. Tal vez pensaba que una solución a todas las cosas por las que estaba pasando aparecería de repente allí: una guía sobre cómo ser padre y amante.

El golpe en mi puerta me devolvió a la realidad. —¿Quién es?

—Soy yo —escuché la voz de Leo desde el otro lado—. Hay alguien aquí para hablar contigo.

Debe ser Bella. Tenía que ser Bella.

Me levanté rápidamente, sin molestarme en agarrar una camisa, y salí de mi habitación solo con el pantalón de la pijama. La persona de la que hablaba Leo no era Bella. Tampoco era una sola persona. Gavin y Makayla estaban sentados cerca el uno del otro, rozándose

los hombros. Ambos tenían una taza de café, colocada pulcramente en la mesa de centro. La encargada de la limpieza ya debía estar aquí.

—Alguien te lava la ropa. ¿Por qué no tienes puesta una camisa? —se quejó Gavin, tratando de tapar los ojos de Makayla mientras ella apartaba sus manos para poder observarme libremente.

—Uno: la persona que lava mi ropa es la misma que lava la tuya. Dos: este es mi departamento. Puedo estar vestido como quiera. Y tres: no estás precisamente en posición de exigirme tales cosas.

Gavin me miró con los ojos entrecerrados, pero se inclinó más hacia Makayla, y ella soltó una risita y le dio una palmadita suave en la mejilla. Luego se enderezó, inclinándose hacia adelante. —David, estamos aquí para disculparnos por lo de anoche. No deberías haberte enterado de lo de Ellie de esa manera. Y Gavin tiene razón. Realmente deberías ponerte una camisa. Distrae hablar contigo cuando te ves así.

Puse los ojos en blanco y volví a mi habitación por una camisa. Cuando regresé con ellos, ya estaban comiendo bagels. Leo estaba sentado solo en otro sofá, observando todo en silencio. Makayla comenzó a hablar de nuevo cuando me senté frente a ellos.

—Siento mucho lo que pasó. No era así como Bella planeaba decírtelo.

Contuve el aliento al oír su nombre. —¿Alguna vez planeó decírmelo?

Makayla se mordió el labio inferior. —No... Mira, ella no pensó que tú te convertirías en su jefe. No esperaba volver a verte tres años después.

Fruncí el ceño. —¿Así que me estás diciendo que si todo no hubiera sucedido como sucedió, yo no me habría enterado de que tenía una hija hasta ¿qué? ¿Que ella tenga dieciocho años y quiera averiguar quién es su papá? ¿O nunca, si Bella encuentra a alguien más y termina casándose con él?

Makayla miró a Gavin con una expresión casi de impotencia. —Amigo, no seas dramático —dijo él.

—Lo dice el tipo que se emborrachó solo porque pensó que tenía una hija a la que no conoció durante tres años —le espeté.

Él levantó las manos en señal de rendición y Leo finalmente intervino, tal vez para calmar la situación. —No creo que pelear cambie nada, y creo que le estás dando demasiadas vueltas a las cosas, David. Bella tenía sus razones para no decírtelo, ¿no es así, Makayla?

Ella asintió rápidamente. —Sí, las tenía. Mira, mi hermana ha pasado por mucho en la vida. Estaba herida después de que dejaste de hablarle, David. Cuando supo que iba a tener a Ellie, se juró a sí misma que haría todo lo que estuviera a su alcance para asegurarse de que Ellie no experimentara el tipo de vida que ella tuvo antes de que mis padres la acogieran.

—Bella nunca supo quién fue su papá y nació de una madre adicta al crack. Por algún milagro, una trabajadora social la vio lavando su propia ropa con solo nueve años. Fue puesta en el sistema después de eso, una vez que consideraron que su madre era negligente, y así fue como nos conoció.

Fruncí el ceño confundido mientras asimilaba su historia sobre Bella. —No entiendo a qué quieres llegar con esta historia, Makayla. Sí, entiendo que Bella ha pasado por más que cualquiera de nosotros y que se aseguró de ser una madre presente para nuestra hija, pero no tiene sentido por qué no me incluyó cuando pudo haberlo hecho.

Makayla me miró durante un rato y luego respiró hondo. —La única persona que Bella tuvo durante nueve años fue a su madre, y aunque podía verla físicamente, no estaba realmente allí. Su madre la abandonó, David. E incluso cuando la pusieron en el sistema, estuvo con muchas familias antes que con la nuestra. Cuando no la adoptaban, sentía continuamente lo mismo que con su madre: que la abandonaban y no la querían.

Absorbí todo lo que Makayla me había contado y, lentamente, sentí que mi corazón se hundía más profundamente. Apreté los puños al comprender de repente y claramente por qué Bella había trazado una línea entre nosotros. Me estaba ocultando a nuestra hija por temor a que yo también pudiera abandonarla algún día, haciéndola sentir todo lo que Bella sintió cuando era niña.

—Metí la pata —dije en voz baja, pasándome una mano por el cabello—. Makayla, no debí... no creo... no tengo derecho a estar enojado con ella...

Pero Makayla sacudió la cabeza. —Tienes derecho a sentir lo que sentiste porque te ocultó a Ellie. Se te permite estar enojado por eso porque te duele, pero si quieres que esto funcione, si quieres tener a Bella en tu vida y ser parte de la de Ellie, ustedes dos necesitan hablar, David.

Makayla se levantó y Gavin hizo lo mismo. Ella se acercó a mí y me puso una mano en el hombro. —Están en casa de mis padres. Mi mamá llamó y me dijo que Bella solo iba a dejar a Ellie con ella, pero se fue directo a su antiguo dormitorio y se quedó dormida. Les diré a mis padres que vas a ir hoy. Si no lo hago, puede que mi papá te eche a hachazos.

Mientras se iban, oímos a Gavin preguntarle sobre su papá y si también podría echarlo a él a hachazos, a lo que Makayla respondió que su padre tenía una escopeta especial para los hombres que ella llevaba a casa.

—¿Quieres que te lleve yo? —preguntó Leo—. Por si acaso Makayla no estaba bromeando.

—Gracias —dije casi en un susurro—. Solo iré a prepararme.

Capítulo Veinticinco

Bella

Después de todo lo que pasó anoche, no pude dormir. Makayla se había ofrecido a llevar a Gavin a su departamento tras enterarse de que estaba con Leo y conmigo, solo para que pudieran hablar. Después de arropar a Ellie en la cama, no logré conciliar el sueño. Hice mi mejor esfuerzo, pero simplemente no pude. Mi cerebro no se callaba. Cada vez que cerraba los ojos, veía el rostro de David contorsionado de dolor.

Así que, cuando sonó mi alarma, ya había redactado un mensaje para Recursos Humanos avisando que no iría hoy. Con la falta de sueño, sabía que sería inútil en la oficina. Eso, y que no estaba muy segura de si estaba lista para enfrentar a David después de todo lo ocurrido anoche. Una vez que aprobaron mi falta, empaqué las cosas de Ellie, pedí un Uber y la llevé a casa de Ivy y Jason; luego me fui directo a mi antigua habitación y me quedé dormida.

No supe cuánto tiempo dormí, pero Ivy no me molestó, ni siquiera para preguntarme si quería desayunar. En algún momento, escuché que llamaban a la puerta, despertándome, y oí la voz suave de Ivy diciéndome que alguien estaba allí para verme. No estaba segura de si estaba soñando o no.

—¿Mmm?

—Belly, cariño, David y Leo están aquí para verte —la voz de Ivy era cálida y suave mientras decía esto. Quizás fue la mención del nombre de David, pero salté de la cama como si estuviera atrapada en una casa en llamas y necesitara salir.

—¿Quién está aquí?

—David Hudson y Leon Cheong —dijo Ivy, y podía escucharla desde el otro lado de la puerta—. ¿Leo? Ah, perdón, se llama Leo.

Lentamente, abrí la puerta, revelando a David, Leo e Ivy parados al otro lado. La mujer a la que veía como mi madre tenía una sonrisa cálida en el rostro, pero también de comprensión. Sospechaba que Makayla ya le había dado el soplo de quién era David. No le habría permitido entrar a la casa —mucho menos estar frente a mi habitación— si no supiera quién era él.

—¿Dónde está Ellie? —pregunté, con la voz ronca y diminuta.

La comprensión brilló en los ojos de Ivy. —Está con tu papá, cariño. Fueron a comprar donas antes de que llegaran David y Leo.

Ni siquiera vio su sombra. No estaba segura de si me sentía aliviada por eso o no. Miré a David y a Leo. —¿Qué hacen ustedes aquí?

Leo miró a su amigo y dio un paso atrás. —Yo solo vine a traerlo. Creo que ustedes dos necesitan hablar.

Como si fuera una clave, Ivy se giró para mirarlo. —¿Ya desayunaste, cielo? ¿Qué te parece un burrito de desayuno?

Los dos se retiraron escaleras abajo, y sus voces fueron desapareciendo poco a poco a medida que se alejaban. Miré a David y luego bajé la vista hacia mis pies. —Siento lo de anoche. No era como planeaba decírtelo.

David se quedó callado un momento. Seguíamos parados en el umbral de mi habitación. —¿Alguna vez planeaste decírmelo? Después de que volviste a verme, ¿planeabas decírmelo?

Me mordí el interior de la mejilla mientras pensaba en la mejor forma de responder a su pregunta. —Antes de que pasara algo entre nosotros, no planeaba hacerlo. Le dije a Maki que trabajaría para ti por un año para ahorrar lo suficiente para salir de deudas, y luego buscaría un trabajo diferente... o tal vez me tragaría mi orgullo y dejaría que Makayla y sus padres me ayudaran por completo.

David cerró los ojos y se apretó el puente de la nariz. —Bella, sabes perfectamente bien que soy capaz de proveer para nuestra hija y para ti.

No levantó la voz. No sonaba enojado. Pero podía sentir que todavía estaba molesto. —No planeo extorsionarte por dinero. La decisión de tener a Ellie fue mía. *Yo* tengo que proveer para ella.

—También es mi hija —dijo David después de un momento—, y puede que antes no supiera de su existencia, pero ahora sí, y me niego a ser incapaz de proveer para ella. Ni para ambas.

Fruncí el ceño, de repente confundida con el rumbo de la conversación. —¿Qué estás tratando de decir?

La mirada de David se suavizó al mirarme. —Quiero ser parte de la vida de mi hija, Bella. Si me dejas. Haré todo lo posible para no

romperle el corazón, de ninguna manera, forma o estilo... de la misma manera en que estoy tratando de no romper el tuyo por segunda vez.

Se hizo un silencio entre nosotros después de su declaración mientras yo procesaba todo. Aquí estaba David diciéndome que quería ser parte de la vida de mi hija... parte de mi vida. No era algo que no hubiera considerado, especialmente cuando le abrí mi corazón de nuevo. Pero mi decisión de tenerlo de vuelta en mi vida de cierta manera también estaba impulsada por el deseo humano innato de estar con alguien sentimentalmente. Fue una decisión autocomplaciente.

Sin embargo, la elección de dejarlo ser parte de la vida de Ellie era una historia completamente distinta.

—Podría aguantar que me rompas el corazón. Puedes romperlo siete veces y yo me levantaré ocho, y una y otra vez si es necesario porque *tengo que hacerlo* —mi voz era sorprendentemente firme cuando hablé—, pero no sé si podré contenerme en el momento en que vea a mi hija desmoronarse por tu culpa.

—Me han abandonado tantas veces que ya me habré quedado entumecida por ese dolor, pero no es el tipo de herida que deseo para nadie, especialmente para mi propia familia.

—Nena, si me lo permites, la única forma en que saldré de la vida de mi hija es si la muerte me agarra con sus garras y me arrastra fuera de esta tierra, e incluso entonces, lucharé por quedarme por ella.

La comisura de mis labios tembló en una sonrisa. —Ni siquiera la conoces.

—La mitad de ella está hecha de ti —respondió David con un ligero encogimiento de hombros—, eso solo significa que ya la amo.

Lo dijo con tanta calma, como si fuera la cosa más obvia del mundo. David dio un paso hacia mí, lenta y cautelosamente, como si anticipara que yo daría un paso atrás y le cerraría la puerta en la cara. Me quedé anclada donde estaba, permitiéndome finalmente aceptar el tipo de amor que David ofrecía, sin vacilaciones ni límites.

David extendió una mano para tocar mi rostro, su palma acunando mi mejilla derecha. Me incliné hacia su toque. —Cuando te

conocí hace tres años, mi mundo dio un giro de 180 grados. No he sido el mismo desde entonces, y me arrepentí profundamente cuando te dejé ir. Si existe un dios real que escucha las oraciones, debo haber pronunciado un millón y una ya, pidiéndole que permitiera que nuestros caminos se cruzaran de nuevo.

—Y cuando apareciste en mi vida otra vez, me prometí a mí mismo que no lo arruinaría en esta ocasión, que primero me ganaría tu perdón y esperaría hasta que te enamoraras de mí —movió su mano de mi mejilla a mi mano y la apretó con fuerza—. Te amo, Bella Ryan, y no estoy seguro de si tú me amas de la misma manera... o si alguna vez lo harás. Pero ya sea que te enamores de mí o no —y realmente espero que lo hagas—, realmente me encantaría ser parte de la vida de Ellie.

Justo cuando dijo eso, escuché que llegaba el auto de Jason. Miré hacia las escaleras por un momento, agudizando el oído para escuchar la puerta abrirse. Como si fuera una señal, pude oír la voz de mi hija flotando desde abajo hacia arriba. Frente a mí, David se quedó inmóvil, escuchando lo mismo que yo.

—¿Es ella...? —su voz sonaba un poco temblorosa, con el ceño fruncido. Era la primera vez desde que lo conocía que veía a David Hudson ansioso. Siempre era tan enigmático y encantador, tan lleno de confianza. Pero en este momento, lo veía vacilar y tropezar con sus palabras—. ¿Es ella?

Apreté su mano y luego lo tironé hacia las escaleras. —Vamos a conocer a tu hija, David.

Ellie estaba sentada en el regazo de Leo cuando llegamos al descanso de la sala. Estaba tratando de que él le abriera el envoltorio de un dulce, y yo la miré con los ojos entrecerrados juguetonamente cuando me vio. —Ellie, ¿qué dijo mami sobre comer dulces antes del desayuno?

Sus ojos de gacela se abrieron de par en par ante mi pregunta, pero permaneció en el regazo de Leo. —¡El tío Leo me lo ofreció!

Ahora fueron los ojos de Leo los que se abrieron. —¡Oye, por qué me metes en problemas si acabas de conocerme!

Ivy y Jason se reían por lo bajo junto a ellos. Ambos sabían bien cómo Ellie intentaba escabullirse de situaciones en las que pensaba

que se metería en problemas. Ella saltó del regazo de Leo y corrió hacia mí, entregándome el dulce que le estaba pidiendo a Leo que abriera. Luego, miró a David, ladeando la cabeza.

—¿Por qué estabas con mi mami allá arriba? ¿Estás con el tío Leo? ¿Eres como las dos parejas de chicos que mami Kaki me deja ver en TikTok?

Cerré los ojos y anoté mentalmente regañar a Makayla más tarde por permitirle a Ellie usar pantallas otra vez cuando estaban solas. David me miró, como si no estuviera seguro de cómo se suponía que debía responderle a su propia hija. Luego, para mi sorpresa, se arrodilló para quedar a la altura de los ojos de Ellie.

—No me gusta tu tío Leo de esa manera —dijo David con calma, sin siquiera mirar a su amigo—. Pero soy David, y me gusta tu mami.

Ellie frunció el ceño mientras asimilaba las palabras de David. —Si te gusta mi mami, ¿ella también te gusta? Porque tú tienes que gustarle, sabes. ¿Vas a cuidarla muy bien y no la vas a hacer llorar? Porque mami Kaki dice que los niños nunca deben hacer llorar a las niñas. ¡Si te gusta mi mami, no deberías hacerla llorar!

Sentí un nudo en la garganta al escuchar todo lo que Ellie decía. Para ser tan pequeña, siempre era muy articulada, incluso cuando usaba palabras simples. Me limpié discretamente las lágrimas que caían de mis ojos mientras esperaba que David respondiera.

David extendió su dedo meñique. —Prometo que no haré llorar a tu mami, Ellie, y prometo que tampoco te haré llorar a ti. Si rompo eso, entonces tienes mi permiso para romperme el dedo meñique.

Ellie frunció un poco los labios, pero aún no hizo el movimiento de entrelazar su meñique con el de David. —No soy tan fuerte para hacerte eso, y creo que eso solo dolería un poquito. Pero creo que mi abuelo sí puede hacértelo.

Su respuesta provocó las risas de todos en la habitación, y David asintió solemnemente. —Claro, tienes un trato, pequeña.

Aun así, Ellie no hizo el movimiento de entrelazar su dedo todavía. Su mirada estaba fija intensamente en David. —Si te gusta mi mami y quieres estar con ella y ella te da permiso, ¿eso significa que puedes ser mi papi?

Cerré los ojos ante la pregunta, mis lágrimas fluían libremente ahora. Pude ver los hombros de David temblar un poco, y me pregunté si él también estaba llorando. Pero cuando habló, su voz era inestable. —¿Te gustaría que lo fuera?

Ellie asintió con la cabeza. —Me gustaría mucho tener un papi. Veo a los niños en el parque jugando con los suyos. Mami y mami Kaki juegan conmigo, también la abuela y el abuelo, pero el abuelo no puede perseguirme. Tú eres grande y fuerte. ¿Jugarás en el parque conmigo si te conviertes en mi papi?

David respiró hondo y asintió lentamente. —En cualquier parque del mundo, cariño, y a cualquier juego que quieras jugar, en cualquier momento. Jugaré contigo.

Ellie no entrelazó su meñique con el de él; en cambio, lanzó sus pequeños brazos alrededor de su cuello y lo abrazó con fuerza. David se quedó congelado por una fracción de segundo antes de rodear con cautela su diminuto cuerpo con sus brazos y atraerla hacia él. La imagen casi hizo que mi corazón estallara de alegría.

—Realmente espero que a mami también le gustes, porque como que realmente quiero que seas mi papi.

Epílogo

Bella

—No creo que esto vaya a funcionar —dije mientras me quedaba mirando el fracaso de pastel que Makayla y yo habíamos intentado hornear. Ninguna de las dos servía para la repostería y, bueno, lo único que podíamos decir del pastel que teníamos enfrente era que hicimos nuestro mejor esfuerzo.

—Quizás si intentamos que el diseño se vea lindo, nadie notará que el bizcocho no es realmente...

—Ese es probablemente el peor pastel que he visto en toda mi vida —comentó Gavin detrás de nosotras, entrando en la cocina. Se acercó a Makayla para darle un beso en la cabeza, pero ella le dio un codazo suave en el estómago cuando estuvo cerca, haciéndolo quejarse. —En realidad, mi vista ha estado muy mal. Ahora que estoy cerca, realmente puedo ver... el esfuerzo que ambas hicieron.

David también entró en la cocina, con Leo siguiéndolo de cerca. Me rodeó con un brazo, pegándome a él. Lo miré hacia arriba, haciendo un pequeño puchero. —¿Tan mal se ve?

Él hizo una mueca, respiró hondo y respondió a la ligera: —Creo que Anton puede arreglarlo. Digo, es un chef y...

Lo aparté suavemente y me acerqué al pobre intento de pastel que mi hermana y yo hicimos para que mi hija celebrara su último día de segundo grado. Dios, ¿había pasado tanto tiempo? *Cinco años.* Cinco años habían pasado desde que David y yo nos reencontramos, desde que me convertí en su asistente, desde que se enteró de la existencia de Ellie y desde que los tres empezamos a vivir como una familia.

Mucho había cambiado desde entonces.

David y yo llevábamos tres años casados, Gavin y Makayla dos, y Leo estaba comprometido. Core Axis seguía prosperando y yo ya no era la asistente de David. Él cumplió la oferta que me hizo cuando me contrató. Me quedé como su asistente durante un año, hice mis estudios de posgrado y, hoy en día, formaba parte del equipo de Leo en el departamento de IT, y *me encanta.*

Si alguien me hubiera dicho que mi vida tomaría este rumbo después de quedar embarazada del hombre que me quitó la virginidad y desapareció, habría soltado un bufido y dicho: —No con mi suerte. Pero miren dónde estaba ahora: una carrera exitosa, felizmente casada con una niña adorable y viviendo en una casa enorme que nunca pensé que podría pagar, con mis préstamos estudiantiles saldados y sin hipoteca.

Sentí que David me abrazaba por la espalda y que sus labios rozaban mi nuca. —Cariño, no creo que a Ellie le importe si el pastel es lindo o no. Lo único que le importa es que sea dulce, y si lo hiciste con Makayla, entonces estoy seguro de que está repleto de azúcar.

—¡Oye! —se quejó Makayla, reapareciendo en la cocina con Keith en brazos, su hijo de un año con Gavin. Ni siquiera me había dado cuenta de que lo había ido a buscar a la sala, donde había estado jugando con algunos juguetes de Ellie. —Eso no es muy amable de tu parte, David. Haría que Gavin te golpeara, pero ambos sabemos que no tiene mucha fuerza.

Todos rieron a carcajadas mientras Gavin hacía una mueca. Leo se ofreció a preparar café para todos mientras David intentaba ayudarme a rescatar el pastel que mi hermana y yo habíamos hecho. Treinta minutos después, oímos que se abría la puerta principal y la voz fuerte de Ellie preguntando dónde estaban todos. Keith fue el que corrió a recibirla, y ambos regresaron de la mano a la cocina.

Le sonreí a mi hija mientras se acercaba a mí y me abrazaba fuerte, intentando rodear mi gran barriga con sus bracitos. En este momento estaba embarazada de siete meses de su hermanito. A mi lado, David alzó a Ellie y la cargó en sus brazos. Una vez lo regañé por querer cargar siempre a Ellie porque ya estaba pesada, pero lo único que me dijo fue que no tuvo la oportunidad cuando ella era pequeña, así que seguiría cargándola mientras ella se lo permitiera.

Ellie empezó a contarle a su papá y al tío Leo sobre su último día en la escuela mientras yo observaba a todos en mi cocina. ¿Quién hubiera pensado que los tres hombres que Makayla y yo conocimos en un club serían las mismas personas que veríamos todos los días,

en un entorno tan doméstico, y que estaríamos casadas con dos de ellos?

Años atrás, la vida que soñaba tener era sencilla: una casa pequeña ya pagada, un trabajo con un sueldo decente, y realmente no me importaba si estaba casada o no. Si no lo estaba, siempre podría adoptar. Pero la vida que estaba viviendo ahora era completamente diferente a la vida sencilla que había imaginado.

Y, ¿sinceramente? *No me importaba.* De todos modos, era más de lo que jamás pude haber soñado.